

Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 1995

Número:

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, (1995). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3472>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

HISTÓRICAS

50 años

INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

Gisela von Wobeser
Directora

Javier Sanchiz
Secretario académico

Esther Arnaiz Amigo
Coordinadora de biblioteca

Carlos Rea
Secretario administrativo

Rosalba Cruz Soto
Coordinadora de publicaciones

Miriam C. Izquierdo
Secretaria técnica

Ramón Luna S.
Asesor editorial

Investigadores

Felipe Ávila Espinosa
Johanna Broda
Rosa de Lourdes Camelo
Víctor M. Castillo Farreras
Felipe Castro
Enrique Covarrubias
María José García Quintana
Amaya Garritz Ruiz
Virginia Guedea
Patrick Johansson K.
Miguel León-Portilla
Janet Long Solís
Martha Loyo
Teresa Lozano Armendares
Leonor Ludlow
Carlos Martínez Marín
Álvaro Matute Aguirre
Alicia Mayer
Ivonne Mijares Ramírez
José Luis Mirafuentes G.
Roberto Moreno de los Arcos
Josefina Muriel

Laura O'Dogherty Madrazo
Edmundo O'Gorman †
Federico Navarrete
Sergio Ortega Noriega
Ignacio del Río
Rubén Romero Galván
Marcela Terrazas
Ernesto de la Torre Villar
Carmen Vázquez Mantecón
Silvestre Villegas Revueltas
Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos
Guadalupe Borgonio Gaspar
Cristina Carbó
Roselia López Soria
Javier Manríquez
Patricia Osante
Ricardo Sánchez Flores
Juan Domingo Vidargas

HISTÓRICAS

Gisela von Wobeser
Directora

Leonor Ludlow
Editora

Comité editorial

Johanna Broda
Rosa Camelo
Amaya Garritz
Virginia Guedea
Janet Long Solís
Martha Loyo
Teresa Lozano Armendares
Carlos Martínez Marín
Álvaro Matute Aguirre
José Luis Mirafuentes
Ernesto de la Torre Villar

Todo material sin firmar es responsabilidad de la editora. Para cualquier asunto relacionado con *Históricas*, favor de dirigirse a: Dra. Gisela von Wobeser/Mtra. Leonor Ludlow, Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito doctor Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. Teléfono y FAX: 665-00-70. Edición electrónica e impresión: CALIGRAFÍA DIGITAL. Tiraje: 1 500 ejemplares

HISTÓRICAS

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM Edición especial ISSN 0187-182X

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 2

DISCURSOS CONMEMORATIVOS DEL CINCUENTENARIO

Ceremonia conmemorativa de los cincuenta años del Instituto de Investigaciones Históricas	3
Josefina Muriel	4
Miguel León-Portilla	6
Roberto Moreno de los Arcos	10
Gisela von Wobeser	13
José Sarukhán Kermez	18

ENTREVISTAS

Memoria del olvido. Recordando a don Pablo Martínez del Río <i>Por Santiago Genovés</i>	20
Tres décadas cerca de Históricas <i>Por Ascensión Hernández de León-Portilla</i>	23
Históricas y Universidad de California, proyectos comunes <i>Por Jaime Rodríguez</i>	34
Jorge Alberto Manrique <i>Por Martha Fernández</i>	41

Guadalupe Pérez San Vicente. Una vida entre papeles <i>Por Patricia Moisen</i>	48
Silvio Zavala	55

PUBLICACIONES CONMEMORATIVAS . . . 57

Diccionario biográfico de historia antigua de Méjico <i>Por Rafael García Granados</i>	57
Vida económica de Tenochtitlán, I. Pochtecayotl (arte de traficar)	60
Humboldt y México <i>Por José Miranda</i>	66
Veinte himnos sacros de los nahuas. Los recogió de los nativos Fr. Bernardino de Sahagún, franciscano	70
El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España <i>Por Pedro Bosch-Gimpera</i>	73
Apuntes para la historia de la transculturación indoespañola <i>Por Mariano de Cárcer y Disdier</i>	86
Estudios novohispanos <i>Por José Miranda</i>	87

○ PRESENTACIÓN

El año 1995 ha sido muy especial para el Instituto de Investigaciones Históricas, en virtud de que se cumplen cincuenta años de su fundación. Esta significativa fecha nos ha motivado a interesarnos por la historia del instituto, reflexionar sobre su trayectoria y cuestionarnos sobre el futuro.

A lo largo del año hemos realizado diversas actividades relacionadas con el cincuentenario, tales como un ciclo de conferencias, diversas presentaciones de libros, y entrevistas televisivas y radiofónicas. Dentro de este marco, la revista *Universidad de México* publicó un número dedicado a la investigación histórica en México durante los últimos cincuenta años, y han aparecido artículos en *UNAM hoy*, la *Gaceta UNAM* y en varios diarios de circulación nacional.

El contenido del presente número del boletín *Históricas* tiene características especiales. En él se reúnen los discursos pronunciados el 16 de mayo en la celebración del cincuentenario, algunas entrevistas realizadas a destacadas personalidades del medio académico relacionadas con el instituto, y la presentación de las publicaciones conmemorativas, las cuales son reediciones de algunas obras de la primera época.

Gisela von Wobeser



○ **CEREMONIA CONMEMORATIVA DE LOS CINCUENTA AÑOS
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS**

El 16 de mayo se llevó a cabo un acto para conmemorar cinco decenios de vida de nuestro instituto. A esta reunión asistieron el personal académico y el personal administrativo y de confianza, además de numerosos amigos y colegas que han mantenido una relación de muchos años con éste. Cabe destacar la presencia de algunos antiguos miembros del instituto, como las maestras Rosaura Hernández y Alejandra Lajous, las doctoras Guadalupe Pérez San Vicente y Cecilia Noriega, además de los doctores Jaime Litvak, Arturo Langle y Ernesto Santillán.

La ceremonia estuvo presidida por el doctor José Sarukhán, rector de la UNAM; la doctora Gisela von Wobeser, directora del instituto; el doctor Humberto Muñoz, coordinador de Humanidades; el arquitecto Carlos Chanfón, miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM; la doctora Josefina Muriel, decana del cuerpo de investigadores e investigadora emérita; el doctor Miguel León-Portilla, ex director del instituto y también investigador emérito, además del maestro Roberto Moreno de los Arcos, ex director del mismo.



Josefina Muriel

El doctor León-Portilla, la doctora Von Wobeser y otros oradores presentarán a ustedes diversos aspectos del desarrollo de nuestro Instituto de Investigaciones Históricas a partir de su fundación en 1945, yo voy a tratar de iniciar su panorámica refiriéndome al amplio sentido de investigación que le dieron sus fundadores y a los que fueron y son hoy sus miembros.

Recordaré a sus creadores, maestros Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río, quienes con una amplia visión de la historia lo concibieron como una institución abierta al estudio de la cultura univer-

sal. Instituto dentro del cual México fue considerado como parte integrante del mundo y en plena relación histórica con él, no sólo en los específicos objetivos temáticos de las investigaciones, sino también en su apertura a la recepción en su seno de los historiadores de distintas nacionalidades cuyos conocimientos vendrían a enriquecernos.

Por eso es que desde los años inmediatos a la fundación de este instituto encontramos como investigadores de planta a un buen número de extranjeros nacionalizados o no; a lo largo de su vida seguimos hallando a otros muchos procedentes de diversas universidades del mundo que, en calidad de investigadores visitantes, a con-



trato, o en calidad de conferencistas o como colaboradores en diversos proyectos, vienen a trabajar con nosotros.

De entre los que compartieron sus labores con nosotros y se han marchado ya recordaré a algunos como don Pedro Bosch Gimpera, quien fuera rector de la Universidad de Barcelona, y a su hijo el inolvidable Carlos Bosch García que tantos documentos publicó para ayudarnos a conocer nuestras difíciles relaciones con el vecino país del norte.

Y no quiero dejar de mencionar a otros como Agustín Millares Carlo, Paul Kirchhoff, Juan Comas, José Miranda, Lino Gómez Canedo y Juan Antonio Ortega y Medina.

Para mostrar la continuidad que ha tenido esa política inicial les recordaré que hoy colaboran con este instituto historiadores de Francia, España, Estados Unidos, Alemania, Suecia y de algunos países hispanoamericanos y lamento por falta de tiempo no poderlos mencionar individualmente.

Ahora bien, para entender más profundamente la trascendencia que a nivel nacional e internacional tiene nuestro instituto hay que considerar varios hechos entre los que se cuentan la participación constante de nuestros compañeros investigadores en los congresos locales y en los que se efectúan en América, Europa, el cercano Oriente y aun en países orientales; a éstos se suman cursos y conferencias en innúmeras universidades de la república y el extranjero.

A ello debemos añadir el funcionamiento de seminarios como el de Cultura Náhuatl, que dirige el doctor León-Portilla, y el de Historiografía Colonial, a cargo de la maestra Rosa Camelo, seminarios que, a

más de incrementar la investigación entre los miembros del instituto, forman nuevos investigadores con los alumnos asistentes a ellos.

Otras acciones que revelan el valor de esta institución son sin duda nuestras publicaciones. Se editan y reeditan constantemente libros y revistas. Unos y otras son el resultado de nuestros trabajos y la razón de ser de nuestro instituto. Cabe mencionar que en estos cincuenta años de vida se han hecho más de cuatrocientas ediciones que corresponden a libros, monografías, fuentes, facsímiles y publicaciones periódicas que responden a las diferentes etapas de la historia a las que se hallan abocados los investigadores. Así, tenemos obras referentes a historia prehispánica, *Estudios de Cultura Náhuatl* que tiene publicados 25 volúmenes; a historia colonial, *Estudios de Historia Novohispana* con 14 volúmenes; a historia moderna y contemporánea, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* que lleva 16 volúmenes. Pero decir números y mencionar la temática general de las obras que aquí se han producido es insuficiente para mostrar lo que es hoy nuestro instituto. Es justo celebrar a quienes lo formaron, pero quizás más aún a los que le han dado vida en estos cincuenta años. Por ello quiero hacer una respetuosa mención a todos los que han sido y son parte de él.

Reconociendo que el valor del trabajo no se fundamenta en la clase de acción desempeñada sino en la dignidad de la persona humana que lo ejecuta, mi reconocimiento es absolutamente para todos. Para los que han realizado los penosos trabajos de limpieza, de conservación, etcétera; para los empleados administrativos que dan ese

importantísimo apoyo logístico a los académicos; para las secretarías cuya ayuda nos es invaluable. A todas y a cada una de ellas las quiero señalar a través de una: Lupita Borgonio, quien durante estos cincuenta años ha sido eficiente ayuda y apoyo incondicional de investigadores y directores.

Expreso mi reconocimiento también a los técnicos académicos del Departamento de Publicaciones que con gran responsabilidad y eficiencia cuidan la edición de nuestros escritos hasta entregarlos convertidos en libros. De entre ellos mencionaré al señor Luna cuyos años de servicio en las publicaciones universitarias rebasan los cincuenta años. A los bibliotecarios cuyos eficientes servicios facilitan nuestro trabajo. A la secretaría académica, mano actuante de la dirección.

Como decana que soy de esta institución quiero cerrar la etapa de los recuerdos mencionando como dato para la historia, los nombres de quienes hoy, 16 de mayo de 1995, siendo directora la doctora Gisela von Wobeser, constituimos la planta de investigadores de este Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM: licenciado Felipe Ávila, doctora Elizabeth Baquedano, doctora Johanna Broda, maestra Rosa Camelo, licenciado Víctor Castillo, doctor Felipe Castro, licenciado Enrique Covarrubias, doctor Ignacio del Río, doctor Ernesto de la Torre, licenciada Laura O'Dogherty, doctora Virginia Guedea, licenciada Josefina García Quintana, licenciada Amaya Garritz, doctor Edmundo O'Gorman, doctor Patrick Johansson, doctor Miguel León-Portilla, doctora Janet Long, maestra Martha Loyo, maestra Teresa Lozano, maestra Leonor Ludlow, maestro Carlos Martínez

Marín, doctor Álvaro Matute, maestra Alicia Mayer, doctora Pilar Máñez, doctora Ivonne Mijares, doctor José Luis Mirafuentes, maestro Roberto Moreno de los Arcos, doctora Josefina Muriel, doctor Sergio Ortega, doctor Rubén Romero, maestra Marcela Terrazas, doctora Carmen Vázquez, maestro Silvestre Villegas, doctora Gisela von Wobeser y licenciada Carmen Yuste. ❧

Miguel León-Portilla

El cincuentenario de nuestro instituto es ocasión propicia para recordar experiencias muy gratas y reflexionar también sobre su presente y lo que esperamos de su futuro. Cuando ingresé en él, hace ya cerca de cuarenta años, me encontré con maestros y colegas que mucho habían contribuido al conocimiento del ser histórico de México. Como ocurre frecuentemente en los centros académicos de alto nivel de cualquier lugar del mundo, en el instituto convivían y laboraban investigadores oriundos del propio país con otros provenientes de fuera de él. Varios procedían del exilio español y también los había de otros orígenes.

Era entonces director don Pablo Martínez del Río, caballero de gran bonhomía. Acercarse a él era como aproximarse, por una parte, a los milenios de nuestra prehistoria y, por otra, a temas que iban desde las vidas de ilustres personajes novohispanos, hasta asuntos de tanta minucia como el estudio de esa forma de escritura que se co-

noce con el nombre de rasgueado. Nunca pasó por mi mente que en mi *tonalli* o destino estaba suceder algunos años después a don Pablo como director de este instituto en el cual había sido él continuador de otro distinguido maestro, don Rafael García Granados, cuyo nombre justificadamente lleva nuestra biblioteca.

También me reencontré en el instituto con quien había sido mi maestro, el padre y doctor Ángel María Garibay; redescubridor en los tiempos modernos, con hondo sentido humanista, de la gran riqueza de la literatura náhuatl. Habría él de dar aquí nuevo impulso a estos estudios, participando en la formación de otros investigadores que más tarde se distinguirían también en este campo. Obviamente en los pocos minutos que durará mi intervención, no podré mencionar a cuantos aquí entonces laboraban. Recordaré a algunos, entre los que sobresalen dos que continúan trabajando aquí: nuestra decana, la doctora Josefina Muriel, así como el licenciado Ernesto de la Torre, ambos infatigables investigadores.

De los que nos trajo el exilio español comenzaré por el doctor Juan Comas con quien mantuve muy estrecha amistad. Formó él a buen número de antropólogos físicos, entre ellos a otro miembro del instituto, el doctor Santiago Genovés. Juan Comas nos dejó también valiosas obras sobre la historia de la medicina en México y otro sinfín de temas. Inolvidable personaje, que también marcó honda huella, fue don Pedro Bosch Gimpera, antiguo rector de la Universidad de Barcelona, que aunó asimismo investigación y docencia e hizo aportaciones de gran valía. Historiador de las instituciones fue el doctor José Miranda que

participó con otros miembros de Históricas en la monumental edición de las obras completas del doctor Francisco Hernández. Recordaré igualmente al doctor Mauricio Swadesh, promotor de la glotocronología y estudioso del náhuatl, el purépecha y otras lenguas, así como al doctor Paul Kirchhoff, etnohistoriador cuyo pensamiento influyó en varios investigadores de dentro y fuera del instituto.

Y no dejaré de mencionar a otra persona que, con entrega total, por muchos años ha coadyuvado en las tareas del instituto. Me refiero a Guadalupe Borgonio Gaspar, a quien personalmente debo su valiosa y leal colaboración.

Cuando asumí la dirección del instituto, de 1963 a 1975, con el apoyo de amigos y colegas logramos ampliar nuestras tareas, tanto con el ingreso de jóvenes investigadores como con el fortalecimiento de algunas áreas y la creación de la que se llamó Sección de Antropología, coordinada por el doctor Juan Comas. Ésta, años adelante, se convertiría en instituto aparte, el de Antropológicas, hermanado para siempre con el nuestro.

El instituto, que contaba ya con una publicación periódica, en cuya dirección participamos el doctor Garibay y yo, *Estudios de Cultura Náhuatl*, emprendió entonces la edición de otras dos, *Estudios de Historia Novohispana* y también *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. Numerosos son los volúmenes que han aparecido de estas revistas. *Estudios de Cultura Náhuatl*, que ha publicado varias contribuciones de investigadores de muchos lugares del mundo, llega este año a su volumen vigésimo quinto. Nuevas series



nacieron también entonces que hasta ahora siguen enriqueciéndose. Mencionaré algunas: la de Fuentes y Monografías sobre Cultura Náhuatl; la Serie Documental; la de Historiadores y Cronistas de Indias, concebida por el doctor Edmundo O'Gorman que ha publicado en ella las obras de Motolinía, Alva Ixtlilxóchitl y el padre Las Casas. Se enriquecieron, por otra parte, la Serie de Historia Novohispana, la de Historia Moderna y Contemporánea, la Bibliográfica y la de Historia General. Y con el paso de los años nacieron también la de la Historia de la Ciencia y la Tecnología y la de Facsímiles de Filología y Lingüística Nahuas.

Mucho debemos a quienes me han sucedido en la dirección del instituto; al recuerdo y entusiasta investigador, que tan

tempranamente nos dejó, el doctor Jorge Gurría Lacroix; así como al maestro Roberto Moreno de los Arcos, que en los once años que estuvo al frente del instituto lo fortaleció de muchas formas, propiciando de modo especial el campo de la historia de la ciencia y la tecnología, área en la que ha hecho importantes contribuciones. A él reconocemos asimismo la obtención y acondicionamiento de la nueva sede del instituto. De nuestra actual directora, Gisela von Wobeser, sólo diré que, en tanto que con sabia mano encamina la marcha del instituto, es también ejemplo de cómo un encargo administrativo es compatible con la prosecución de las investigaciones en la propia especialidad. A ella debemos también la obtención de recursos para dotar de

computadoras, faxes y otros medios de comunicación al personal del instituto, así como una eficiente reorganización en las áreas secretariales y administrativas. Y mencionaré también su empeño por la expedita y bien cuidada edición de los trabajos de los miembros del instituto, colegas a muchos de los cuales conocí teniendo el privilegio de ser su maestro. Diré al menos, de cara a estas remembranzas, que los miembros de este instituto podemos sentirnos hondamente satisfechos de pertenecer a él. No pretendo afirmar con esto que nuestra institución carezca de limitaciones y aun defectos, pero ¿qué creación humana no los tiene?

Pensemos ahora en nuestro futuro. La mayoría de los miembros del instituto participamos activamente en la docencia, sobre todo en la Facultad de Filosofía y Letras y de modo especial en los seminarios que aquí se reúnen. La formación de investigadores siempre habrá de ser interés primordial nuestro. Por ello habrá de concederse particular atención a los becarios, a las tutorías y a la dirección de tesis, así como a las consultas de colegas de dentro y de fuera.

La historia es empresa que nunca concluye. Testimonios antes no conocidos, nuevos enfoques conceptuales y metodológicos, distintas formas de percepción filosófica, pueden llevarnos a interpretaciones diferentes de un mismo pasado, interpretaciones que han de ser más penetrantes, más enriquecedoras, más humanas y coherentes. Nuestra misión, al lado de los colegas

de otras instituciones de México y del extranjero, es ahondar en la significación de nuestro presente sobre la base de un conocimiento más profundo de lo que son sus antecedentes, su pasado, su historia. Como lo expresó fray Juan de Torquemada, al que debemos la gran crónica de crónicas que es la *Monarquía indiana*, es

la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres y una recompensa de la brevedad de esta vida...

Ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece. Los montes no la estrechan, ni los ríos, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta a la diferencia de los tiempos ni del lugar... (Prólogo general y primero a la *Monarquía indiana*.)

Ésta es nuestra misión: ensanchar la perspectiva de la conciencia humana en busca de una más penetrante comprensión de lo que ha sido y es un pueblo, una nación, la humanidad entera. Para esto laboramos en este Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra *Alma Mater*. Si se me pidiera la expresión de un deseo, diría que mucho me agradaría seguir trabajando en él otros cuarenta años, o al menos veinte, al lado de mis colegas y amigos que con sus aportaciones, estoy seguro, continuarán enriqueciendo el ser y la conciencia histórica de México. ∞

La dimensión universal que llamamos tiempo fue quizá la primera aproximación de nuestros antepasados primitivos a lo que desembocaría con posterioridad en complejos pensamientos filosóficos, teológicos y científicos (incluyendo la historia). El *homo sapiens* (y probablemente su predecesor el *habilis*) advirtieron dos de las manifestaciones que en nuestro mundo operan en esa ineludible e implacable dimensión universal. Por un lado, que la naturaleza se reproduce por distintas vías y que, por ejemplo, el mundo vegetal desaparece, en circunstancias normales, sólo temporalmente, lo que permitió a nómadas y sedentarios la supervivencia. La segunda manifestación, ésta sí aterradora, es la de la existencia de la muerte, definitiva, total e irreversible. Por ello se tuvieron que inventar en todas las culturas recursos consolatorios como los presupuestos de la reencarnación o de la "otra vida".

La muerte es primariamente individual, aunque puede ser grupal, social o (esperemos que no ocurra así con la nuestra) de especie. En plantas y animales se ha dado a través de la historia del mundo el fenómeno de la extinción de especies enteras y no sólo por razones de la evolución darwiniana. A cada momento leemos de especies en extinción en todo el mundo. Aunque ahora buena parte se puede achacar a la obra de depredación que ejercen los humanos, lo cierto es que no existíamos cuando desaparecieron los hoy tan traídos y llevados dinosaurios. Un cometa, se dice, tuvo la culpa.

Conocido el tiempo como regularidad

había un simple paso para por la vía de las que hoy llamamos biología y astronomía intentar con cada vez mayor precisión medirlo, computarlo. A ese fin, todas las culturas, unas con mayor precisión que otras, forjaron sistemas calendáricos con fines prácticos de manutención, pero, también poco más allá, de registro de fastos e infaustos de la comunidad.

La combinación del conocimiento del tiempo y la asunción de la muerte nos ha conducido a la manía de festejar, conmemorar, celebrar, dolerse o regocijarse con ciertos hechos que a ojos de algún individuo, grupo, sociedad o mundo entero se consideran significativos en mayor o menor grado. Por la forma en que nuestra cultura forjó su calendario lo hacemos por años, décadas, siglos o centurias, o milenios. Por simples años solemos festejar un cumpleaños, pero hay cifras que por alguna razón parecen más memorables que otras: los veinticinco, los cincuenta, los cien, etcétera. Supongo que aunque nada lo prohíbe nadie festejaría los 43 años y medio de algo.

Pues bien, lo que hoy nos reúne es la celebración del cincuenta aniversario de fructífera vida del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Trabajadores en el tiempo como somos los historiadores, malamente podíamos dejar pasar desapercibido este nuestro medio siglo. Como ya quienes me precedieron en la palabra han dejado un panorama de nuestra historia, sólo referiré aquí algunas cosas que para mí son de lo más significativo de estas efemérides.

Sea lo primero la manifestación de orgullo y gratitud porque nuestro instituto ha



nacido y se ha desarrollado bajo la impecable protección de la Universidad Nacional Autónoma de México, de cuyos rectores, incluyendo el presente, tan sólo hemos recibido respaldo. Espero que este balance a que nos obliga la conmemoración arroje como resultado el reconocimiento de que hemos sabido responder con nuestro esfuerzo y nuestras mejores luces a tan decidido apoyo.

No puedo sino mencionar a los direc-

tores que hemos tenido. Aunque no conocí a los precursores que habitaban un rincón en San Agustín, los he leído y francamente no se podía encontrar humanistas más capacitados que don Pablo Martínez del Río o don Rafael García Granados para dar nacimiento a esta empresa. Mi proximidad al instituto se dio en tiempo ya del doctor Miguel León-Portilla. La inteligencia de esta persona, su vasta cultura y afable y generosa atención me ratificaron en los pro-

pósitos de culminar la carrera de historia. A lo largo de doce años cabales, el doctor León-Portilla consolidó y fijó los rumbos de investigación de nuestro centro, amplió su biblioteca (más el corazón que el cerebro de cualquier dependencia de investigación), reguló las relaciones entre el personal y, en fin, hizo de este instituto lo que actualmente es. Una muerte prematura nos privó del doctor Jorge Gurría Lacroix apenas iniciadas sus labores. Caballeroso, entusiasta y sabio no podemos sino lamentar su ausencia y el haber dejado planes que seguramente mucho hubieran fomentado nuestras labores. La doctora Gisela von Wobeser, nuestra actual directora, es fiel heredera de la tradición, pero su juventud y entusiasmo la han hecho principal intérprete de los tiempos y a lo largo de su primer periodo ha corregido fallas y ha propuesto mejoras por la vía de la modernización. Mucho más alcanzará a hacer en su segundo periodo.

Es de destacarse, por otra parte, que el instituto nunca se ha concebido a sí mismo como una tribu endogámica. Ha estado desde siempre, y es de desearse que así siga siendo, abierto a todo género de colaboración académica con el resto del país y del mundo. Dentro de la universidad se ha trabajado con todos o casi todos los institutos de humanidades, en particular con los que cultivan temas afines: Antropológicas, Bibliográficas, Estéticas, Filológicas, Filosóficas y algunos centros. En otras áreas se ha colaborado con las facultades de Ingeniería, de Ciencias, de Química, de Arquitectura y de Derecho, principalmente, y con institutos como los de Biología, Física, Astronomía y demás. Se ha tenido permanente contacto con otras instituciones de esta

urbe y de provincia y no se ha descuidado la participación con universidades del extranjero: ennoblecen las páginas de nuestras publicaciones trabajos de autores de los cuatro rumbos del mundo. Además vienen a impartir conferencias, cursos, seminarios y demás. Así como el aislamiento mata, la sana colaboración enriquece.

Otro aspecto más. Desde que yo recuerdo, el personal académico de aquí ha estado "vinculado con la docencia". No menos del noventa por ciento imparte cursos en que refleja los avances de sus trabajos a los jóvenes (y algunos no tan jóvenes) estudiantes. Si bien el lugar más recurrido es nuestra Facultad de Filosofía y Letras, se imparten cursos en otras instituciones. Dirección de tesis, asesorías, consulta de la biblioteca y más manifestaciones de la actividad docente son cotidianas entre nosotros.

Un último punto. Se trata del estímulo que el instituto ha brindado para la creación de nuevos centros. Empezaré por los de provincia. En tiempo del doctor León-Portilla se suscribió un convenio con la Universidad Autónoma de Baja California para la creación del Centro de Investigaciones Históricas UNAM/UABC. Bajo nuestra guía empezó a madurar con trabajos fundamentalmente dedicados a la península bajacaliforniana. No hace mucho sintieron la necesidad de volar con sus propias alas y solicitaron la separación. Como no había ningún argumento válido para denegarla, se constituyó a continuación el flamante Instituto de Investigaciones Históricas de esa universidad. Siguiendo el ejemplo, ahora ellos se ocupan de generar un programa de estudios históricos de la frontera (la norte y

también la sur). Sólo queda desear que tales proyectos prosperen.

De este mismo instituto nuestro surgió también en el sur del país un centro de investigación más, adscrito a la Coordinación de Humanidades, pues se logró que se involucraran en el proyecto los de Antropológicas, Estéticas y Sociales. Tiene sede en San Cristóbal de las Casas. Ojalá aproveche este Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas para crecer y fortalecerse. Por delegación, pero somos nacionales.

Dentro de la UNAM, también en tiempo del doctor León-Portilla, surgió de la Sección de Antropología, en 1973, el actual Instituto de Investigaciones Antropológicas. Dirigido en primer término por el doctor Jaime Litvak, con el doctor Luis Vargas como secretario académico y actual director, bien pronto mostró su pujanza y con celeridad que no refleja sino los deseos de trabajar bien se ha convertido en una de las dependencias modelos en nuestra área. Puede decirse que es el orgullo de nuestra maternidad.

Pero, en fin, los institutos los hacen sus miembros. El personal académico, con el auxilio del administrativo y por la vía de los órganos colegiados, va marcando el rumbo de los afanes y los días.

Con el recuerdo de quienes nos han abandonado a lo largo de estos cincuenta años de vida institucional, creo que sólo nos resta comprometernos ante su memoria y ante nuestra universidad a buscar la superación permanente, que es la mejor forma de servir a la atribulada sociedad que nos da cobijo. ❧

Gisela von Wobeser

Tanto las personas como las instituciones suelen festejar las fechas significativas, que se convierten en simbólicas. Estas ocasiones sirven para tomar conciencia del paso del tiempo, evocar el pasado, evaluar el camino andado y proyectarse al futuro.

Han transcurrido cincuenta años desde la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas, y actualmente somos una institución madura que cuenta con una larga historia. Todos nosotros, *todos* los que hoy estamos aquí, somos protagonistas de esa historia.

Los inicios del instituto fueron muy modestos. Después de muchos meses de empeñoso trabajo, Pablo Martínez del Río y Rafael García Granados, con el apoyo de Julio Jiménez Rueda y de Salvador Toscano, entre otros, lograron que el entonces rector, Genaro Fernández McGregor, inaugurara el instituto el 15 de mayo de 1945.

Las labores arrancaron el día 16 de mayo, hace 50 años. Entonces la Universidad Nacional aún no era de masas, no tenía un campus universitario, los edificios que albergaban a las diferentes facultades y escuelas se encontraban en el centro de la ciudad y la investigación todavía era incipiente y se realizaba mayoritariamente en las facultades. Comenzaban a surgir los institutos y centros de investigación, con el fin de reforzar esta labor sustantiva de la universidad y encauzar institucionalmente los esfuerzos que se venían realizando.

Decía yo que los comienzos del entonces llamado Instituto de Historia fueron modestos. Tenía muy poco presupuesto y

contaba con escasas plazas académicas. La mayoría de los investigadores colaboraban por contrato, lo que implicó una gran rotación del personal. Por esta razón muchos de los historiadores connotados de la ciudad de México trabajaron en algún momento para el instituto.

Las instalaciones eran acordes con el reducido presupuesto y consistían en un local, situado en la parte poniente del vestíbulo del ex Convento de San Agustín, entonces la Biblioteca Nacional, que parece haber sido muy pequeño. A falta de cubículos, los investigadores trabajaban en sus casas; prácticamente se carecía de todo aquello que hoy nos parece indispensable. Lo que sobraba en aquellos años iniciales era un gran entusiasmo y la firme convicción de poder salir adelante.

Uno de los principales objetivos que se plantearon los fundadores fue la publicación de obras monográficas, orientadas tanto a los especialistas, como al público en general, así como la edición de fuentes documentales. Durante el mismo año de la fundación, salió a la luz la primera publicación, el *Códice Chimalpopoca*, y durante los siguientes dos años aparecieron siete títulos más.

Como un homenaje a este esfuerzo estamos reeditando nueve de los libros publicados durante esos años iniciales, dos de los cuales ya aparecieron y los demás saldrán a la luz a lo largo del año.

Desde sus inicios se perfilaron las áreas de trabajo: Historia Antigua de México, Historia Colonial, Moderna y Antropología. Las primeras dos áreas estuvieron más orientadas a la investigación documental, mientras que el área de Antropología parti-

cipó en diversos proyectos arqueológicos y antropológicos.

En 1949, al término del periodo de Pablo Martínez del Río, ocupó la dirección Rafael García Granados por los siguientes trece años, interrumpidos sólo por algunos periodos en los que volvió a ocupar la dirección en forma interina Pablo Martínez del Río.

Un cambio significativo se dio en 1954, cuando el instituto se mudó a la Torre de Humanidades en Ciudad Universitaria. La ampliación del espacio permitió una vida académica más intensa. Los investigadores tuvieron por primera vez cubículos, y se contó con un salón para conferencias y seminarios así como con un espacio para la biblioteca.

La disponibilidad de un mayor presupuesto, la posibilidad de ampliar la planta académica y la cercanía de la Facultad de Filosofía y Letras permitieron la consolidación del instituto.

Durante estos años se incorporaron nuevos miembros al instituto, entre ellos Juan B. Iguíniz, Ángel María Garibay, Miguel León-Portilla, Delfina López Sarrelanque, José Miranda, María del Carmen Velázquez, Arturo Arnaiz y Freg, Guadalupe Pérez San Vicente, José María Luján, Arturo Langle, José Valero, Rosa Camelo, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Mauricio Swadesh, Santiago Genovés, Alberto Ruz, Eduardo Noguera y Luis Aveleyra, lo que permitió ampliar los trabajos que se venían realizando.

En 1956 el instituto sufrió la irreparable pérdida de su entonces director, Rafael García Granados. Sin embargo, su memoria seguiría viva a través de la generosa donación de su biblioteca personal a la de-

pendencia, que aun hoy día constituye uno de los fondos más ricos del acervo. En su recuerdo la biblioteca lleva su nombre.

A la muerte de García Granados tomó posesión como director nuevamente Pablo Martínez del Río. Durante el segundo periodo de este ilustre historiador, creció el número de investigadores que conformaban el instituto y la dependencia logró avanzar desde el punto de vista académico. Ingresaron, posteriormente, Alfredo López Austin, Víctor Manuel Castillo, Martín Quirarte, Álvaro Matute, Ignacio del Río, Josefina García, Carlos Bosch García, Edmundo O'Gorman, Juan Ortega y Medina y Luis González Rodríguez.

A partir de esta época se fomentó la creación de seminarios, cuya finalidad fue impulsar la discusión y el ejercicio críticos, así como la realización de tareas conjuntas, como, por ejemplo, el análisis y la traducción de textos o la edición de fuentes. En 1957, Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla crearon el Seminario de Cultura Náhuatl, que persiste hasta hoy día. Con el fin de dar a conocer los resultados de sus investigaciones, el seminario fundó la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, cuyo primer número salió a la luz en 1959.

Durante este último año se fundó el Seminario de Cultura Maya, bajo la dirección de Alberto Ruz. Sus objetivos eran similares a los del Seminario de Cultura Náhuatl, pero circunscritos al mundo maya. Sin embargo, al año de su fundación se integró al Instituto de Investigaciones Filológicas, donde sigue actualmente.

Por otra parte, la proximidad entre la Torre de Humanidades y la Facultad de Filosofía y Letras permitió que se estrecha-

ran aún más los vínculos que ya existían entre el instituto y dicha facultad. La mayoría de los investigadores impartía clases y dirigía tesis, y los alumnos acudían al octavo piso de la Torre de Humanidades para recibir asesoría de los investigadores y pasaban gran parte de su tiempo en la biblioteca del instituto.

En 1963 la muerte sorprendió a Pablo Martínez del Río, cuando todavía ejercía las funciones de director; y, para sustituirlo, la Junta de Gobierno nombró a Miguel León-Portilla.

Durante su gestión se fundaron las revistas *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* y *Estudios de Historia Novohispana*, con la finalidad de fortalecer las áreas de historia colonial e historia del siglo XIX y de dar a conocer los resultados de las investigaciones.

En 1965 se creó el programa de becarios, que subsiste hasta la actualidad. Su principal fin ha sido formar personal académico. Muchos de los investigadores del instituto fueron anteriormente becarios.

El área de Antropología, que comprendía a los especialistas en antropología física, arqueología, etnología y lingüística del instituto, se convirtió en una sección en 1963, bajo la dirección de Juan Comas. Con el fin de divulgar los resultados de las investigaciones de esta sección, se creó, en 1964, la revista *Anales de Antropología*.

A lo largo de los siguientes diez años la Sección de Antropología aumentó y logró consolidarse académicamente, lo que permitió que en noviembre de 1973 se separara del Instituto de Investigaciones Históricas, para crear un instituto nuevo, el de Investigaciones Antropológicas.



En 1975, asumió Jorge Gurría Lacroix la dirección del instituto, pero sólo estuvo poco más de dos años al frente de la misma, porque un terrible cáncer le arrebató la vida.

El instituto recibió un nuevo impulso bajo la dirección de Roberto Moreno de los Arcos, quien sustituyó a Gurría y estuvo once años al frente de la dependencia.

En este periodo se fomentó la discusión y la creación de seminarios de trabajo; entre otros, se fundaron, en 1979, el Seminario de Historia del Noroeste y, en 1985, el Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas.

La presencia de investigadores visitantes permitió estrechar las relaciones con instituciones afines y estimuló el intercambio intelectual con colegas pertenecientes a diferentes ámbitos académicos.

En 1979, se editó por primera vez el boletín *Históricas*, órgano informativo cuyo objetivo es dar a conocer las principales actividades que se realizan en el instituto e informar sobre lo ocurrido en el medio académico relacionado con la historia.

Con motivo de la construcción del área de la investigación en Humanidades, el instituto se mudó en 1987 a un nuevo edificio, en el Circuito Mario de la Cueva. De manera similar a lo que ocurrió con la mudanza a la Ciudad Universitaria, la mayor y mejor disponibilidad de espacio constituyó un estímulo para la vida académica. La biblioteca pudo crecer gracias a la ampliación del espacio para su acervo; asimismo, ahora se contaba con salones para seminarios, una sala para eventos, que permitía realizar conferencias y congresos a gran escala, salas de cómputo y cubículos para todo el personal

académico. Así da inicio la historia reciente del instituto, la que ustedes ya conocen.

Dije al principio de mi exposición que todos los aquí presentes han sido protagonistas de esta historia. Muchos han pertenecido al instituto durante años, otros han estado aquí alguna temporada y otros más han tenido vínculos ocasionales, pero todos han contribuido, de alguna manera, en su edificación. Permítaseme, en este momento de gran emotividad y significado histórico, agradecer a todos su esfuerzo y colaboración.

Mi agradecimiento va en primer término a los académicos, que constituyen el núcleo del instituto y su parte fundamental. Resulta imposible referirme a todos, tendría que leer una lista muy grande, por lo que ofrezco disculpas y sólo menciono a las decanas: la investigadora Josefina Muriel y la técnica académica Guadalupe Borgonio.

Quiero mencionar a los académicos jubilados, como Delfina López Sarrelangue, Guadalupe Pérez San Vicente y Rosaura Hernández, y recordar a los que nos han dejado, a Juan Antonio Ortega y Medina, a Carlos Bosch García.

Asimismo corresponde agradecer a los anteriores directores de la dependencia, a Miguel León-Portilla y a Roberto Moreno de los Arcos, cuya dedicación, sabia conducción y compromiso fueron altamente benéficos para la institución.

Desde luego debo reconocer la importante labor que desempeña el cuerpo de técnicos académicos, que traduce en libros el trabajo de los investigadores.

Un agradecimiento muy especial debo dar al personal administrativo, pieza clave para el desarrollo de nuestro trabajo.

Gracias a Carlos Rea y a los secretarios administrativos anteriores a él y a todo el personal por su esfuerzo, compromiso y por el entusiasmo con el que realizan su trabajo.

Por otro lado, hemos gozado del beneficio de pertenecer a la universidad, y formamos parte del Subsistema de Humanidades. Siempre hemos contado con el apoyo de los coordinadores de Humanidades; menciono a los que han coincidido con mi periodo: Roberto Moreno de los Arcos, Julio Labastida, Mario Melgar y Humberto Muñoz.

Estamos vinculados de manera estrecha a múltiples dependencias de la UNAM, a todas ellas les doy las gracias. Debido a la limitación de tiempo no puedo mencionar a todas, sólo me referiré a aquellas con las que hemos tenido mayor relación: los institutos de Estéticas, Antropológicas, Bibliográficas, Jurídicas, Sociales, Filológicas, Filosóficas y, desde luego, muy particularmente a la Facultad de Filosofía y Letras.

Hemos recibido apoyo y asesoría de la Secretaría General, la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, la Dirección General de Bibliotecas, la Dirección General de Información, la Dirección General de Obras, la Dirección General de Cómputo Académico, la oficina del abogado general, el Centro de Investigaciones Científicas y Humanísticas y la Facultad de Ingeniería. Las revistas *Universidad Nacional de México* y *UNAM Hoy* nos han brindado espacios para dar a conocer nuestro trabajo y en esta ocasión han preparado ediciones que aluden a nuestro cincuentenario. Asimismo, hemos contado con el apoyo de *Gaceta UNAM*, de TV UNAM y de Radio Uni-

versidad, a todos sus directores expreso mi más sentido agradecimiento.

También, el instituto se ha beneficiado continuamente mediante la relación académica que ha sostenido con las demás instituciones del país que se dedican a la investigación, enseñanza y divulgación de la historia: El Colegio de México, el Instituto Mora, el CIESAS, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Iberoamericana, Condumex y, en general, las universidades y centros de investigación de todo el país y del extranjero.

Naturalmente debo agradecer al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a la Secretaría de Educación Pública y al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Finalmente, quiero dar gracias a los diferentes rectores que a lo largo de los cincuenta años nos han brindado su apoyo, y muy particularmente, al doctor José Sarukhán quien nos acompaña en este significativo festejo. ✽

José Sarukhán Kermez

Resulta muy satisfactorio asistir a esta ceremonia en la que celebramos los primeros cincuenta años de vida del Instituto de Investigaciones Históricas y, de esta forma, compartir con ustedes el especial orgullo de constatar que cuando una comunidad demuestra entrega y compromiso con ella misma, con la institución a la que pertenece y con la sociedad a la que se debe, los resultados son muy alentadores.

Medio siglo; medio siglo de vida del instituto puede ser obvio para ustedes, pero para el historiador es más que eso, porque de entre todas las profesiones, la suya le permite tener el tiempo en sus manos, ya que transita a través de él por las fuentes originales, por los testimonios orales, por las evidencias físicas y tiene la posibilidad de analizar, interpretar, recrear el pasado para explicarnos el presente.

Siento, en lo personal, una gran afinidad, y me permito hacer esta pequeña digresión provocada por los comentarios de Roberto Moreno de los Arcos, en relación a la evolución, porque, quienes trabajamos en ello, también tenemos este importante componente de tiempo en la explicación de los fenómenos que observamos hoy. Dobzhansky T., un famoso genetista y biólogo, decía que nada, en la biología, tiene sentido si no se ve a la luz de la evolución; no puedo más que estar de acuerdo con él.

Pero nada tiene sentido en la evolución, si no se ve con ese componente de tiempo, y no se explica lo que vemos hoy, a lo largo de ese eje y esa dimensión. La astronomía también comparte parcialmente esto y, por eso, al igual que la biología, es una de las ciencias exactas más populares, accesibles y atractivas; y lo siento por los físicos, para quienes a veces, o frecuentemente, el componente del tiempo es totalmente irrelevante.

Si repasamos someramente la historia de la UNAM, desde los diversos núcleos que la componen, encontramos que muchos hombres y mujeres lúcidos y empeñosos han pugnado por construir formalmente una comunidad. Tal fue el caso, como lo hemos oído repetidamente, del doctor Pa-



blo Martínez del Río y del profesor Rafael García Granados, quienes fundaron aquel primer Instituto de Historia.

Desde entonces, muchos han sido los académicos y académicas que han hecho del estudio de la historia su vida; de su trabajo, una vocación, y, por sus aportaciones al conocimiento de la disciplina, han sido merecedores de reconocimientos nacionales e internacionales.

En estos cincuenta años, desde su ubicación original en el ex Templo de San Agustín hasta estas modernas instalaciones, el instituto ha formado nuevos historiadores, ha publicado obras de excelente calidad, ha fortalecido el intercambio académico con instituciones hermanas y su biblioteca se ha visto enriquecida, de tal suerte que es lugar obligado de consulta para los estudiosos del tema.

Por todo ello, resulta un especial privilegio personal hacer un reconocimiento, en nombre de la universidad, a todos aquellos que con su esfuerzo y dedicación han logrado construir, fortalecer y dar realce al estudio de la historia en nuestro país, en el marco de este prestigiado instituto. Mi reconocimiento también a quienes ya no están presentes, pero cuya obra permanece y a aquellos que, a lo largo de los años, lo han conducido tan acertadamente.

Para concluir, retomo las palabras de Cicerón, porque me parece que encierran una gran sabiduría respecto del trabajo que realizan ustedes cotidianamente: “La Historia es... vida de la memoria, maestra de la vida, reflejo de la antigüedad.”

Muchas felicidades.

○ ENTREVISTAS

Memoria del olvido Recordando a don Pablo Martínez del Río

*Por Santiago Genovés**

Creo que fue en septiembre del cincuenta y seis cuando entré al Instituto de Investigaciones Históricas. Gozo total y paralelismo.

México, en el treinta y nueve —yo adolescente—, dio generoso asilo a los transterrados españoles. En el cincuenta y seis y desde unos pocos años antes, la UNAM, en su nueva localización al sur de la ciudad, daba acogida en el Instituto de Investigaciones Históricas a investigadores antropológicos que prácticamente no tenían a dónde ir.

Allí, alrededor de una mesa sita en una pequeña ampliación del pasillo, nos sentábamos a tomar café, a la hora señalada, don Pedro, don Juan, don Paul, don Morris y yo, el jovencillo.

Historiadores e historiadoras, de todos conocidos, constituían la mayoría del cuerpo de investigación. Como es tan normal como humano, los “de fuera”, los antropólogos, nos agremiábamos entre sí. Se nos unía don José, cabal integración de historiador y antropólogo en constante retroalimentación. El director, don Pablo, tan suave y fino como irónico y alegre, en el ámbito de sus formales maneras de vestir y actuar.

Contaré un hecho histórico que lo retrata: teníamos escasa ayuda secretarial. Un mecanógrafo, Víctor, buen chico y con inclinaciones poéticas, auténticamente nos toreaba. A mí me decía: “No puedo hacerle hoy estas dos páginas doctor Genovés, porque tengo un manuscrito del doctor Swadesh.”

Al doctor Swadesh: “No puedo hacerle hoy estas dos páginas doctor Swadesh, ya que tengo un manuscrito del doctor Genovés”; y así semana tras semana.

* Santiago Genovés llegó a México al término de la guerra civil española. Estudió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y, en 1956, se incorporó al Instituto de Historia de la UNAM. Es cofundador de la Academia Mexicana de Antropólogos Físicos, la Sociedad Mexicana de Genética Humana y la Asociación Internacional de Biología Humana. Su labor ha sido reconocida con varios premios, entre ellos, el Premio Nacional de Ciencias en 1962; por sus investigaciones sobre violencia, se le otorgó el Premio Internacional de la Paz en 1968. En 1982 trajo a México la International Society for Research on Aggression.

Decidimos, pues, un buen día, ir a comunicarle a don Pablo, los seis juntos, nuestra cuita. Nos oyó gentil, comprensiva y dulcemente, y dijo:

— Que venga Víctor.

Entró Víctor. Don Pablo estaba sentado detrás de su mesa; nosotros en sendas sillas alrededor.

Don Pablo: “Víctor, me dicen los doctores que usted no está cumpliendo.”

Víctor: “Yo he venido ahora aquí por deferencia a usted, don Pablo.”

Don Pablo: —como un tigre enfurecido, da un puñetazo sobre la mesa y dice: “¡Yo no necesito de sus deferencias! Lo que usted tiene que hacer es cumplir y hacer los trabajos de los doctores.”

Víctor: “Es que yo...”

Don Pablo: “Aquí no hay yo que valga” acompañando sus palabras con otro puñetazo sobre la mesa. “Aquí todos trabajamos y usted tiene que hacer otro tanto.”

Víctor: “Perdone usted, don Pablo, pero es que...”

Don Pablo: en su tono más educado pero firme: “Ya, váyase usted y cierre la puerta.”

Desaparece Víctor, y don Pablo angelical y sonriente nos pregunta: “¿He estado bien?”

Conociendo bien a don Pablo, creo que fueron éstos los dos únicos puñetazos que, en toda su vida, dio sobre una mesa.

En otra ocasión, íbamos don Pablo y yo a ver a don Jaime Torres Bodet, entonces secretario de Educación. Saliendo de la UNAM, al entrar en Insurgentes, me paró un policía de tránsito. Me bajé para arreglar el asunto: mordida desde luego. Desde dentro del carro, don Pablo: “Santiago, ¿puedo ayudarle?” — “Para nada don Pablo, no se preocupe usted.” El agente tenía ya mi licencia de manejar. No había cometido ninguna infracción, pero...

El agente: “Es que ustedes los güeritos...” Yo, tratando de aplacarlo y darle la consabida “mordida”.

Don Pablo, trabajosamente, se bajó de mi pequeño carro, y dirigiéndose al agente, le dijo, sin alterar la voz: “Oiga, usted, jovencito, no sabe con quién está hablando. Es el doctor Genovés a quien usted debe respeto.” Algo así, pienso yo, no lo había oído jamás el agente.

Don Pablo no dijo ni quién era él, ni que íbamos a ver al señor secretario, ni nada. Sólo añadió: “Bueno, devuélvale usted su licencia al doctor Genovés, que nosotros nos tenemos que ir ya.” ¡El agente me devolvió la licencia y nos deseó un buen día!

Ésa era, entre otras, una de las cualidades de don Pablo: su autoridad moral que se percibía sin que él la hiciese notar. Elegancia.

De toda la universidad, pienso que el Instituto de Investigaciones Históricas es el que tiene mayor relación con El Colegio de México. Al celebrarse los cincuenta años de la fundación de este último, escribí un poema que puede aplicarse igualmente al Instituto de Investigaciones Históricas. Con él, pues, deseo terminar estas líneas.

*Aquí llegaron
Hombres sabios, buenos
desnudos de todo,
sólo ricos de alma,
de estudio y pensamiento.*

*De allá, de la mar
navegando penas vinieron.*

*Otros, aquí nacidos
también sabios, buenos
con humana hermandad
abriéndoles los brazos*

les dijeron:

*“Quedaos,
convivid con nosotros,
ésta es vuestra casa,
vuestro pan y huerto.”*

*Así surgió,
generosidad, alma y vuelo
La Casa de España,
luego
Colegio de México.*

Tres décadas cerca de Históricas

Por Ascensión H. de León-Portilla*

Desde que llegué a México he vivido, desde dentro y desde fuera, el acontecer del Instituto de Investigaciones Históricas: sus afanes, proyectos, publicaciones y logros. He seguido de cerca las tareas de muchos de sus investigadores y de los trabajadores que en él laboran.

Treinta años de esta cercanía me han hecho considerarlo un poco mío. Al menos así lo siento, quizá porque mi primer contacto con la Universidad Nacional fue precisamente a través de Históricas. Recuerdo al llegar a México mi interés en conocer todo lo referente al instituto porque, como centro de investigaciones, me ligaba a lo que había dejado en España. Allí había sido becaria del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, que pertenecía al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Mi estancia en el Fernández de Oviedo, aunque corta, fue para mí fascinante porque era la entrada al *Sancta Sanctorum* de la vida académica, la culminación de la vida universitaria.

Una vez aquí, mi contacto con el Instituto de Investigaciones Históricas me hizo sentir que el cambio de país no había sido una ruptura total, porque en el instituto, en cierta manera, estaban presentes muchos aspectos de mi vida anterior: el mismo ambiente de sabios y libros, las mismas conversaciones sobre proyectos históricos, sobre clases, conferencias y congresos. En poco tiempo descubrí que en él se hallaba la gente más interesante del mundo de la historia, que era el que a mí me importaba. Poco a poco conocí a los investigadores, agrupados en torno de los de más edad, de los que ya tenían más publicaciones. Nunca asistí a ninguna reunión formal del instituto pero me bastaba observar, escuchar y leer para estar al día en lo que allí se hacía.

Para mí, este primer contacto con Históricas fue descubrir un nuevo Mediterráneo, porque, aunque ciertamente en el Fernández de Oviedo se investigaba la historia de América y llegaban publicaciones de todos los países de este continente, los becarios no habíamos penetrado a fondo en las culturas ameri-

* Doctora en historia por la Universidad Complutense de Madrid, actualmente es investigadora en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Entre sus publicaciones pueden mencionarse: *España desde México. Vida y testimonio de transterrados* (1978); edición y estudio introductorio del *Vocabulario manual de las lenguas castellana y mexicana*, de Pedro de Arenas (1982), y *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl. Historia y bibliografía*, 2 v. (1988).

canas. De manera que conocer el instituto, con sus hombres y sus libros, fue como entrar de súbito en el corazón de América, traspasar siglos en poco tiempo y saber de sus habitantes, los de antes y los de ahora, a los que sólo había divisado desde lejos.

Los estudios sobre el México antiguo

Lo primero que descubrí fue el vigor de los estudios sobre el México antiguo. Era natural que así fuera, dado que había un grupo de entonces jóvenes investigadores que estaban muy ligados a Miguel. Algunos incluso habían colaborado con él en el Instituto Indigenista Interamericano, donde se hacían trabajos de índole antropológica muy cercanos a la historia. Era el caso de Alfredo López Austin y Víctor M. Castillo. Otros integrantes del grupo, más jóvenes, estaban haciendo su tesis con él, como María J. García Quintana y José Rubén Romero. Claro que pronto tuvieron también plaza de investigadores en Históricas.

Desde fuera, pero con la mirada dentro, conocí pronto a estos investigadores, asistentes todos ellos al Seminario de Cultura Náhuatl. Yo sabía que estaban dedicados al estudio de la lengua y la historia de los pueblos nahuas. A menudo Miguel me hablaba de ellos, de sus trabajos publicados o en preparación; a su vez, iba todas las semanas a trabajar con el padre Garibay y también a platicar. Me contaba que con él trataba de muchos temas, pero en especial de todo lo referente al náhuatl, al seminario y a la revista que en él se había gestado. A mí me parecía que Miguel era como un puente a través del cual aquel gran sabio estaba presente en el Instituto de Investigaciones Históricas y en las nuevas generaciones que allí se formaban. De hecho, el instituto, a partir de 1958, publicó varias de las mejores obras de don Ángel María.

En la década de 1960, el Seminario de Cultura Náhuatl y la revista *Estudios de Cultura Náhuatl* contaban ya en la cultura nacional. Ambos habían sido fundados por el padre Garibay y Miguel León-Portilla, en 1957 y 1959, respectivamente. En pocos años de vida, el seminario y la revista eran la culminación de un proyecto que desde el siglo pasado había ido cuajando con los filólogos del Museo Nacional. En el seminario se empezaron a traducir los textos nahuas con el rigor de la filología moderna, los cuales Históricas publicó en una nueva serie sobre fuentes. Años después, también en el seminario, se gestó la colección de Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas. Cito estas dos series como muestras, entre otras muchas, de la labor que se ha realizado en Históricas en el

campo de la investigación sobre el México antiguo. Esa actividad cuenta desde 1959 con un canal de difusión singular: *Estudios de Cultura Náhuatl*, la primera publicación periódica especializada en su campo en el mundo académico mexicano. No es extraño que tal revista despertara un interés sin precedente por el pensamiento náhuatl dentro y fuera de México.

Para mí el conocer la palabra y el pensamiento de los pueblos del México antiguo, tal y como se hacía en el seminario, me pareció que era como descubrir la otra mitad del mundo que conocíamos a través de las espectaculares pirámides, esculturas y pinturas, en las que había quedado plasmada para siempre la búsqueda de la belleza por las gentes de aquellos pueblos. Es decir, en el Instituto de Investigaciones Históricas había surgido un foco de luz comparable al que por entonces representaba el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la institución que ha tenido a su cuidado la limpieza y el embellecimiento de las piedras que nos hablan de un pasado singular en la historia universal.

Poco a poco descubrí que ese pasado cobró vida con el lenguaje de la palabra y que ese lenguaje se estaba descifrando en el Instituto de Investigaciones Históricas, en el Seminario de Cultura Náhuatl. No quiero decir que allí se hicieran las primeras traducciones del náhuatl; había ya varios centros donde se cultivaba la filología, pero en ninguno se había hecho con tal rigor, continuidad y capacidad de influir en una gran parte de la población. Hoy, desde la perspectiva del tiempo transcurrido, veo el seminario como un fruto bien logrado del momento de expansión académica que se produjo en la UNAM, a mediados de nuestro siglo, cuando se fundaron los institutos de investigación entre los que el de Históricas pronto destacó.

En 1957, este instituto estaba bien consolidado y contaba con profesores muy reconocidos. El contexto era propicio para que dos enamorados del México antiguo, Garibay y León-Portilla, se lanzaran a la tarea de crear el citado seminario, que pronto cumplirá cuatro décadas de vida y que sigue siendo antorcha y columna o, como se decía entre los nahuas, *tlilli*, *tlapalli*, la tinta negra, la tinta roja, de la lengua y el pensamiento de una de las antiguas culturas de la humanidad.

Las investigaciones en el campo de la antropología

Muy cerca del seminario y de los estudiosos de las culturas mesoamericanas estaba el grupo de los antropólogos; un mundo también fascinante y con el

que yo había tenido poco contacto en España. Ahora ya sé la razón: porque casi todos habían salido al terminar la guerra civil. Bueno, algunos se habían quedado como Caro Baroja, a quien no tuve la suerte de conocer. En el Fernández de Oviedo trabajaba una prestigiada etnóloga, Nieves de Hoyos, hija de quien abrió camino en la antropología española, Luis de Hoyos Sáinz, pero no tuve mucho trato con ella, pues los becarios trabajábamos temas enfocados a la historia colonial.

La antropología me llegó aquí, en México, a través de Juan Comas con quien comíamos una vez por semana. Con él recorríamos desde la medición de los huesos de fósiles hasta el indigenismo estilo Las Casas. Hablar de fray Bartolomé era uno de sus temas favoritos. En verdad, cuando hablaba de él se apasionaba tanto que parecía que se inflamaba con un soplo del espíritu que el dominico le enviaba. Otro tema favorito era tratar acerca de sus compañeros del instituto: de don Pedro Bosch, a quien quería de corazón; de Mauricio Swadesh, a quien admiraba; de los más jóvenes a los que mucho ayudó, como Santiago Genovés, Yolanda Lastra, Fernando Horcasitas y Jaime Litvak, y de algún otro más que ahora se me escapa. Varios eran extranjeros, huidos de las dictaduras que profanaron la vieja Europa. El Instituto de Investigaciones Históricas había acogido a un buen número de ellos, por eso se les llamaba, con cierto cariño y gracia, “la legión extranjera”.

Este grupo de antropólogos de Históricas poseía su propia personalidad dentro de la antropología mexicana, lo cual ya era mucho, porque en México la antropología, desde las investigaciones de Manuel Gamio y Alfonso Caso, tenía un papel relevante y era considerada una disciplina a la vanguardia mundial. Existía incluso un centro especializado de estudio, la ENAH (Escuela Nacional de Antropología e Historia). A su vez el INAH contaba con un buen cuadro de investigadores. Pero el grupo de Históricas se abrió paso en este ambiente difícil y como tal ha dejado obras que destacan en el ámbito de la antropología mundial. Además, en sus clases, en sus conferencias y en sus conversaciones, estos antropólogos hablaban de sus experiencias y su trato con sabios famosos de otros países. Don Pedro recordaba con enorme placer sus encuentros en Barcelona con León Frobenius, cuando el etnólogo alemán se detenía en la ciudad condal camino de África. Comas no se hacía de rogar para recordar a su venerado maestro, el ginebrino Eugène Pittard; Mauricio Swadesh se sentía fiel discípulo de los tres grandes de la lingüística antropológica, Franz Boas, Edward Sapir y Benjamin Whorf. La valía de este grupo de Históricas hizo posible la edición de una nueva revista, *Anales de Antropología*, fundada en 1964 y

dirigida durante muchos años por Juan Comas. Esta revista, como *Estudios de Cultura Náhuatl* en su ámbito, es un repositorio donde se guarda una parte importante del pensamiento antropológico del nuevo mundo, quizá la mejor que sobre antropología general se ha publicado en lengua española.

Recuerdo las conversaciones de Miguel y Comas cuando hablaban de formar un nuevo instituto. Comas iba a perder su cargo de jefe, pero estaba jubiloso de ver que en el Instituto de Investigaciones Históricas había cuajado un grupo de buenos antropólogos, dueños ya de personalidad propia en el contexto mexicano. Quizá su júbilo se debía a que, después de un exilio tan dramático, de años tan difíciles, los antropólogos de Históricas habían realizado una labor sobresaliente dentro del mundo hispanohablante y esto era razón suficiente para que un nuevo instituto tomara vida dentro de la UNAM. En síntesis, el Instituto de Investigaciones Históricas en un periodo de 28 años daba vida al Instituto de Investigaciones Antropológicas, algo nada frecuente en la UNAM.

La historia novohispana y moderna

Pero, volviendo a mi interés por conocer todo lo que se hacía en el instituto a mi llegada a México, pronto descubrí el valor de las investigaciones en torno de otras épocas de la historia, la novohispana y la moderna. En ambos periodos del pasado de México, el instituto contaba con investigadores de mucho prestigio y con otros jóvenes que se estaban formando. Yo ya conocía a dos de ellos, Josefina Muriel y Ernesto de la Torre. A los dos, lo mismo que a Juan Comas y Santiago Genovés, los había tratado un poco en el Congreso de Americanistas de 1964, que se celebró en Barcelona-Madrid-Sevilla. Recuerdo que fue en Sevilla donde Miguel me los presentó. Josefina era ya muy conocida por sus estudios sobre el papel histórico de la mujer novohispana. Ernesto iba acompañado de su esposa Esperanza, destacada geógrafa, y ya para el año de 1964 tenía muchos trabajos publicados acerca de momentos importantes en la historia de México. De paso recordaré que fue un congreso excepcional —allí conocí a Miguel— y muy divertido porque las tres ciudades entraron en competencia para ver cuál quedaba mejor con los congresistas, lo que nos benefició mucho.

Pronto entré en contacto con los demás: con Jorge Gurría y Carlos Martínez Marín, muy sabios en todo lo del XVI; con José Miranda, que dominaba muchos temas de la Nueva España; con Juan Antonio Ortega y Medina y Carlos Bosch, que corrían a sus anchas por la historia moderna. Y pronto también entré en

contacto con los entonces muy jóvenes, que poco a poco empezaron a sonar mucho, como Rosa Camelo, Virginia Guedea, Amaya Garritz, Álvaro Matute e Ignacio del Río. A Virginia y Amaya las conocí muy pronto porque Josefina Muriel tuvo la feliz idea de reunirnos una tarde en su casa. Teníamos en común, además de ser historiadoras, que llevábamos poco tiempo de casadas y esperábamos un hijo. Ellas ya tenían tiempo en el instituto y eran investigadoras, cosa que a mí me impresionaba, porque en el Fernández de Oviedo los becarios durábamos como becarios hasta que algún investigador se moría o se jubilaba.

Poco puedo yo decir de este grupo de historiadores dedicados a temas novohispanos y modernos que no se haya dicho ya. Quiero resaltar solamente que, a través de ellos, conocí el significado del transcurrir de un tiempo largo de la historia de México, sin el cual no podríamos explicarnos el rostro de nuestro presente. Ellos además han aportado al mundo académico dos revistas de calidad, *Estudios de Historia Novohispana* y *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, que se cuentan entre las mejores en el panorama cultural mexicano.

Los investigadores hispano-mexicanos

Una de las realidades que más me atrajeron desde los primeros tiempos de contacto con el instituto fue la de tratar allí, de cerca, a un grupo de españoles que había sido acogido entrañablemente por México al terminar la guerra civil. Es decir, en el instituto empecé a entrever el valor del exilio español. Ahora pienso que como historiadora mis conocimientos sobre la riqueza intelectual de los vencidos que España perdió no eran pobres sino míseros. Claro que en las clases de historia de España en la Facultad nunca llegábamos más que hasta el final del reinado de Alfonso XIII. Así que no sabíamos bien de una España peregrina que en América, y sobre todo en México, había reconstruido su vida intelectual y gozaba ya de prestigio mundial. Aquí, en *Históricas*, vine a descubrir que estaba un pedacito de esa España peregrina; que unos cuantos universitarios españoles, ahora ya transterrados y mexicanizados, perdedores de la guerra, estaban “ganando el exilio”, y que los de aquí, los de *Históricas*, eran ya muy prestigiados.

Al primero que conocí y traté fue a Juan Comas, que en México se hizo antropólogo físico de fama mundial y se metió a fondo en el indigenismo lascasista. Era el jefe de la Sección de Antropología del instituto y tenía un apetito insaciable por el trabajo. Admiraba y quería mucho a don Pedro Bosch,



como ya dije, y me transmitió esa admiración y cariño. Después tuve en las manos las obras del profesor catalán, investigador de los pueblos ibéricos y catalanista ejemplar. El instituto acaba de reimprimir una de ellas, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, dentro de la serie conmemorativa de los cincuenta años que la directora actual, Gisela von Wobeser, ha tenido el acierto de sacar a la luz.

Hoy, el recuerdo de estos dos profesores hispano-mexicanos perdura en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, el hijo de Históricas. En aquel instituto, a la entrada, el busto de don Pedro nos vuelve presente al que fue rector de la Universidad de Barcelona, sabio de las culturas del viejo mundo, ameno conversador y devoto del culto a la amistad y del *art de cuina*, como diría él en catalán. Allí mismo, en Antropológicas, el recuerdo de Juan Comas está siempre

vivo, porque al morir el maestro, sus alumnos crearon un coloquio bienal de antropología física que lleva su nombre.

Otro antropólogo a quien pronto traté —ya dije que lo había conocido en Sevilla— es Santiago Genovés. En aquellos años, es decir la década de 1960, ya tenía renombre mundial gracias a su estudio del hueso coxal proveniente de los restos óseos de una mujer de Tepexpan. Después nos siguió sorprendiendo con sus viajes trasatlánticos, en los que se propuso realizar un estudio a fondo de la convivencia de hombres y mujeres en un medio difícil como es el mar.

Otro pedacito de la España peregrina era el integrado por José Miranda, Juan Antonio Ortega y Medina y Carlos Bosch. A José Miranda lo traté poco porque murió muy pronto, en 1967, de manera que sólo coincidí con él dos años. Aquí se hizo mexicanista y en realidad aquí publicó toda su obra, una parte de ella en el Instituto de Investigaciones Jurídicas. Muchas veces he oído hablar a sus colegas y discípulos de sus atrayentes clases. Al leer sus obras salta a la vista que su huella ha sido grande en la historiografía novohispana. Quizá, por ello, es uno de los autores cuyas obras han sido reeditadas con motivo de los cincuenta años de vida del instituto. Con el título de *Estudios novohispanos*, Históricas ha reunido varios de sus mejores ensayos entre los cuales está el magnífico retrato que hizo de España y Nueva España en la época de Felipe II.

Durante varios años pude seguir la labor de Juan Antonio Ortega y Medina en el instituto, donde siempre estaba trabajando. Dejó una obra muy extensa y rica porque cultivó varios temas de la historia moderna, siempre en un contexto intercultural. Me ha interesado mucho su perspectiva comparativa entre la formación de las dos Américas, la anglosajona y la hispánica, y, desde luego, sus aportaciones al estudio de las causas y la génesis de la leyenda negra, tema vital y polémico para España y para México, y controversia muy presente en la historia universal moderna. Ciertamente Ortega y Medina y su colega y amigo Carlos Bosch traspasaron los límites tradicionales de los historiadores al tomar como temas de estudio los dos pueblos que se encontraron en la Europa del XVI y que se volvieron a enfrentar aquí, en el nuevo mundo. Para Carlos Bosch no fue difícil recorrer una macrohistoria de las Américas a través de las relaciones diplomáticas y, al mismo tiempo, cultivar la microhistoria de su Cataluña natal. Ambos maestros crearon un espacio historiográfico propio dentro del Instituto de Investigaciones Históricas.

En síntesis, el grupo del exilio que laboraba en el instituto se adentró en el estudio de un tiempo largo, inmenso, casi metahistórico; un tiempo que abarcaba desde los huesos de los homínidos hasta la historia moderna alemana y

anglosajona, pasando por los pueblos ibéricos y recreándose en el indigenismo, y en el ayer novohispano. Con ellos vi que se puede ser mexicanista y universalista sin perder la propia raíz hispánica. Vi cómo poco a poco la figura de estos hombres se agrandó aquí, en este México acogedor. Para mí el instituto fue el espacio donde los descubrí, los traté, me interesé por sus obras y por sus creencias y valores; a fin de cuentas, fueron ellos los que me motivaron, aquellos universitarios españoles que dejaron todo para encontrar todo aquí. Este aspecto del instituto como morada de un grupo de estos españoles tiene especial significación porque pude, de cerca, calibrar su trabajo académico, su talante humanístico, su fortaleza en el exilio y el gran significado que ellos dieron aquí a sus vidas.

Los directores del Instituto de Investigaciones Históricas

Una faceta importantísima de estos treinta años de vida cerca de Históricas ha sido mi amistad, nuestra amistad, con los directores. Al terminar Miguel su periodo, en 1975, le sucedió Jorge Gurría; con él todo fue muy fácil. Recuerdo algunos viajes a universidades de provincia en los que Miguel y él hablaban de temas del siglo xvi, desde dos puntos de vista diferentes, uno el de los cronistas nahuas, otro el de los escritores españoles. Era un “numerito” muy completo y gustaba mucho. Con él y con su esposa María Elena hicimos viajes muy placenteros en los que yo aprendí mucho.

Con los Gurría además seguimos la tradición de visitar conventos los fines de semana. Esta tradición había empezado años antes con amigos del Instituto de Investigaciones Estéticas. Justino Fernández era el presidente honorario del grupo y después, cuando Justino faltó, lo fue Clementina Díaz y de Ovando. Carlos Bosch y Elisa Vargas Lugo siempre estaban puestos para viajar. Jorge Gurría y María Elena, también eran asiduos. Otros amigos nos acompañaban de vez en cuando; poco a poco Elisa García Barragán también se integró al grupo.

Esta relación entre los dos institutos, el de Históricas y el de Estéticas, fue para mí verdaderamente fecundante, pues gracias a ella pude acercarme a otra faceta del acontecer de México, la realizada por los estudiosos mexicanos de temas novohispanos. Así como las pirámides y las esculturas nos hablan de un pasado grandioso, los conventos que visitábamos en aquellas excursiones eran también palabras talladas en piedras y argamasa que nos hablaban de unos siglos de transformación del mundo mesoamericano.

Reviví mis clases con Diego Angulo en las que veíamos, siempre en fotos y

transparencias, algunos de estos conventos, los más relevantes. Aquí, con el grupo de Históricas y Estéticas, descubrí que casi en cada pueblo había un convento o iglesia que había que visitar. Algo parecido a cuando se viaja en coche por Francia, Italia o España, hay que detenerse en todas partes. Al mediodía, comer en el atrio de los conventos, sentados en el suelo, compartir nuestro pan y vino, mirando las portadas y las paredes era un momento único en el que el pensamiento corría por aquellas formas y espacios llenos de significaciones donde tantas gentes encontraron un consuelo a su vida. Esto era una gracia que pocas veces se logra: transformar un momento fugaz del presente en una vibración especial del espíritu. Yo sentía que aquellos momentos eran posibles, en gran parte, por la cercanía de los dos institutos, el de Históricas y el de Estéticas.

Después vino otra etapa, Jorge Gurría murió, nosotros compramos una casa en Cuernavaca para los fines de semana y las excursiones se fueron acabando. Sin embargo, en el instituto la suerte nos acompañó. Roberto fue elegido director y su antigua amistad con Miguel se reforzó. Esto facilitó que yo siguiera ligada a Históricas. Inclusive en época de Roberto se hicieron convenios editoriales con Filológicas y yo publiqué algunos libros en el marco de esos convenios, en la Serie de Cultura Náhuatl y en otra nueva que tengo el orgullo de haber inaugurado, la de Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas. Nunca olvidaré el apoyo de Roberto, quien a su vez me permitió tener la importante ayuda de Guadalupe Borgonio y Ramón Luna en el trabajo editorial. Es decir, puso a mi disposición a dos personas muy experimentadas y sabias en esa área y esto, además de traerme consecuencias muy ventajosas en la práctica, reforzó mi cercanía con el instituto.

Con Roberto también hicimos viajes académicos muy atractivos. Recuerdo varios a la península de California, concretamente al Instituto de Investigaciones Históricas de Tijuana, que entonces estaba patrocinado por la UNAM y la UABC. Como este instituto también es hijo del de Investigaciones Históricas igual que Antropológicas, los viajes eran frecuentes. Recuerdo uno de ellos muy especial. Fue hacia 1980, planeado por David Piñera, hijo predilecto de Históricas. En aquel entonces, Piñera dirigía y consolidaba el citado instituto que se había formado en 1975. A David se le ocurrió organizar una mesa redonda a “ocho labios”: los ponentes éramos Roberto, Cuca su esposa, Miguel y yo. Cada quien habló de su tema, aunque dentro de una secuencia armonizada que afortunadamente gustó mucho. Según David, no era común este tipo de mesas a “ocho labios” de dos parejas.

En resumen, Roberto, que llegó de fuera para dirigir Históricas, era conocido por su buen carácter y su estilo campechano, el cual no cambió con su nuevo cargo; siempre actuó como un *primus inter pares*, como el compañero entre colegas. Esta actitud ayudó a que el instituto siguiera siendo un lugar acogedor.

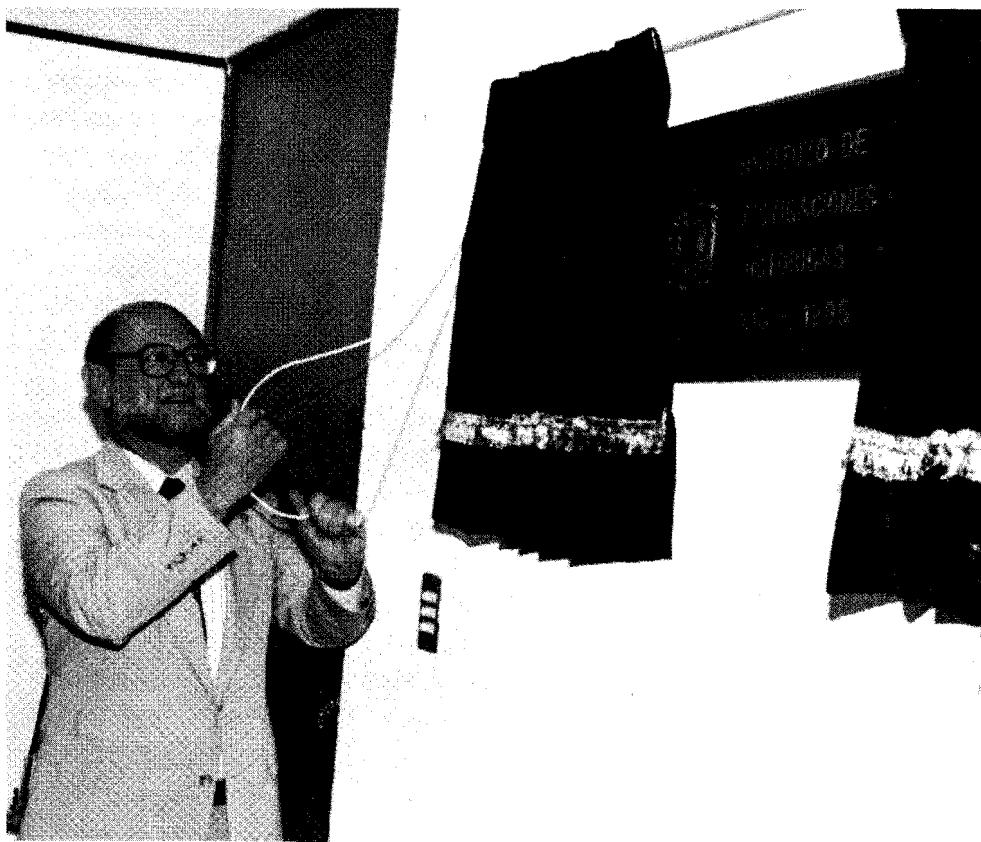
La directora actual, Gisela von Wobeser, ha mantenido esa actitud a pesar de que el instituto es ahora más grande, no sólo en espacio físico sino en número de investigadores y de personal administrativo. En el nuevo edificio, de un intenso azul, enmarcado por rocas de lava, cubiertas de verdes plantas llenas de vida, gentes y libros están por todas partes en orden y concordia. Gisela es la primera mujer directora de Históricas en su ya medio centenario de vida. Lleva ya seis años en el cargo y yo me pregunto cómo puede coordinar y armonizar a tantos investigadores, cada uno con su tiempo histórico a cuestas y con su “ismo” y su pasión en el corazón. Quizá la respuesta esté en que, como mujer completa que es, tiene el don de la multiplicación; ese don que yo creo nos tocó a muchas mujeres cuando, según los sociólogos, se hizo la división del trabajo. Desde luego, ella tiene ese don de la multiplicación del tiempo que reparte en su casa, con su familia, y en el instituto, con sus colegas. En el instituto no para en su tarea de publicar libros, propiciar congresos y conferencias como el ciclo, único en México, de “El historiador frente a la historia”. Y además vigila que todo esté limpio, presentable, gustoso, y, por si fuera poco, le ha tocado organizar el cincuentenario. Todo esto reafirma en mí su capacidad de multiplicación para transformar los minutos en horas, desafiando la eterna huida del tiempo; y de la multiplicación del afecto que no sólo comparte con los que están dentro del instituto sino también con los “anexos” como yo.

Históricas, un espacio de humanismo

Quiero terminar estas páginas de recuerdos acentuando que, al llegar a México, tuve el privilegio de aposentarme en un mundo único: el del humanismo representado por el Instituto de Investigaciones Históricas, mundo de comprensión de la historia y de los hombres que la han hecho. Allí se cultivan muchas corrientes y muchos “ismos”, casi siempre con serenidad y equilibrio. Allí dialogan y escriben tradicionales y progresistas, indigenistas e hispanistas, los del viejo estilo decimonónico y los de las diferentes novedades de nuestra centuria: marxistas, estructuralistas, historiadores de la economía, de la demografía, de las mentalidades, de las cosas y las gentes que

antes no salían en las historias. Muchas y heterogéneas propuestas que conforman la riqueza de este centro de investigación.

Por todo esto, he sentido a Históricas como un ámbito un poco mío, aun después de formar parte del Instituto de Investigaciones Filológicas desde 1975. A menudo utilizo los servicios de su biblioteca; asisto a las conferencias y a las conmemoraciones que hay de vez en cuando; pocas veces faltó al Seminario de Cultura Náhuatl donde nos encontramos los veteranísimos, los *huehues*, cada martes; y todos los días paso a recoger a Miguel y a Lupita Borgonio. Desde hace años atravieso el bello jardín que separa Históricas de Filológicas, escucho el rumor del agua en la fuente ultramoderna de Federico Silva y recorro el vestíbulo y los pasillos del instituto, donde siempre encuentro a alguien conocido; todo esto es una verdadera fortuna que espero perdure por muchos años más. ☞



Históricas y Universidad de California, proyectos comunes

Por Jaime Rodríguez*

MI relación con el Instituto de Investigaciones Históricas ha sido de muchos años y creo que para entenderla mejor hay que conocer el ambiente en el cual trabajamos los historiadores que en Estados Unidos nos dedicamos a estudiar Latinoamérica. Por lo general, somos profesores universitarios y casi todos los departamentos de historia de las universidades norteamericanas están dominados por historiadores de ese país, primero, y por los de Europa, en segundo término. Nuestros colegas, aunque son muy amables y a veces hasta grandes amigos, tienen poco interés en nuestra área y menos conocimiento de nuestros temas de investigación. Pero esperan, eso sí, que nosotros los latinoamericanistas tengamos interés en sus áreas. Sólo una que otra universidad, como la Universidad de Texas, en Austin, tiene un grupo fuerte de historiadores dedicados a Latinoamérica. De manera que normalmente somos seres raros en nuestros departamentos y casi no tenemos con quien hablar acerca de nuestros temas de investigación.

Eso ocurre también en la Universidad de California. Creo que en los nueve campus de la universidad, desde San Francisco en el norte hasta San Diego en el sur, deben existir alrededor de veinte historiadores que se dedican a Latinoamérica. Pero casi nunca nos reunimos para hablar acerca de nuestros temas. Por ejemplo, me he encontrado con Eric Van Young, de San Diego, en mucho más ocasiones en México que en California. El año pasado, al fin, conseguimos formar un grupo de historiadores latinoamericanistas de toda la universidad. Nuestro gran logro ha sido un acuerdo de volvernos a reunir el próximo año. En mi caso, fui el único latinoamericanista de Irvine por más de diez años; solamente en 1984 pude convencer al departamento para que contratara a un segundo especialista en el área, Steven Topik. Sin embargo, durante esos años, el

* Doctor en historia por la Universidad de Texas, en Austin, es editor fundador de la revista *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*. Actualmente es profesor en la Universidad de California en Irvine, en donde también es director del programa México/chicano de la Escuela de Humanidades. Sus áreas de estudio han sido los periodos colonial y moderno de la historia latinoamericana. Es autor de *El nacimiento de Hispanoamérica: Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832* (1975), *Down from colonialism: Mexico's nineteenth century crisis* (1983), *El ser histórico de México: Una reinterpretación de la Nueva España* (en prensa), *La independencia de la América española* (en prensa), entre otras obras.

departamento consideró necesario contratar a cuatro historiadores de Francia. Por eso, una de las grandes atracciones del instituto para mí ha sido su ambiente intelectual y amable. Es una verdadera maravilla tener con quien conversar y tratar temas interesantes. Para mí ha sido de un gran provecho el intercambio intelectual y humano y he aprendido mucho de los colegas del instituto. Se podría decir que me he sentido como un hijo de familia pobre que va a visitar la casa de los ricos y descubre lo maravilloso que es vivir ahí. Para mí siempre ha sido agradable una temporada disfrutando las riquezas humanas e intelectuales del instituto.

Quiero precisar que mis vínculos con el instituto se deben muy en especial a mi amistad con cuatro personas: con Roberto Moreno, a quien conocí durante el verano del sesenta y ocho, con Virginia Guedea, a quien conocí en octubre del sesenta y nueve en el congreso de Oaxtepec, y con Miguel León-Portilla y Rosa Camelo, a quienes conocí a mediados de los setenta, más o menos. La verdad es que ellos han sido muy generosos conmigo. Me han apoyado especialmente en lo relativo a la publicación de mis trabajos en español, en México. Por ejemplo, a fines de los setenta envié el manuscrito del libro que escribí con Colin MacLachlan, que en inglés se tituló *The Forging of the Cosmic Race: A Reinterpretation of Colonial Mexico*. Ellos hicieron observaciones muy útiles que me ayudaron a mejorar el volumen. (Hace poco vi con alguna preocupación que aquella primigenia versión —sin nuestras correcciones— se encuentra en la biblioteca del instituto.) Ahora, por ejemplo, tengo dos libros en prensa en México en los cuales Rosa, Miguel y Virginia me han ayudado, especialmente en convencer a las editoriales para que los publiquen.

Virginia Guedea, en especial, ha sido muy generosa y me ha ayudado mucho. Ella ha traducido varios de mis trabajos y ha corregido la traducción de otros —inclusive los dos libros que actualmente están en prensa. Su ayuda ha sido necesaria porque, aunque nací en Ecuador, salí de aquel país muy pequeño y nunca he estudiado español. La verdad es que aunque hable castellano pienso en inglés y, claro, mi redacción no es correcta. (Debo decir que yo también he traducido algunos de los trabajos de Virginia al inglés para su publicación en Estados Unidos.)

Otro aspecto del instituto ha sido muy benéfico para mí. Normalmente cuando uno va a otro país a investigar asiste a los archivos y bibliotecas y se encuentra con sus colegas de vez en cuando. En mi caso el Instituto se ha convertido en mi segundo hogar académico, donde he podido visitar con toda libertad, consultar la biblioteca, tratar con colegas y claro disfrutar de su amis-

tad. Eso es algo muy especial para investigadores de afuera. En gratitud por la gentileza y amabilidad de los colegas he dedicado uno de mis libros a la UNAM y otro al Instituto de Investigaciones Históricas.

Ésa ha sido mi relación con los miembros del instituto en términos generales; ahora, en términos más específicos, yo diría que la persona con quien he tenido más relaciones académicas ha sido Virginia Guedea. Eso se debe en gran parte a los temas que nosotros trabajamos. Ella se ha dedicado al estudio de la época de la independencia, tanto en su aspecto de la insurgencia como en el de los procesos políticos, especialmente en los centros urbanos. Sus grandes conocimientos de la época e importantes trabajos han sido muy útiles para mí, ya que he centrado mi investigación en los años de 1820 en adelante. Sus publicaciones son fundamentales para mi trabajo. Por eso, en cierta forma, Virginia ha fungido como mi maestra y, como sucedió en el caso de mi otra maestra, Nettie Lee Benson, empecé creyendo que estaba equivocada y he terminado convencido que tiene toda la razón. Desde 1982, cuando disfruté de un sabático de seis meses en México, hemos sostenido una larga conversación, más bien un seminario, sobre los temas de la independencia y la formación de la nueva nación. Originalmente, yo creía que la insurgencia y los movimientos autonomistas no tenían nada que ver los unos con los otros; Virginia ha demostrado que los dos grupos tenían muchas relaciones de diversos tipos. Igualmente, yo he pensado que ya debemos olvidarnos de los próceres —los héroes de bronce—, pero ella ha insistido en que no se puede entender el proceso de cambio sin estudiar sus actividades dentro del más amplio movimiento “en busca de un gobierno alterno”, como ella lo ha llamado. Sus estudios de los grupos y los procesos políticos de la época me han ayudado a aclarar la forma muy especial que tomó la política mexicana después de la independencia. Nuestra relación académica ha sido muy fructífera y ha producido nuevas investigaciones y nuevas publicaciones más. Es una gran fortuna encontrar a alguien con quien se comparten intereses y que cree en el valor que tiene el trabajo que uno hace. Y como todo discípulo a veces me olvido que muchas ideas e interpretaciones que ahora afirmo con gran autoridad originalmente no fueron más sino de ella. Pero ésa ha sido siempre la suerte de todos los buenos maestros.

Virginia Guedea también me ha invitado a colaborar en varios proyectos. Por ejemplo, en el Seminario de Rebeliones y Revoluciones en México, en el que participé por varios años y que fue sumamente útil para mí. Inspirado en las discusiones que tuve con ella sobre la independencia, he organizado cinco

seminarios en Irvine que trataron varios aspectos del tema. Claro que Virginia participó en todos y cada uno de ellos y contribuyó con importantes trabajos que aparecieron en los cinco volúmenes que se publicaron. Muchos distinguidos investigadores del instituto también participaron en esos seminarios en Irvine que en alguna forma pretendían recrear el magnífico ambiente intelectual que he encontrado aquí en Históricas. Además, a través de los años, Roberto Morenc, Miguel León-Portilla y Virginia Guedea han visitado mi universidad muchas veces para dar conferencias, participar en varios programas y asesorar a nuestros alumnos. Actualmente, por ejemplo, Virginia ha aceptado dirigir la investigación de tesis de doctorado, en México, de una alumna mía.

Otro importante proyecto relacionado con el Instituto de Investigaciones Históricas es la revista *Estudios Mexicanos*. La idea de publicar esa revista surgió originalmente en unas conversaciones que tuve con mi viejo amigo Colin MacLachlan, en las que comentábamos que México es un país con una gran riqueza cultural que había atraído a muchos investigadores angloparlantes, pero que faltaban espacios académicos en donde mexicanos y extranjeros pudieran expresar sus inquietudes. También en una serie de conversaciones —no necesariamente relacionadas con la revista— con Roberto Moreno, Miguel León-Portilla y Virginia Guedea, y tal vez con alguien más, comentábamos el hecho de que no había tanto contacto entre investigadores de México y Estados Unidos. De ahí surgió la idea de fundar una revista a través de la cual se establecería un diálogo permanente y fructífero entre los dos grupos de investigadores. Coincidió que en aquel entonces yo era miembro fundador de una organización de investigadores de la Universidad de California interesada en proyectos sobre México, y a partir de ella se formó lo que llegó a ser el Instituto de la Universidad de California sobre México y Estados Unidos (UC MEXUS). A este grupo propuse que se estableciera una revista y que colaboráramos con la UNAM en ese proyecto. Después de una serie de pláticas, las dos partes aceptaron fundar la revista que se tituló *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*.

En esa época, más o menos en 1983, el licenciado Raúl Béjar, secretario general de la UNAM, y Roberto Moreno, director del instituto, viajaron a Los Ángeles y ahí firmamos un acuerdo con el coordinador de UC MEXUS para establecer una revista patrocinada por nuestras dos universidades. La publicación no sería bilingüe en el sentido de que se presentaría cada artículo en las dos lenguas, sino que se publicarían trabajos en la lengua de cada autor —español o inglés. Además, la revista sería interdisciplinaria y se dedicaría a México y a su gente; es decir, a mexicanos dentro de México y a mexicanos en los Estados Unidos.

Estudios Mexicanos se publicaría dos veces al año, en enero y en agosto. El primer número de la revista apareció en enero de 1985 y, recientemente, se ha publicado el volumen 11, número 2. Yo me encargué de la revista en calidad de editor y se nombró editor asociado a Colin MacLachlan.

Desde el principio me di cuenta que se necesitaba un colaborador más directo en México, ya que algunas consultas sobre diversos temas con varios colegas mexicanos no eran siempre la forma más eficaz de resolver las dificultades que surgían. En especial se necesitaba alguien que no sólo fuera un académico de alta calidad sino que dominara las dos lenguas, inglés y español, para resolver aspectos complejos de los trabajos que publicaría la revista. En 1987, cuando MacLachlan decidió renunciar a su cargo como editor asociado, porque regresaba a la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, convencí a Virginia Guedea para que aceptara la plaza de editora asociada en México. Al principio ella dudó acerca de la conveniencia de aceptar esa nueva responsabilidad, porque en aquel entonces ella era secretaria académica del instituto y además tenía varias investigaciones en proceso. Al fin la convencí de que aceptara y desde entonces ella ha fungido como la editora asociada de la revista. Sus puntos de vista y sus excelentes criterios académicos han sido muy útiles en nuestras discusiones con la junta editorial, con los dictaminadores y con los colaboradores.

Estudios Mexicanos ha atraído a muchos investigadores mexicanos, entre ellos varios miembros del instituto que han colaborado con artículos y dictámenes. Además, la UNAM colabora con la revista en dos formas: una intelectual y la otra financiera. Desde que se fundó la revista, la Universidad Nacional se ha encargado de distribuirla en México. La editorial de la UC vende la mitad del tiraje a la UNAM, con un importante descuento, y el instituto se encarga de coordinar la distribución de la revista en México. Aunque ha habido muchos cambios en nuestras dos universidades desde que se fundó la revista, el acuerdo sigue vigente y funciona muy bien. También me parece muy importante que *Estudios Mexicanos* no sólo tiene dos juntas editoriales —una de la UNAM y la otra de la UC— sino que también el rector de la UNAM y el presidente de la UC son miembros honorarios de las juntas editoriales de la revista.

Pero no quiero dar la impresión de que *Estudios Mexicanos* es la única publicación en la que yo he colaborado con el instituto. Edmundo O'Gorman me invitó a preparar un volumen de las obras completas de Servando Teresa de Mier, y Virginia Guedea gentilmente tradujo del inglés mi introducción y tres apartados. Ella me ha invitado a participar en su seminario sobre la historiografía.

ña del siglo XIX y a contribuir en el volumen que coordina sobre el tema y que actualmente se encuentra en prensa. Hace un par de años Felipe Castro, editor de *Estudios de Historia Novohispana*, me invitó a participar en la junta de asesores. La verdad es que los colegas en Históricas siempre han sido muy generosos conmigo.

Pienso continuar las relaciones ya establecidas con el instituto y desarrollar otras. El nuevo siglo, y nuevo milenio, promete ser interesante. Y, claro, coincide con el bicentenario de muchos de los cambios que algunos de nosotros hemos estado investigando. Considero que estas fechas presentarán muchas oportunidades para reexaminar los hechos de aquel entonces. Y la verdad es que Virginia Guedea y otros colegas ya lo están haciendo. Creo que no faltarán oportunidades para elaborar diferentes tipos de proyectos, desde seminarios hasta intercambios académicos. En mi opinión, el instituto tiene muchas oportunidades para establecer relaciones con otros colegas y otras instituciones en los Estados Unidos. Yo diría que hay mucho interés en mi país, pero falta el conocimiento y eso se resuelve con el tiempo. Claro, siempre estoy dispuesto a colaborar con los colegas del Instituto de Investigaciones Históricas en otros proyectos futuros. ☞



Jorge Alberto Manrique

por Martha Fernández

Maestro en historia por la UNAM, donde es profesor e investigador; fue jefe de redacción y director de la Revista de la Universidad y director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM (1974-1980). Fue fundador del Museo Nacional de Arte y director del Museo de Arte Moderno. Es autor de varios libros, entre los cuales se encuentran Los dominicos y Azcapotzalco (1964), La dispersión del manierismo (1980) y Ángel Zárraga (1984). Perteneció a la Academia Mexicana de la Historia, a la Comisión Mexicana de Historia del Arte, a la Comisión Internacional de Museos y a la Asociación Internacional de Críticos de Arte.

MF: *Háblenos de su primer contacto con el instituto, cuando salió usted de la Facultad de Filosofía, y de cómo se relacionó con el mismo:*

JAM: Los historiadores del arte tenemos como formación la carrera de historia, pues no hay licenciatura en historia del arte; sólo la hubo momentáneamente, en vísperas de mi ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras.

Entré a la Facultad de Filosofía y Letras en 1954, cuando ésta se trasladó a la Ciudad Universitaria. Como ya dije, en ese tiempo, nos formábamos como historiadores, por lo tanto los maestros eran los mismos y nuestra relación con la historia, pues, era clara. De esta manera, fui discípulo de los fundadores del Instituto de Historia, don Rafael García Granados y don Pablo Martínez del Río, quienes daban clase todavía en la Facultad; ya eran viejos, por desgracia, y ya no estaban en su mejor momento. Don Pablo, con todas sus glorias, entonces ya contaba con varias ediciones de su obra *Los orígenes americanos*, y don Rafael también tenía un antiguo y largo historial; él se colocaba sus anteojitos arriba, como aparecía en esa foto que mantuvo la Biblioteca Rafael García Granados durante mucho tiempo.

Había otra zona de contacto: la Academia de la Historia. Los estudiantes solíamos ir con frecuencia.

El Instituto de Historia había acogido a maestros de fuera que, a veces, también daban clases en la Escuela de Antropología o en El Colegio de México. Entonces a esta gente uno se la encontraba en varios lados. Entre este grupo

recuerdo, desde luego, a don Pedro Bosch Gimpera, a Mauricio Swadesh y a Paul Kirchhoff, todos ellos grandes personajes.

Cuando yo estudié, prealecía un acuerdo muy viejo de colaboración entre la Facultad de Filosofía y la Escuela de Antropología, mismo que se remontaba a los orígenes de estas instituciones; de esta manera, uno podía tomar clase en la Escuela de Antropología o en la Facultad de Filosofía (aunque creo que, a la hora de la hora, el acuerdo no valía). Yo tomé clases en la Escuela de Antropología, en el Palacio de Moneda. Ahí tuve como maestro a Armillas, quien en realidad no dio, que yo recuerde, clases en la Facultad de Filosofía. Muchos jóvenes que entraban a la Escuela de Antropología, como Jorge Gurría, eran también maestros en esta facultad.

No sé si sea conveniente en una recordación celebratoria mencionarlo, pero en ese momento dentro de la Facultad de Filosofía había un pique muy fuerte entre la “ola vieja”, llamémosle así, de historiadores positivistas, y la “ola nueva”, cuya cabeza muy visible era don Edmundo O’Gorman, quien aún no era don, aunque para nosotros los estudiantes sí. En ese momento, la “ola nueva” era la del historicismo y uno de sus discípulos más cercanos era Juan Ortega y Medina. La pugna era muy fuerte entre esas dos corrientes y todos los estudiantes nos afiliábamos a una o a otra.

Yo era de la “ola nueva”, porque me gustaban mucho las ideas de don Edmundo, aunque tenía otras razones. Una de ellas era que los historiadores del arte se ubicaban de este lado: desde luego, estaba don Justino Fernández, amigo muy cercano de don Edmundo, y Francisco de la Maza. Así, de manera natural nos fuimos hacia allá, y desde luego también recibimos influencia de la filosofía. En esa época, los estudiantes, por lo menos los que teníamos intereses diversos, llegamos a tener un panorama muy amplio; tomamos clases de literatura y de filosofía y tuvimos también relación con José Gaos, quien fue mi maestro, al igual que don Edmundo y don Justino.

En esos años, a mediados de los cincuenta, el Instituto de Historia pasó por una no tan buena época. Se alternaron en el cargo de director don Rafael García Granados y don Pablo Martínez del Río, pero los dos ya viejos y un poco cansados. Aunque ya estaba pronta la generación que llegaría al relevo.

Como anécdota recuerdo que en una ocasión, cuando Salvador Azuela era director de la Facultad de Filosofía, se decidió hacer unas mesas redondas sobre la labor de los institutos, para conocer lo que hacían, aunque tenían también la

intención de que los estudiantes nos acercáramos. De hecho, teníamos contacto con los institutos debido a las bibliotecas. Toda la vida consulté mucho más las bibliotecas de los institutos de Estéticas y de Historia, respectivamente, que la de la facultad, ya que aquéllas estaban mucho más al día. Pues se hizo aquella reunión. No la puedo reconstruir toda, pero recuerdo que estaban don Pablo, don Rafael, Jorge Gurría Lacroix, alguien más y don Edmundo O’Gorman como el hombre en discordia. Quien coordinaba y daba la palabra, Rafael Moreno, que era joven en aquel momento, estaba aterrado por lo que fuera a decir O’Gorman. Entonces les fue dando la palabra a todos menos a él, quien nada más se revolvió en la silla. El resultado fue terrible porque don Edmundo se fue poniendo más bravo de que no lo dejaran intervenir y, cuando por fin hubo que darle la palabra, Don Edmundo, que se encontraba sumamente molesto porque se le había impedido hablar, dijo que el instituto era más bien una agencia de publicaciones; aunque reconoció que sí había publicado algunas cosas interesantes. Él consideraba que el Instituto de Historia en ese momento no estaba cumpliendo con lo que debía ser la tarea de un centro de investigaciones.

Muy pronto, y no necesariamente como resultado de lo anterior, las cosas empezaron a cambiar. Aquella pugna entre las dos visiones de la historia que se daba en la Facultad de Filosofía había repercutido en el instituto. A partir de entonces empezó a cambiar la relación entre estos dos grupos y terminó la pugna tan violenta. En aquellos años, el jefe del Colegio de Historia de la Facultad era el maestro Luján, quien estaba en el instituto también. Entonces, claro, la presencia de este maestro, su relación con el instituto, hicieron al principio más difícil la reunión de esos dos partidos.

En Filosofía estaba entonces un grupo de representantes de la filosofía renovadora, con José Gaos a la cabeza. Entonces el instituto empezó a renovarse, comenzó a entrar nueva gente. Desde luego, un importante elemento de renovación fue el ingreso de un grupo de antropólogos, quienes no necesariamente eran gente joven; más bien eran viejos, pero viejos modernos, renovadores, con ideas originales, muy fuera de la vieja historia tradicional.

Como el instituto tendió a renovar el personal, la facultad también empezó a cambiar. De esta manera, entre los dos bandos, poco a poco, se fueron estrechando las grandes distancias y hubo más puntos de contacto.

Entre la gente joven y nueva que ingresó al instituto se encontraba Miguel

León-Portilla. Por estos años, el interés en la historia antigua abrió una nueva opción en la investigación histórica, diferente, con una muy distinta lectura de los textos. En el seminario que León-Portilla dirigía siempre se enseñó el náhuatl, a fin de poder discutir los textos nahuas. Como todas las instituciones se relacionan, León-Portilla, por ejemplo, que había sido director del Instituto Indigenista Interamericano, poco después, lo fue del Instituto de Historia. Su gestión significó una gran renovación de la dependencia, que se fue consolidando y empezó a ser deseable para los maestros de la facultad.

Por razones de cambios de tipo económico en la universidad y porque había una nueva generación, en el instituto en esos años se creó la Sección de Antropología que se separaría de él y se constituiría, años después, en el actual Instituto de Investigaciones Antropológicas. Una de las grandes glorias del Instituto de Investigaciones Históricas es haber albergado a estos investigadores.

MF: ¿Qué vínculos tuvo con miembros del instituto, por ejemplo con don Edmundo O'Gorman?

JAM: Una razón por la que uno establecía contacto con miembros de los institutos era que éstos se ubicaban en la misma torre, de tal manera que al ir a cualquiera de las bibliotecas se los encontraba; por ejemplo, a Josefina Muriel, quien por cierto ha hecho una historia tan cercana a la historia del arte.

Después de haberme ido a Jalapa y a Europa, de haber sido maestro en la Facultad de Filosofía y Letras, de haber sido maestro en El Colegio de México, ingresé al Instituto de Investigaciones Estéticas; les estoy hablando de 1968.

Cuando regresé de Europa ingresé al seminario de O'Gorman, que ya había sido mi maestro en la facultad y ya les hablé de todo este recuerdo de los partidos. En un tiempo la facultad tuvo problemas de espacio, y las sesiones las teníamos en la Biblioteca Central. En el seminario estábamos Josefina Vázquez y otros miembros de generaciones anteriores y posteriores a la mía. Aunque los créditos que debíamos pagar para el doctorado ya los habíamos cubierto, seguíamos asistiendo al seminario. Por un periodo Eduardo Blanquel fue miembro del seminario, y como ustedes saben tuvo con O'Gorman un trato muy cercano; también fuimos muy cercanos amigos él y yo.

El seminario tuvo distintas etapas: primero empezó como seminario de comentarios de textos. Comentamos allí, para empezar, *La invención de América*, que acababa de salir, o textos como el *Manifiesto Comunista* o textos de Comte. Después don Edmundo lo fue dirigiendo hacia la realización de tareas comunes: así, hicimos las actas de cabildo, la edición que nunca se publicó de Gage. La primera tarea del seminario fue la edición de la *Apologética historia*, y entonces tuvimos, por un tiempo, un rinconcito en Estudios de Posgrado de la Facultad, que todavía no se llamaba así, y luego nos reuníamos en el Instituto de Estéticas o en el de Históricas.

En esos años, la gente nueva que entró a ese seminario fueron los que habían sido mis discípulos cuando yo empecé a dar clase en la facultad, como Aurelio de los Reyes, o gente de generaciones anteriores como Virginia Guedea. Luego llevé a algunas personas de El Colegio de México, como Elías Trabulse y Andrés Lira. Álvaro Matute también se incorporó aunque no tuvo una larga permanencia; en fin, era gente muy de primera.

Después, curiosamente, el seminario se fue depurando cada vez más, al punto de que todos sus miembros sin excepción éramos profesores en la facultad o en El Colegio de México y varios éramos directores. Roberto Moreno fue después director del Instituto de Investigaciones Históricas y siguió yendo al seminario; fui director del Instituto de Investigaciones Estéticas antes que Roberto y seguí yendo al seminario; Matute era director entonces de la Escuela para Extranjeros y siguió yendo al seminario. Realmente había tres o cuatro directores en el seminario, era muy espectacular. Luego, empezó a haber —desgraciadamente así es el hombre— dificultades entre los miembros del seminario y esto empezó a desanimar a don Edmundo que, desde luego, en esta época ya era emérito y daba el seminario por el gusto de darlo. Comenzó a impartir un seminario en la Universidad Iberoamericana al que lo habían invitado y en el que también hicieron cosas muy interesantes. Esto coincidió, por un lado, con estas disensiones internas del seminario y, por otro lado, con el hecho de que don Edmundo estaba ya cansado y no quería asistir a dos seminarios.

MF: *Como director del Instituto de Investigaciones Estéticas, ¿cómo fue su relación con el Instituto de Investigaciones Históricas? ¿hubo coordinación de libros o conferencias?*

JAM: Hemos hecho muchas cosas en común, hay ediciones en común, la cercanía ha sido muy grande. Cuando yo era director, como dije antes, estábamos en la Torre de Humanidades; ocupábamos dos pisos, uno para cada instituto, pero además el Consejo Técnico de Humanidades en esa época, es decir, antes de las reformas al Estatuto, estaba formado exclusivamente por los directores y las sesiones se hacían en el octavo piso. Era entonces coordinador Rubén Bonifaz, que lo fue por muchos años. Entonces, claro que todo el tiempo nos veíamos o nos encontrábamos en el elevador o en el pasillo o nos telefoneábamos para alguna cosa. Las sesiones de Consejo eran como una reunión de amigos. Aparte de encontrarnos en el Consejo Universitario, lo hacíamos necesariamente en las ceremonias a las que asistíamos los directores. Con frecuencia coincidíamos en diferentes momentos. Gurría Lacroix y yo fuimos buenos amigos, ya ven como el tiempo lo restaña todo. En la época arcaica de las dos facciones, Gurría estaba con la facción de Luján, de don Rafael; ya para estos tiempos modernos, don Edmundo era muy amigo de Gurría y yo también. Además, nos encontrábamos en la Academia, a la que yo ya había ingresado. Las Academias sirven mucho para eso. Ya, por otra parte, don Edmundo era para entonces una especie de valor consagrado.

Debo decirles que en nuestro instituto, el de Investigaciones Estéticas, desde el principio hubo muy buena relación con el de Históricas. La primera acta de la reunión los miembros del Instituto, cuando todavía se llamaba Laboratorio de Arte —un documento formidable que existe en nuestro archivo, en el que Manuel Toussaint da a conocer el programa del instituto que, al fin y al cabo, ha prevalecido durante 60 años—, hace referencia a acercarse a ese hermano mayor que era el Instituto de Historia que tuvo esa primera fundación, que debe de haber sido en 1934. Luego hubo una reorganización de la investigación en la Universidad Nacional, que la agrupó en instituciones más amplias; una terrible crisis económica dio al traste con el proyecto: Estéticas e Históricas estaban en situación de desvanecerse; el de Estéticas continuó viviendo exclusivamente porque don Manuel, don Justino —que ya había entrado—, creo que Federico

Gómez de Orozco y alguna otra persona le dijeron al rector que no les diera sueldo, pero que el instituto continuara; ellos le pagaron a la secretaria hasta que las cosas tomaron un ritmo mejor. En aquella situación el Instituto de Historia desapareció y vino a crearse algunos años después (1945). Pero desde el principio hubo algunas publicaciones comunes, si ustedes ven el catálogo de las primeras publicaciones del Instituto de Estéticas, algunas se hicieron con el Instituto de Historia. Rafael García Granados era miembro honorario del Instituto de Estéticas y también lo era don Edmundo. ∞



Guadalupe Pérez San Vicente Una vida entre papeles

Por Patricia Moisen

Doctora en historia por la UNAM, es maestra fundadora de los colegios de Historia e Historia del Arte de la Universidad Iberoamericana y de la carrera de archivología de la UNAM. Fundó y fue la primera jefa del Archivo Histórico de la UNAM. Es especialista en cristología mexicana y su relación con la cultura. Ha escrito varias versiones paleográficas de manuscritos históricos, obras sobre gastronomía mexicana, así como Diosas y mujeres aztecas (1944); la selección y el estudio de la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo, y la Obra Histórica de Atanasio G. Saravia (1976).

PM: *Coméntenos sobre sus primeras experiencias en el instituto.*

GP: Don Pablo Martínez del Río era director del Instituto de Historia, cuando el doctor Francisco Fernández del Castillo impartía en la Facultad de Medicina la materia Historia de la Medicina. Un día este último me invitó a comer en el centro, para decirme que debía llevarme a conocer la Facultad de Medicina, la vieja facultad. “Sí, doctor, como no” —le respondí—; no le dije que ya la conocía.

Entonces fuimos caminando; cruzamos toda la hermosa plaza de Santo Domingo, entramos a la esquina de la casa chata, al viejo Palacio de la Inquisición, que ya era el Palacio de la Medicina. Ya allí me llevó a la parte de atrás, a una habitación en donde por las rendijas de una puerta desvencijada se veían, en el fondo, amontonados, volúmenes en pasta roja. Entonces me dijo: “Esto es la historia de la ciencia en este país, durante trescientos años. Vea usted el estado de desastre. Por eso, quise invitarla para que usted misma lo vea y me ayude a convencer al director del Instituto de Historia para que nos apoye, porque ésta no es tarea de un humilde médico arrimado a la historia. Por esto voy a hablar con don Pablo Martínez del Río mañana, para pedirle que comisione a alguien que sepa historia y que me ayude a organizar.”

Le dije: “¡Ay, maestro, me encantaría!, pero yo no sé medicina.”

Y me respondió: “Bueno, ése no es el problema, la medicina la sé yo, lo que no sé es lo otro. Entonces yo sé que si trabajamos podemos salvar esa información.”

Efectivamente, al día siguiente, a las 11 de la mañana se llevó a cabo la reunión. La petición concreta de don Francisco era que el instituto me comisionara para trabajar con él, petición que fue concedida. Asimismo, don Francisco le pidió a don Pablo que ayudara a convencer a don Raúl Fournier, entonces director de la Facultad de Medicina, a quien por cierto le encantó la idea de la colaboración del Instituto de Historia, por lo cual cedió el último piso de la Facultad de Medicina para que ahí se estableciera el archivo histórico.

De esta forma dio inició el rescate del archivo; toda la documentación que se encontraba en el viejo Palacio de Medicina comenzó a trasladarse al sexto piso de la Facultad de Medicina, donde se había dispuesto toda una estantería para este efecto.

Un buen día se recibieron dos paquetes; en ellos iba, maravillosamente encuadrada en piel, toda la documentación del protomedicato del siglo XVIII. Con este material empezamos a trabajar Fournier, otros dos asistentes y yo. Hicimos un equipo de trabajo de cinco, aunque había uno que otro elemento que llegaba de vez en cuando.

Entonces don Pablo Martínez del Río se interesó mucho en el trabajo que estábamos desarrollando en Medicina y en nuestra labor de rescate de la información histórica. Él decía que la función de la historia, y específicamente del historiador, no consistía solamente en la lectura de los libros sino también en el acopio de la información. Yo coincidía con él en que era responsabilidad de nuestro instituto apoyar esta tarea, independientemente de la relación amistosa.

Don Pablo consideraba de alguna manera que se estaba dando un elemental y muy somero proceso histórico. De esta forma, con el apoyo del Instituto de Historia a esta gestión nació el archivo histórico de la Facultad de Medicina.

PM: *¿Cuántos años estuvo funcionando este archivo?*

GP: Hasta la fecha sigue funcionando el archivo histórico.

PM: *¿Cuántos años colaboró usted en el archivo de la Facultad de Medicina?*

GP: Durante casi seis años colaboré con el doctor Francisco Fernández del Castillo.

Después volví al Instituto de Historia, a donde de hecho yo siempre había estado adscrita, sólo que estaba comisionada en Medicina.

Mi etapa fue la de don Rafael García Granados, pero en los años en que fue director Miguel León-Portilla, un día llamó a casa en la tarde Miguel León-Portilla.

tilla y me dijo: “Lupita, tengo una tarea para ti: organizar unos papeles en La Paz, Baja California.”

La idea me encantó porque me podía ir con quien yo escogiera. Pedí, entonces, que Beatriz Arteaga Garza colaborara conmigo, porque ella había trabajado en el Archivo General de la Nación, además de que nos entendíamos muy bien. Ella era una persona muy metódica, muy disciplinada, lo que a mí me faltaba.

Entonces me dijo el doctor León-Portilla que debía pensarlo, porque ésa no era una tarea de corto sino de largo plazo, pero que iría comisionada por la universidad, directamente por el instituto. Me propuso que me organizara y, de ser posible, saliera la siguiente semana para que viera de qué se trataba el trabajo. Así lo hice y me trasladé a La Paz, Baja California. Los documentos se encontraban en la torre de la cárcel de La Paz.

Cuando entré a ese sitio vi exactamente lo que había ya mirado por las rendijas de la vieja puerta del Palacio de Medicina. En este caso quienes estaban rescatando los documentos eran los presos, los cuales trabajaban de una manera increíble. Así, comenzamos a trabajar cinco días a la semana, más bien cuatro porque el miércoles era día de visita conyugal y ese día no íbamos a la biblioteca. El horario que cubríamos era de las nueve a las 14:30 horas; por la tarde preparábamos a quienes se quedaron encargados del archivo. Esto duró un periodo de seis meses. Entonces recibí muchos ofrecimientos de que me quedara a trabajar ahí; incluso me llevaron a ver un terreno para construir la escuela que yo soñaba, pero en ese entonces hubo un ciclón terrible y sus consecuencias no me agradaron.

Era gobernador del territorio, todavía era territorio, el licenciado Hugo Cervantes del Río, quien dio los primeros pasos para fundar la Casa de la Cultura de La Paz.

PM: *¿Supongo que la maestra Beatriz Arteaga sí aceptó la invitación a colaborar?*

GP: Sí, lo hizo, y la pasamos muy bien. Era sensacional. Le entregamos al gobernador todo el archivo colocado, que no sólo incluía papeles, pues habíamos encontrado unas cajas de lo que México envió a la Feria Mundial de Nueva York. Era una preciosa colección de minerales, entonces organizamos el archivo de la colección, que, aun cuando no logramos identificar los minerales, se había ordenado. El gobernador con todo en Nueva York inauguró la Casa de Cultura y el Archivo Histórico de La Paz, Baja California;

ese día les dio permiso a los presos para que estuvieran con nosotros. De todos aquellos momentos tengo muy bonitos recuerdos.

Entonces llegó el día en que nos tuvimos que despedir; un día fuimos al Palacio de Gobierno y dimos las gracias y nos dijeron: “¿Qué puede hacer La Paz por ustedes? “Nada” —les respondimos— “vinimos a cumplir un deber y lo hicimos felices”.

A Miguel León-Portilla le entregué el informe. No sé cómo el doctor León-Portilla descubrió que la documentación histórica estaba ahí.

PM: *Me parece un privilegio muy merecido para usted que haya tenido acceso, a través de estas dos experiencias, a papeles a los que nadie se había acercado como historiador. Es el sueño dorado de todo investigador.*

GP: Sí, siempre me quedé con la ilusión de escribir, porque me encontré el expediente de la fundación de Loreto, de cuando llega la primera maestra a La Paz. Es un relato lindo, es preciosísimo, pero nunca lo escribí.

PM: *Es, ha sido, y sigue siendo una experta, en paleografía. ¿Qué tanto este conocimiento influyó para que la propusieran para realizar estos dos rescates?*

GP: Mi trayectoria profesional se ha dado en dos vías: en el Archivo General de la Nación, en el cual trabajé, y en la Facultad de Filosofía y Letras, en la cual estudié. Esa posibilidad de preparación y de capacitación no la hubiera obtenido sólo en la facultad. Entonces, sí, tenía esa ventaja.

PM: *¿Qué sucedió después de estas dos experiencias?*

GP: Al terminar lo de la Baja California, regresamos Beatriz y yo y le dijimos a Miguel León-Portilla: “Misión cumplida.” Entonces, el rector de la universidad era el doctor Ignacio Chávez. Estamos hablando de los años sesenta. En esa época me llamó de la Secretaría Auxiliar el licenciado Salvador Bermúdez Castro, para que, como parte del Instituto de Historia colaborara en el rescate de documentos de la universidad.

Para realizar esa labor se buscaron voluntarios; uno de ellos, que tuvo una participación muy importante, fue don Tobías Chávez, hermano de don Ezequiel Chávez y cofundador de la Universidad Nacional con Justo Sierra. Don Tobías había estado vinculado a la labor de su hermano, dirigía la Biblioteca Central y tenía un montón de materiales, fotografías, así como un lugar para guardar todas las antigüedades. Cuando se planteó en dónde se haría el trabajo, porque no era posible realizarlo en los espacios del estante y el Instituto de

Historia no tenía físicamente un local, él ofreció un lugar en la universidad para efectuar las tareas de rescate: el piso octavo de la Torre de Humanidades. Fue entonces cuando se trasladó el montón de paquetes.

PM: *Supongo que en este archivo te encontraste todo tipo de documentos, no sólo papeles administrativos.*

GP: Era la historia de lo que ahora es parte del fondo del Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU). El Archivo Histórico de la Universidad se transformó en el Centro de Estudios sobre la Universidad, pero tiene su origen en la labor del instituto.

PM: *¿Se puede decir que ésa fue una contribución del instituto para toda la universidad?*

GP: En efecto, para toda la universidad. Representa una aportación documental para la historia científica y para la historia del país, porque curiosamente el archivo de la universidad está en el Archivo General de la Nación. Habría que ver cómo se maneja ese archivo, porque entiendo que es otro acervo documental importante. El instituto tenía fondos históricos propios. Por ahí debe haber un registro de ellos y de cuándo se funda el Archivo Histórico de la Universidad. No recuerdo qué director decidió que todo ese material se entregara al Archivo Histórico. En esos fondos había una colección de edictos muy bonita. Entonces, alguien nos sugirió que se metieran en micas; por esos años no se sabía nada del pH del papel. Sé que no fue lo mejor, pero no teníamos otra opción, no había experiencia en ese sentido. Ahora no lo haría, pero en aquel entonces se hizo. Plastificamos dos o tres; no fue lo mejor porque hubo que someterlos a un proceso de calor. Algunos documentos aún se encuentran así, en hojas de carpetas; como por ejemplo todo el Archivo Carranza del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Una vez terminada la labor, el licenciado Salvador Bermúdez estaba feliz. Ya había mandado hacer la placa del Archivo Histórico, porque lo iba a inaugurar formalmente el rector. Para el evento se nos ocurrió montar una galería completa de los rectores, pues contábamos con una colección de pinturas de los rectores de la época novohispana, aunque de la época moderna de la Universidad Nacional había unos cuantos, pero no había dinero, como de costumbre. Entonces surgió la idea de que alumnos de la Escuela de Artes Plásticas hicieran los retratos de los rectores que faltaban. Había unos retratos horrorosos, otros no tan malos; pero, en fin, por primera vez se tuvo un panorama completo de

quiénes han sido los rectores de la universidad. De ahí se creó la actual galería, que, de hecho, surgió de una exposición y sigue sin crearse el Museo de la Universidad, un proyecto que merece tomarse en cuenta.

Una vez que se armó toda la estantería del CESU, me nombraron jefe del Archivo Histórico —aunque seguía comisionada por el instituto, en donde ya no tenía cubículo—; me asignaron un despacho en el octavo piso de la Biblioteca Central y ahí llevé a cabo mi trabajo.

Contábamos con el archivo de Kirchlhoff, el de San Ildefonso, el libro del Colegio de Minas, el primer libro de las minas firmado por don Luis de Velasco. Naturalmente, todo lo de la fundación de la Universidad Nacional. Estábamos en contacto con la hija de don Ezequiel A. Chávez, una religiosa encantadora que guardaba papeles de su tío, todo lo que estaba en su despacho de director de la Biblioteca Central. Después, cayó el rector Chávez y yo renuncié.

PM: *¿Qué sucedió después?*

GP: Después Rosita Carreón quedó al frente del Archivo Histórico, hasta que con Jorge Carpizo se convirtió en el Centro de Estudios sobre la Universidad. Por mi parte, acepté la invitación que me formuló don Julio Jiménez Rueda para colaborar con él en el Archivo General de la Nación, pues había sido su alumna en la Facultad de Filosofía y Letras. Recuerdo que había una estantería toda de madera, de piso a techo. Todos los libros estaban muy ordenados, preciosos. La escalera, muy bien construida, llegaba hasta el segundo piso; había una sala para investigadores con enormes mesas y, para llegar ahí, pasabas por la dirección. Ahí estaba don Julio, rodeado de libros encuadernados. En ellos está la historia de la universidad, no sé por qué, pero aquí están. El primer índice que existe es el de estos documentos; se trata del ramo *Universidad*.

Don Julio invitó a don Ignacio Rubio Mañé. Entonces don Ignacio organizó un tipo de catalogación. Colaboraba también don Ernesto de la Torre y había otra persona, Elia María. Trabajábamos de ocho de la mañana a dos de la tarde en el Archivo General de la Nación y cada quien escogió un ramo. Ernesto escogió *Inquisición*; tenía una secretaria muy agradable, una señorita mayor, encantadora, a quien de repente se le oía decir: “¡Ay, Dios mío, qué barbaridad, virgen santísima! ¡Ay, Señor, perdónalos!” A ella le había tocado copiar expedientes de *Inquisición*, así que imagínate con todo lo que se tropezaba; se afligía la pobrecita con todo lo que leía.

Había bodegas de papeles, pero ésas las trabajaban don Francisco, un señor

guapísimo, Edmundo O’Gorman, que era el subdirector, y don Ignacio Rubio Mañé, jefe de la Sección de Historia. Don Julio, don Edmundo y don Ignacio organizaban un curso para todo el equipo. O’Gorman nos dio historiografía; don Julio Jiménez Rueda nos dio literatura e historia, e invitaron a dos paleógrafos mexicanos, Luis G. Cevallos y Luis Sanabria, ambos autodidactas; el primero de ellos era el jefe de paleografía y el otro su asistente.

Nosotros teníamos una preparación diferente. Yo había estudiado paleografía con don Agustín Millares Carlo, que era un sabio. En el primer curso éramos cinco alumnas: Josefina Muriel, Beatriz Ruiz Gaytán, Yolanda Mariel, un compañero que se llamaba Luis, y yo. El primer semestre nos obligaban a llevar la materia; hicimos un segundo semestre de paleografía, pero en el tercer semestre yo era la única alumna. Hice seis cursos y tuve el honor de ser su alumna privilegiada. 38



Silvio Zavala

Doctor en derecho por la Universidad Central de Madrid (1931); en México, fue director del Museo Nacional de Historia (1946-1954) y fundador y director de la Revista de Historia de América (1938-1965). De 1947 a 1965, ocupó la presidencia de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Ha sido fundador, profesor y director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, del que fue presidente; delegado permanente de México ante la UNESCO (1956-1962) y embajador extraordinario y plenipotenciario en Francia (1966-1975). También ha impartido cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Entre sus publicaciones se cuentan: Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España (1933), La encomienda indiana (1935), Servidumbre natural y libertad cristiana según los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII (1944), Síntesis de la historia del pueblo mexicano (1947) y Estudios indianos (1948).

H: *¿Cuál ha sido la trascendencia del instituto a lo largo de sus cincuenta años de vida?*

sz: El gran logro del Instituto de Investigaciones Históricas es mantener la continuidad del esfuerzo efectuado a lo largo de cincuenta años, pues no es fácil sostener una acción durante cinco décadas, debido a que se presentan muchos obstáculos que pueden interrumpirla o paralizarla. Por fortuna, en este caso, ha existido actividad y continuidad en el esfuerzo.

H: *¿Qué opina de nuestras publicaciones; en especial, de la revista Estudios de Historia Novohispana, más cercana a los temas de su interés?*

sz: En conjunto, tanto los libros como las revistas y los boletines son importantes. En especial, en las publicaciones periódicas se han abordado una diversidad de aspectos, porque muchos han sido los campos de estudio. También en ellas se han incluido contribuciones y extensiones. Por esta razón, me parece que la trayectoria de las publicaciones ha sido conveniente.

H: *¿Cuáles han sido sus vínculos con nuestro instituto?*

sz: El Instituto de Investigaciones Históricas ha publicado trabajos míos, tanto libros como artículos. De momento no recuerdo los nombres, pero es un hecho que, de cuando en cuando, hemos podido trabajar unidos. Sobre



todo llevé una buena relación con los fundadores. Aprecié la labor realizada por don Pablo Martínez del Río. Sería conveniente que se reeditara su excelente obra *Los orígenes americanos*, con una buena introducción. Ahora recuerdo que quien ha estado colaborando en este tipo de proyectos es José Luis Lorenzo.

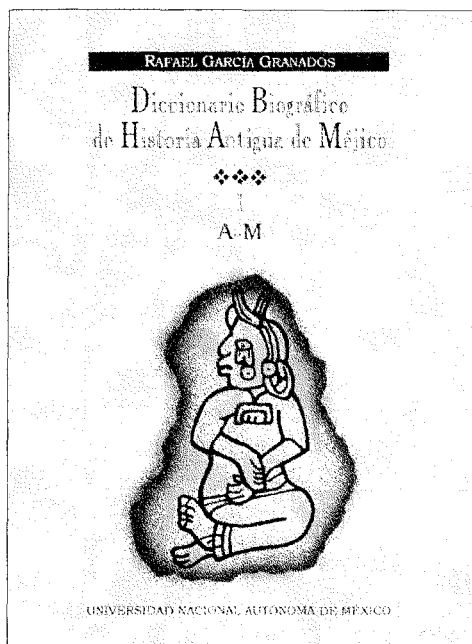
H: *A su juicio, ¿qué trayectoria debe seguir el instituto en el futuro?*

sz: Creo que no debe modificar sus acciones y planes. Naturalmente, con el tiempo las circunstancias van evolucionando, unos investigadores desaparecen y otros se incorporan, de suerte que un sentido de cambio es inevitable, pero en esencia no considero necesaria una reforma completa del trabajo y del plan de actividades de investigación o de publicaciones, pues en la actualidad éstas se encuentran justificadas. Considero importante tener una cierta adaptación a las nuevas corrientes que van llegando. Por ejemplo, recuerdo que el Instituto de Investigaciones Históricas organizó el ciclo de conferencias *El historiador frente a la historia*, al cual me invitó a colaborar. Este tema es muy antiguo, nos viene desde los griegos, pero van evolucionando las circunstancias del mundo y también las ideas acerca del oficio del historiador, de manera que esa adaptación necesaria a los tiempos que se viven no puede ni debe evitarlos el instituto. Lo anterior no significa, como ya dije antes, que se modifiquen sus programas y sus publicaciones. ☞

○ PUBLICACIONES CONMEMORATIVAS

A continuación presentamos los prólogos incluidos en las obras reimpresas con motivo del cincuentenario del IIH.

Rafael García Granados, *Diccionario biográfico de historia antigua de México*, 3 v., 2ª edición, prólogo de Mercedes de la Garza, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, t. I, XX-602 p.; t. II, 526 p.; t. III, 458 p. (Primera Serie, 23) [Serie Prehispánica, 7].



Cuando Rafael García Granados emprendió esta obra, su propósito fue apoyar la

labor de investigación de los estudiosos de las antiguas culturas de México. Desde 1952, año en que la publicó el entonces Instituto de Historia de la UNAM —hoy de Investigaciones Históricas—, ella ha constituido realmente un recurso de inestimable valor para aquellos que buscan conocer personajes y hechos sobresalientes del México antiguo.

La vocación de maestro de Rafael García Granados, labor en la que destacó en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra máxima casa de estudios cuando residía en la Casa de los Mascarones, ha sido ampliamente reconocida por sus discípulos, como Guadalupe Pérez San Vicente, quien ha narrado que el catedrático entrevistaba personalmente a cada estudiante, para inducirlo a descubrir en sí mismo si en efecto experimentaba el más alto interés por la historia. “Su casa, biblioteca, tiempo y sabiduría estuvieron siempre disponibles para sus alumnos”, refiere Pérez San Vicente.¹

En 1932, el autor de la presente obra fundó la cátedra de Historia Antigua de México en la Facultad de Filosofía y Letras y, más tarde, primero en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y después en la

¹ “Rafael García Granados”, en Juliana González et al., *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM, 1994.

mencionada Facultad, cuando se crearon seminarios para “desarrollar las aptitudes de los alumnos que las tienen”,² él se hizo cargo de los de Historia de México en ambas instituciones.

Por otra parte, con el afán de defender las obras nacionales y la ciudad de México en particular, practicó el periodismo e incursionó en la historia del arte con varios artículos relativos a creaciones del periodo colonial. Sin embargo, su más importante contribución es este *Diccionario biográfico de historia antigua de México*, surgido precisamente de su seminario de Historia de México en la Facultad de Filosofía y Letras, que se proponía ante todo enseñar a los alumnos a conocer, manejar e interpretar fuentes fundamentales.

Su interés por la formación de historiadores resulta evidente en ésta que es una recopilación sistemática de datos provenientes de diversas fuentes escritas en español sobre personajes prehispánicos y coloniales. Por incluirse en ella tanto los nombres como las referencias biográficas que aparecen en las fuentes, se justifica el título de diccionario. Se trata de un laborioso trabajo que sólo pudo realizarse con un equipo de excelentes alumnos guiados por el maestro con rigor y profunda entrega, así como de un ejemplo de lo que puede lograrse en el terreno del análisis crítico de las fuentes dentro de un seminario de investigación. En el prólogo de la primera edición de este libro, García Granados expresa su reconocimiento a varios de aquellos discípulos colaboradores suyos, que luego fue-

² *Diccionario biográfico...*, México, UNAM, Instituto de Historia, 1952, p. IX.

ron eminentes estudiosos, como Alberto Ruz Lhuillier, Elisa Vargas Lugo, Enrique Berlín y Manuel Carrera Stampa; además, describe con detalle el procedimiento que siguió para elaborar su texto.

La actividad del seminario consistió en reunir múltiples documentos, localizar nombres de personajes, resumir los fragmentos donde aparecen referencias a ellos, ordenarlos alfabéticamente y adjudicarles un número, para ofrecernos esta importante historia biográfica que, según el propio García Granados, pretende facilitar al lector el trabajo de analizar cada fuente y juzgar cuál merece mayor crédito. Este tipo de labor implica un arduo y meticuloso trabajo de muchos años, que meritoriamente renuncia a la tarea de interpretar la historia, de reconstruir el pasado, para brindar a otros un instrumento eficaz en la investigación.

La obra consta de dos partes —una donde se ubican los personajes prehispánicos y otra referente a indígenas cristianos de los siglos XVI y XVII— y se editó en tres volúmenes. En el tercero de ellos se incluyen una bibliografía comentada, un índice de jeroglíficos, otro onomástico y uno más toponímico, además de un apéndice sobre algunas dinastías registradas en las fuentes.

El diccionario propiamente dicho consigna únicamente la ortografía más frecuentemente empleada en los nombres, aunque no siempre sea la más correcta. Pero como ciertas grafías cambian de una obra a otra, se señalan todas las variantes en el índice onomástico contenido en el tomo III, que ha de ser el primero en consultarse, como aconseja el autor.

Éste incluyó tal apartado debido a dos

razones: su conocimiento escaso de ciertos aspectos de la lingüística le impedía descartar fundadamente ciertas representaciones escritas y, por otro lado, deseaba que la obra fuera útil precisamente para quienes buscaran los nombres tal como aparecen escritos en las fuentes; así, el diccionario considera tanto la ortografía más difundida, como otras de uso más restringido.

El diccionario abarca información relativa a las principales culturas de Mesoamérica y excluye la referente a los mayas, por “su escasa vinculación con las culturas del centro y del noroeste de México”,³ según opinión de García Granados; además, incluye notas correspondientes a Jalisco, Michoacán, Nayarit y Nuevo México, tal vez porque las fuentes que el autor tuvo a la mano lo indujeron a ello.

Entre dichas fuentes encontramos, además de múltiples obras publicadas, otras inéditas del Archivo General de la Nación y los *Anales antiguos de México y sus contornos*, veintiséis documentos compilados por José Fernando Ramírez, de la Biblioteca del Museo Nacional, de los cuales algunos ya habían sido editados. García Granados se lamenta de que no se ha podido publicar la mayoría de esos escritos debido a la falta de nahuatlato que “siendo competentes estén dispuestos a acometer la empresa. Parece que no hay en Méjico —explica— más de cuatro personas que reúnan los requisitos de conocer a la vez la lengua y la Historia, lo que es imprescindible para leer el náhuatl antiguo”.⁴ Este hecho contrasta con la existencia actual de muchos

nahuatlato, no sólo en México, sino también en el extranjero, que nos han proporcionado excelentes traducciones y publicaciones de las fuentes escritas en náhuatl, así como ediciones críticas de documentos en español, pero que son deudores de la labor precursora de varias figuras del pasado, como Rafael García Granados.

Un ejemplo de la selección de fuentes en que se fundamenta este diccionario es la obra de fray Bernardino de Sahagún. No se contaba en su momento con la traducción al inglés del *Códice Florentino* efectuada por Dibble y Anderson, pues apenas se encontraba en proceso de edición; por tanto, García Granados utilizó la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, obra elaborada por Sahagún en español, con base en los textos nahuas de sus informantes (y tal vez en otras fuentes), en la edición de Pedro Robredo (1938), preparada por Ramírez Cabañas, quien la cotejó con la parte española de los manuscritos de Florencia. Incluso no se tenía la edición corregida de la misma obra (Porriúa, 1956) realizada por Ángel María Garibay, y mucho menos las traducciones parciales de los textos de los informantes de Sahagún, contenidos en los *Códices Matritenses* que después iniciaran el propio Garibay y Miguel León-Portilla.

Por otra parte, además de conocerse hoy muchas fuentes más sobre Mesoamérica, los estudios históricos, arqueológicos y epigráficos sobre la cultura maya realizados hasta nuestros días han mostrado que poseía nexos mucho más estrechos de lo que se creía con los otros grupos de la región, por lo que es de lamentarse que esa civilización no haya sido considerada en este diccionario de García Granados.

³ *Ibidem*, p. xii.

⁴ *Ibidem*, p. 245.

Para terminar, es necesario reconocer que, aunque se ha avanzado mucho en el conocimiento de los grupos prehispánicos de México y se han realizado nuevos estudios críticos e interpretaciones de las fuentes además de recurrir a otras recientemente descubiertas, la presente obra sigue siendo un sólido apoyo para la investigación, por la gran utilidad que ofrece para identificar

personajes indígenas tanto prehispánicos como coloniales, ya que es una sistematización conseguida con rigor, y las fuentes en que explora siguen contándose, sin duda, entre las fundamentales para el conocimiento histórico del México prehispánico y colonial.

MERCEDES DE LA GARZA

Vida económica de Tenochtitlan, 1. Pochte-cayotl (arte de traficar), 2ª edición, paleografía, versión, introducción y apéndices preparados por Ángel María Garibay K., prólogo a la segunda edición de María José García Quintana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, 188 p. (Serie Cultura Náhuatl, Fuentes: 3).



Ninguna duda cabe acerca del peso e importancia que tuvo en el México prehispánico el tráfico a largas distancias, tanto de materias primas como de productos elaborados. Las crónicas coloniales hablan de la existencia, desde el siglo xv, de un intenso intercambio de variados artículos a través del territorio mesoamericano, pero la arqueología proporciona evidencias de que este tráfico se dio ya en amplia medida desde por lo menos la cuarta centuria de nuestra era. Muy en los principios, los pequeños conglomerados humanos de incipiente economía intercambiaron con sus vecinos aquellos objetos que en alguna medida tenían en sobra por otros de los que carecían; mas cuando el aumento de la población y el incremento de la producción, en estrecha relación uno con otro, dieron lugar a sociedades complejas no sólo en el ámbito económico, sino igualmente en el político, social y religioso, el intercambio también se intensificó y se extendió a más lejanos lugares.

Esto trajo consigo la especialización de ciertos componentes de la sociedad que, desligándose de la producción directa, se dedicaron casi exclusivamente al intercam-

bio, lo cual llevó, asimismo, a una organización cada vez más elaborada de esos componentes. Sin embargo, no se puede hablar del principio que tuvieron los mercaderes como una organización perfectamente diferenciada, ya que su constitución fue dándose a medida que los diversos grupos humanos crecían y establecían entre ellos relaciones más complejas.

No obstante, a estos mercaderes especializados se les puede ver —ya en el siglo xv, como cuentan las crónicas— recorriendo el amplio territorio mesoamericano: en los confines surorientales, mercadeando por la costa con sus barcas llenas de los más diversos productos y llevándolos después hasta la selva y las serranías; en el interior, caminando a través de montes, de cañadas, de riachuelos, bajo el sol o las lluvias, con sus fardos a cuestras, acampando de noche, cumpliendo con sus ritos.

En su discurrir abrieron rutas y establecieron puntos precisos para realizar sus operaciones. Así, los mercaderes del centro de México se dirigían en caravana hacia la costa oriental y en Xicalanco, a orillas de la laguna de Términos, se encontraban con los mercaderes mayas que a su vez arribaban allí desde el interior de la península de Yucatán o desde las costas caribeñas; hacia el sur, por el occidente, llegaban hasta los límites con Guatemala. En el espacio intermedio había pueblos y ciudades en las cuales también llevaban a cabo sus transacciones y donde habitaban núcleos de comerciantes organizados.

Aunque entre los artículos que transportaban se cuentan algunos de primera necesidad, como la sal, y otros que sólo interesaban a la gente común, lo cierto es

que la mayor parte estaba constituida por materias primas o por productos elaborados destinados principalmente a satisfacer las necesidades de lujo, de prestigio y rituales del grupo de los nobles, sacerdotes y guerreros connotados: plumas de aves exóticas de vistosos colores, pieles de animales fieros, piedras preciosas, cristal de roca, ámbar, resinas, papel, algodón, colorantes vegetales y animales, cacao, yerbas aromáticas, miel de abeja, escudillas de concha de tortuga, orejeras, collares y ataderos de oro, collares de cuentas de oro, abanicos de plumas de faisán, mantas, bragueros, camisas y faldas bordadas, vasos preciosos pintados, palos labrados para revolver el cacao, bastones pintados, cajetes de oro para colocar el hueso y muchos otros más.

También llevaban consigo cargas de granos de cacao o de mantas pequeñas o de cañutos de pluma de ave rellenos de oro en polvo o de hachuelas de cobre que utilizaban en el intercambio como especie de moneda. Además, en razón de que estaban expuestos a ser atacados en el camino cuando pasaban cerca de tierras enemigas, se veían obligados a llevar armas defensivas. Todo esto, sin olvidar los bastimentos, debió necesitar de múltiples fardos y de muchos cargadores. Así, los contingentes de las caravanas tuvieron que ser bastante numerosos: los propios mercaderes, viejos y jóvenes, los cargadores y todavía los hombres destinados al sacrificio y que igualmente eran objeto de intercambio.

Aquellos mercaderes de quienes se guarda información más precisa y abundante, son los que partían del centro de México, los llamados, en náhuatl, *pochteca*. Tenían también otras denominaciones: *pochteca*-

tlahtoque, acxoteca, oztomeca, nahualoztomeca, tealtiani, tecohuani, iaque, nenemini, según se refirieran a los mercaderes principales y dirigentes, a los que poseían más bienes, a los que iban disfrazados, a los que compraban y vendían hombres, o, más indiferenciadamente a los que van, a los que caminan.

Los pochtecas no eran considerados gente del común, macehuales, pero aunque tampoco eran nobles ni por linaje ni por encumbramiento, ocuparon un lugar muy importante en la sociedad. Se ha dicho que quizá su peculiar situación tuviera raíces en un origen étnico diferente, pero esto, aparte de ser difícilmente comprobable por ahora, puesto que no hay elementos fehacientes para determinar tal origen, no bastaría para explicar su situación preeminente. Tal vez la diferenciación, que por su oficio fueron alcanzando, pronto se vio cobijada, protegida y estimulada por el estrato superior de la población que necesitaba de los artículos que proporcionaban lujo y prestigio y que los mercaderes traían de lejanas tierras. Esto, más que nada, fue lo que posiblemente sustentó la importancia que los pochtecas llegaron a tener en la sociedad náhuatl prehispánica.

Gozaban de ciertos privilegios semejantes a los que tenían los nobles, los pillis, y que los distinguían del común de la gente. Se conjetura, por ejemplo, que podían poseer tierras como individuos, las cuales les eran concedidas como retribución por sus servicios. Igualmente, por la misma razón, estaban autorizados a usar insignias —entre otras, bezotes de ámbar—, a vestir ropas de algodón en ciertas ocasiones solemnes y a calzar sandalias. No estaban, por otro lado,

obligados a ningún tipo de servicio personal.

Se consideraban a sí mismos a idéntica altura que los guerreros distinguidos por su valentía. Cuando algún mercader moría en el camino, no era enterrado, sino que preparaban su cuerpo con papeles y pintura, lo metían dentro de una angarilla y lo depositaban en lo alto de algún monte; entonces decían que no moría, sino que iba al cielo donde moraba el Sol, lugar al que iban, asimismo, los hombres que morían en guerra.

Y en verdad, los pochtecas, además de cumplir con su oficio de mercader, estaban preparados para la lucha y no sólo la defensiva a la que se veían obligados cuando eran atacados en tierras enemigas, sino que también participaban habilitados como guerreros, y aun yendo al frente como capitanes, cuando el señor de México emprendía campañas contra aquellos pueblos que precisamente habían osado atacar a los mercaderes. Una de las grandes hazañas que se les atribuye es la conquista de las provincias de Ayotla y Anáhuac. Se dice que cuando esto sucedió, en tiempos de Ahuítzotl, diversos pueblos se unieron para cercarlos en un lugar llamado Cuauhtenanco. Cuatro años estuvieron allí, se cuenta, peleando y resistiendo hasta que finalmente los pueblos se les rindieron. Sea esto del todo cierto o no, puesto que a la postre llegaron las huestes mexicanas a terminar la conquista, el hecho da idea de los mercaderes como un grupo que además de dedicarse a los tratos que eran de su incumbencia, constituían un contingente capacitado para hacer la guerra.

Por otro lado, se sabe que, por lo me-

nos los llamados *nahualoztomeca*, tenían una asombrosa habilidad para hacerse pasar como naturales de las provincias que visitaban por primera vez; se disfrazaban con el atuendo propio de aquellos lugares y hablaban en la lengua que fuese necesario.

Esto nos remite a la formación que debieron haber recibido los pochtecas. Una educación que, además del conocimiento y práctica de los ritos, de las buenas costumbres, del respeto a los mayores, incluía el adiestramiento militar, el aprendizaje de otras lenguas, el manejo de la geografía y la asimilación de las costumbres de otros pueblos.

Al interior de sus congregaciones, los pochtecas tenían también ciertos comportamientos peculiares que los distinguían del pueblo común. Entre éstos cabe mencionar los convites que ofrecían en diversas ocasiones, en los que hacían gala de sus riquezas y a los que asistían los mercaderes de otros pueblos así como miembros del grupo de los nobles. También es oportuno recordar que tenían sus propios jueces y que cuando alguno delinquía no lo llevaban ante quienes estaban encargados de juzgar e imponer castigos, sino que ellos mismos juzgaban, sentenciaban y ejercitaban las penas correspondientes de acuerdo con sus propios lineamientos.

Los pochtecas veneraban a Yacatecutli, a quien tenían como el dios patrono que los acompañaba y protegía en sus viajes, pero también hacían reverencia, sobre todo cuando partían, a Xiuhtecuhtli, dios del fuego. Sin embargo, la ceremonia de mayor solemnidad en la que participaban ocurría en Panquetzaliztli, fiesta en honor de

Huitzilopochtli. Era la ocasión en que los mercaderes ofrecían hombres para el sacrificio, hombres que adquirían con sus bienes, a quienes sometían a un baño ritual y a quienes agasajaban de manera muy especial. Para esta festividad, que terminaba con la ingestión ritual de la carne de los sacrificados, invitaban a los mercaderes de otros pueblos y muy deferentemente a los de Tuchtepec; hacían dádivas a los guerreros principales, a los jefes de mercaderes, a los oztomecas, a los que compraban y vendían hombres y, en el transcurso de la preparación del sacrificio, llevaban a cabo varios banquetes en los que gastaban sin medida para que los convidados fueran generosamente atendidos.

Los mercaderes fueron un grupo importante, sin duda, en la sociedad náhuatl prehispánica. Los gobernantes, se dice sobre todo de Ahuítzotl, tenían a los pochtecas en mucho aprecio y los hacían objeto de obsequios y de honores, lo cual no impedía, por otro lado, que les prohibieran hacer ostentación pública de sus riquezas.

De esto que sucintamente se ha dicho de los mercaderes del mundo náhuatl y de otros aspectos más en relación con ellos, es de lo que trata este libro.

Editado por primera y única vez en 1961, contiene la versión al castellano, hecha por Ángel María Garibay K., de los textos en náhuatl que se refieren a los mercaderes, insertos en los llamados *Códices Matritenses* y que recogió fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI.

En estos *Códices Matritenses*, que se llaman así por estar depositados en las bibliotecas de la Real Academia de la Historia y del Real Palacio de Madrid, se encuentra

el fruto de diversas etapas de trabajo del fraile franciscano y sus informantes indígenas. Sahagún comenzó su labor de acopio de cuanto se refiriera a la antigua cultura de los nahuas desde muy tempranas fechas, pero fue hasta 1558 cuando, obedeciendo la orden de su superior de escribir en lengua mexicana todo lo que pudiera ser útil para la doctrina, dio inicio metódicamente a su trabajo de recopilación en el pueblo tetzcocano de Tepepulco. Allí duró cerca de tres años en constante trato y conversación con algunos ancianos de quienes obtuvo valiosos informes.

En 1561 Sahagún salió de esa población y se sabe que de 1563 a 1565 estuvo en Tlatelolco donde continuó, ahora con la colaboración de viejos tlatelolcas, la labor que había iniciado en Tepepulco, trabajo que duró por lo menos dos años. Lo que había obtenido en el pueblo tetzcocano aumentó considerablemente en Tlatelolco, a tal grado que los cuatro capítulos de sus primeras indagaciones se transformaron en cinco libros.

Más tarde, en 1565, fray Bernardino fue a morar al convento de México y allí, a solas con sus papeles, repasó y enmendó el voluminoso material que había llevado de Tlatelolco. Al final de esta etapa en la que además se copiaron y se pusieron en limpio los diferentes escritos, intervinieron informantes tenochcas, con cuya colaboración la voluminosa obra se corrigió y acrecentó.

Los cuantiosos textos, producto del trabajo de Sahagún y sus informantes en las diversas etapas y lugares, dicho de manera por demás resumida, constituyen los *Códices Matritenses* donde se encuentran, como

ya se apuntó, los textos que se refieren a los pochtecas o mercaderes nahuas.

Dichas informaciones fueron recogidas en primera instancia por Sahagún durante la etapa de Tlatelolco; así se infiere de algunos párrafos dentro del texto mismo, como el que habla del principio que tuvieron los mercaderes en ese lugar, o como cuando hay referencias a otros pueblos de pochtecas incluyendo a Tenochtitlan, o de frases como:

“Y cuando ha llegado a su hogar aquí como en México Tlatelolco...” Pero la idea de que sólo de allí proceden informantes no es del todo correcta.

Cabe aquí hacer una digresión: de las descripciones del mercado de Tlatelolco, escritas por Bernal Díaz del Castillo y por Hernán Cortés, y del hecho de que en los textos de los informantes de Sahagún se hable del principio que tuvieron los mercaderes en esa misma ciudad, se ha desprendido la idea de que fue allí no sólo donde se originan las agrupaciones de pochtecas, sino también de que los mercaderes tlatelolcas eran los más importantes. La suposición adolece de dos defectos; en primer término los pochtecas no nacieron de la noche a la mañana; la institución del intercambio a larga distancia tiene una historia más antigua, aunque no la conozcamos, y su presencia en el siglo xv como una organización compleja fue producto asimismo del desarrollo que a su vez sufrió la sociedad en todos sus aspectos. En segundo lugar, el mercado o *tianquiztli* del que hablan Bernal Díaz y Cortés era una institución diferente en la que poco o nada tenían que ver los pochtecas. Éstos no vendían sus artículos en el tianguis, y a lo más, se les podría

identificar con aquellos personajes que se dice estaban encargados de dirimir pleitos y fijar reglas de trueque en el mercado, pero aun esto no es seguro, podría tratarse de individuos diferentes, de funcionarios del Estado.

De aquí nace igualmente el supuesto de que la información referente a los pochtecas, recogida por Sahagún, fue proporcionada sólo por indígenas tlatelolcas ya que éstos “constituían el grupo más importante de mercaderes”. Sin embargo, puesto que el fraile estuvo también en Tenochtitlan un buen número de años y puesto que allí también habían existido mercaderes organizados, es correcto afirmar que éstos contribuyeron con sus informes tanto como los tlatelolcas.

Por otro lado, hay en los textos indicio de ello, como puede ser, por ejemplo, toda la relación que se hace de la conquista de Ayotla realizada por los mercaderes y la de su regreso a Tenochtitlan. En abundancia, el análisis interno de los manuscritos, a través del cual se pueden seguir fechas, estilos de letra y ordenamientos distintos, da también fe de que los informes sobre los pochtecas proceden tanto de fuentes tlatelolcas como tenochcas. Lo que sí parece indudable es que los informantes, tanto de uno como de otro lugar, habían pertenecido al grupo de mercaderes o eran sus descendientes inmediatos, ya que la información que dieron resultó ser de tal manera abundante y detallada que sólo pudo provenir de especialistas conocedores del asunto.

Resta hacer mención, puesto que Ángel María Garibay lo toma en cuenta, de la relación entre el texto sobre los pochtecas de los *Códices Matritenses* y el texto en ná-

huatl sobre el mismo tema del *Código Florentino*.

El padre Garibay tenía una especial aversión a este último manuscrito; lo califica de malo y aun de “sumamente deficiente”. Tomando sus propias palabras, “no es ni el lugar ni el momento oportuno éste para dar el juicio...”, sobre las virtudes o defectos del código en cuestión, ni para describir pormenores acerca de la historia de su confección, baste decir que representa el corolario de la labor de años de fray Bernardino de Sahagún.

Los *Códices Matritenses* son testimonio de un arduo trabajo de recopilación, reflexión, corrección y ordenamiento, llevado a cabo meticulosamente una y otra vez por fray Bernardino. El *Código Florentino*, que es un documento bilingüe donde el fraile dio su propia versión al español del texto náhuatl, es como una puesta en limpio definitiva de los materiales anteriores. Cierzo que ella no es una fiel copia y que existen numerosas partes de los *Matritenses* que no pasaron al *Florentino*, pero igualmente tiene algunas otras que difícilmente se encontrarían en aquéllos.

En lo que toca a los textos sobre los mercaderes, las diferencias con el *Código de Florencia* son muchas más de las que consigna Garibay: varias palabras, y en ocasiones frases enteras que aparecen en el texto de los *Matritenses* no pasaron al manuscrito del *Florentino*, pero también, en sentido inverso, hay partes de éste que no aparecen en los *Códices de Madrid*. Ya sólo esto amerita tomar en cuenta a los tres para un mejor conocimiento del tema.

Esto que se dice de las partes que conciernen a los mercaderes, puede afirmarse,

como ya se señaló, de toda la obra de Sahagún y sus informantes; por lo mismo, es importante el interés en aumento que ha habido en los últimos treinta años por poner al alcance de los estudiosos y del público en general los textos originales que recopiló el fraile franciscano.

En este sentido, puede decirse que Ángel María Garibay K. fue un pionero. No obstante que los adelantos en el conocimiento y comprensión de la lengua náhuatl puedan hacer suponer que son perfectibles las versiones que dio tanto de los textos sobre los pochtecas como de otros asuntos, se puede decir con seguridad que él en-

tendió desde su tiempo cuán importante era dar a conocer todo lo que tan copiosamente informaron algunos indios principales a fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI acerca de su cultura. Este libro, oportuno dentro del auge creciente por los estudios sahuaguntinos, es prueba de ello.

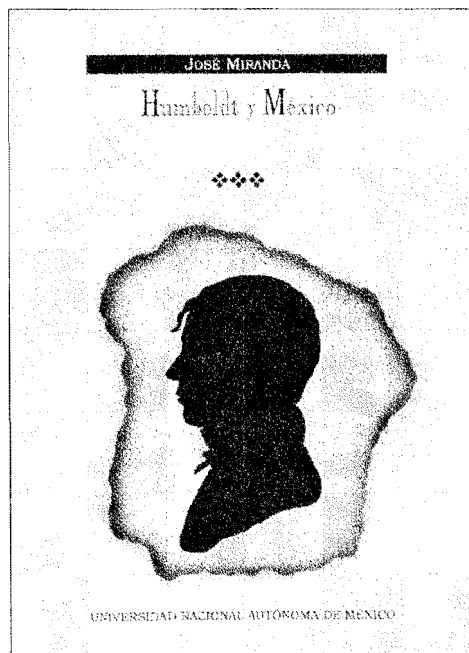
Motivo para congratularse es que el Instituto de Investigaciones Históricas, en el 50 aniversario de su fundación, lo ofrezca por segunda vez a la atención de todos aquellos que se interesan por la historia y la cultura antigua de nuestro país.

MARÍA JOSÉ GARCÍA QUINTANA

José Miranda, *Humboldt y México*, 2ª edición, prólogo de Andrés Lira, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, 248 p. (Serie Historia Novohispana/19).

Fue José Miranda un investigador de mente abierta y de imaginación afortunada. Llegó a México en 1943, cuando cumplía los cuarenta años y, como otros de sus compañeros del exilio español republicano, se puso a trabajar en los temas del país que lo acogía. Dejó que la realidad que iba percibiendo se le impusiera; en la jornada cotidiana aparecieron cuestiones interesantes, que aclaró en planteamientos lúcidos y desarrollos precisos. Su primer artículo de tema mexicano, "Notas sobre la introducción de la mesta en Nueva España" (*Revista de Historia de América*, 17, junio de 1944, p. 1-26) da idea de la forma en que descubrió el campo de la historia.

Tenía oficio en la historia institucional y en la ciencia política europeas, campos bien consolidados en la vida universitaria que se habían sacudido por los aconteci-



mientos violentos a partir de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, en aquellos años, los de la Segunda Guerra, era posible vivir del capital acumulado, acudiendo a autores y a obras consagradas para avivar la reflexión sobre el presente.

Miranda no adoptó esa posición, pues si bien es cierto que traía notas sobre *El método de la ciencia política*, prefirió entrar de lleno en el estudio de la historia. La variedad de los temas que trató nos hace pensar en el investigador que repasaba legajos enteros de los ramos del Archivo General de la Nación al realizar un estudio sobre determinado tema y que, al hacerlo, iba descubriendo otros temas, a los que daba espacio en su oportunidad. La variedad temática no implicó dispersión; todo lo contrario, era la afirmación del criterio comprensivo que rige la explicación histórica, según el cual la porción más pequeña de la realidad humana debe hacerse visible en un amplio campo de posibilidades, seleccionando y haciendo evidentes las que concurren en la circunstancia de la que se trata.

En efecto, el investigador encuentra nuevas dimensiones de la realidad, las va reconstruyendo en el trabajo de acumulación de información y, lo que es más importante, de reflexión sobre el significado de lo que descubre, comenzando por el sentido de su propia experiencia. La auténtica obra de investigación implica la elaboración de exposiciones cada vez más precisas y convincentes, no es el recuento de hallazgos afortunados que pueden nutrir más y más páginas, entregadas al lector para que elabore por su cuenta la imagen y la explicación de la realidad. Cuando nos asomamos a los escritos de José Miranda

advertimos la plena realización de esta cualidad, el predominio de la imagen precisa sobre la descripción y la erudición; éstas han quedado en el proceso de composición, en el que abarcó muchos materiales, ciñéndolos con conceptos para llegar a la exposición breve, en la que sólo aparece lo que el autor tiene que decir —no pone a trabajar al lector en la confección del libro o del artículo, como suelen hacerlo eruditísimos y prolíficos autores de mamotretos.

Si quisiéramos caracterizar la obra escrita de Miranda, podríamos apuntar dos extremos bien claros: el artículo breve, con la hechura de ponencia, en el que enuncia un tema y lo desarrolla, llamando apenas la atención sobre los muchos documentos que evidentemente están detrás de cada afirmación, y el libro, en el que se advierte la agrupación temática en torno de un esquema que resultó del proceso de investigación y en el que el desarrollo literario se sacrifica dando preferencia al plan o esquema. Muestra de lo primero hallará el lector en los trabajos agrupados en la antología *Vida colonial y albores de la independencia*, que publicó la Secretaría de Educación Pública en 1972 (SepSetentas, 56); de lo segundo en sus dos libros de mayor extensión, *El tributo indígena en Nueva España durante el siglo XVI*, publicado por El Colegio de México en 1952 y en 1981, y *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. Primera parte, 1521-1820*, que apareció en 1952 y se reeditó en 1978 por la Universidad Nacional. Queda entre esos extremos una serie de trabajos de mediana extensión en los que advertimos mayor soltura y desarrollo literario; se trata de obras en las que el autor

aprovecha lo que ha beneficiado en trabajos anteriores encaminándolo por los cauces de una problemática nueva.

A esta serie de trabajos pertenece el *Humboldt y México* (1962), que destaca su entidad de libro bien logrado. Miranda se había ocupado de la época y de los temas tratados aquí a poco de su llegada a México; “Clavijero en la Ilustración mexicana” (*Cuadernos Americanos*, vol. 4, núm. XXVIII, julio-agosto de 1946) es un artículo escrito cuando se adentraba en la visión global del racionalismo ilustrado del periodo borbónico, expuesta en *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas... 1521-1820* (p. 143-209) con singular maestría, si bien con rigor esquemático. Ya en la secuela de *Humboldt y México* se desprendieron otros escritos, “La visión humboldtiana de los indios mexicanos” (*Historia Mexicana* IX:3, 35, enero-marzo de 1960, p. 368-376) y la primera aproximación al *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, que dio a conocer en Berlín en 1959 (“Alexander von Humboldts ‘Politischer versuch über das Königreich Neuspanien’”), publicados antes de la aparición del libro; otros posteriormente, en los que aprovechó el material elaborado, dándole el carácter requerido por la ocasión (“El ‘Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España’, razón, entidad y trascendencia”), en *Ensayos sobre Humboldt*, Universidad Nacional Autónoma de México, Seminario de Historia de la Filosofía en México, 1962, p. 423-429 y “La Ilustración y el fomento de la ciencia en México durante el siglo XVIII”, en *Memorias del Primer Coloquio de Historia de la Ciencia*, números 2-7, septiembre de 1963, México, 1964, p. 51-62.

El *Humboldt y México* es un trabajo en el que Miranda estuvo buenos años, al tiempo que atendía otros; da la idea de una obra en la que hay una base y desarrollos parciales anteriores, renovada cuando el autor contó con apoyos —de los que da razón en la “nota preliminar”, p. 9— para realizar investigaciones en Inglaterra. Según Rosa Camelo —conocedora de la obra de Miranda y que tuvo, además, la experiencia de trabajar con él—, José Miranda preparaba el estudio preliminar para una nueva edición del *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* y por alguna razón desistió del propósito. El resultado de sus investigaciones sobre Humboldt vino a concretarse después en un libro que guarda estrecho paralelismo con otro publicado también en 1962 por el Instituto de Investigaciones Históricas, *España y Nueva España en la época de Felipe II*, obra que originalmente cumplió el propósito de estudio introductorio para ambientar la *Vida y obra de Francisco Hernández*, tomo primero de las obras completas de este sabio, que empezó a publicar la Universidad en 1959. El propósito era, pues, ubicar en su momento una obra de gran alcance y significado, como la de Hernández. Al acometer la tarea, Miranda se movió con soltura, elaboró una imagen del ambiente social, político y cultural del último tercio del siglo XVI novohispano. Esto, nos parece, ocurrió también con el siglo XVIII en *Humboldt y México*.

La aportación al estudio de la Ilustración en Nueva España que hizo Miranda resultó capital. A más de 30 años de aparecido el libro, los profesores de historia no dudamos en recomendar a los alumnos, como una magnífica introducción al siglo

xviii mexicano, las primeras 83 páginas; ni tenemos reparo en sugerir a los egresados que hacen tesis de posgrado que vuelvan sobre esas páginas para precisar tiempos y conceptos que autores afamados han confundido por no tomar en cuenta particularidades que Miranda destacó al ubicar, en el amplio espectro de la historia de la cultura, la realidad novohispana. Cierto es que hay aportaciones y rectificaciones, gracias a estudios documentados y con perspectivas determinadas, pero aquella imagen del xviii novohispano que Miranda elaboró tomando en cuenta los estudios que se habían hecho hasta entonces (señaladamente los de Bernabé Navarro, Victoria Junco, Mone-lisa Lina Pérez Marchand en el seminario de José Gaos, y los de este gran maestro) y los que él estaba realizando, sigue teniendo calidad ilustrativa y cuestionante, propia de la buena obra de investigación.

Quien haya leído el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* agradecerá el apunte que Miranda hace de las cuestiones principales, después de acercarnos a la vida y a la obra del autor; pero tratando de valorar aportaciones nos parece que lo más importante se halla en la exposición sobre la influencia de la obra de Humboldt, particularmente del *Ensayo*, en sus contemporáneos. El trabajo que realizó Miranda en Inglaterra fructificó, pues en el cuidadoso deslinde que hizo entre lo que es apreciación de la época, fama póstuma y rumor consagrado por la inercia tiene su mérito, gran mérito diríamos tratándose de una obra como la de Humboldt, realizada y apreciada en un medio esencialmente publicista y de divulgación, como fue el primer tercio del siglo xix. Hay que ver con qué

precisión advierte Miranda las publicaciones, la correspondencia de aquel tiempo y las consejas de la historiografía y los comentarios sobre Humboldt en el nuestro. La exactitud en las apreciaciones se advierte también cuando trata de autores mexicanos que consagran la obra de Humboldt.

El libro llega hasta 1830. Deja fuera mucho de lo que hay en Humboldt hasta el año de su muerte (1859) y los de nuestro siglo, en que sigue siendo una actualidad del pensamiento mexicano. Así lo vio Miranda cuando hizo tan radical corte cronológico, confiando, como lo expresa en la nota preliminar, en que la atención que había que darle a la obra de Humboldt para apreciar su vigencia en momentos posteriores de la historia de México la había apuntado ya y la seguía por buen camino Juan Antonio Ortega y Medina en su Humboldt desde México, publicado por la Universidad Nacional en 1960.

José Miranda murió en noviembre de 1967. Le tocó ver la edición del *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* que preparó Juan Antonio Ortega y Medina y que publicó la Editorial Porrúa como número 39 de la colección "Sepan cuantos...", en 1966, pero ya no hubo tiempo para el diálogo esperado entre Ortega y Miranda con motivo de esta edición, la más útil de las ediciones castellanas del *Ensayo*, cuyo valor resalta más ante las críticas de quienes no tienen los conocimientos ni la aplicación al trabajo que tuvieron José Miranda y Juan Antonio Ortega y Medina. Su aportación al conocimiento sobre la obra de Humboldt tendrá que irse valorando con la lectura cuidadosa de sus obras. Ahora, al prologar este libro de José Miranda, echa-

mos de menos el diálogo que debieron mantener y que hubiera enriquecido nuestros conocimientos. Si apuramos un poco, tendremos que decir que echamos de menos el prólogo al *Humboldt y México* que debió escribir, con motivo de la conmemoración del L Aniversario del Instituto de Investigaciones Históricas, Juan Antonio Ortega y Medina, cuya muerte ocurrida en 1992 nos lleva a revalorar y a continuar la labor que realizó como maestro universitario.

De la obra de Miranda trató en más de una ocasión Ortega y Medina. Ahora que el Instituto de Investigaciones Históricas reedita algunos de sus libros hay que volver sobre el conjunto de los escritos para salvarlos de la dispersión y, a más de lograr el beneficio que nos proporcionará la visión de conjunto, para corresponder apreciándola cabal y cuidadosamente, como lo hizo Miranda con la de otros autores.

ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ



Veinte himnos sacros de los nahuas. Los recogió de los nativos Fr. Bernardino de Sahagún, franciscano. Los publica en su texto, con versión, introducción, notas de comentario y apéndices de otras fuentes, Ángel María

Garibay K., 2ª edición, prólogo de Miguel León-Portilla México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, 280 p. (Serie Cultura Náhuatl, Fuentes: 2).

Entre las producciones que conocemos de la antigua palabra en náhuatl estos veinte himnos o cantares a los dioses ocupan lugar muy especial. Son ellos expresión de creencias y sentimientos religiosos en los que resplandece el universo sagrado de los nahuas. En su transvase de la oralidad a la escritura alfabética, pues “se decían en los templos y fuera dellos”, no hay concepto o palabra que pueda identificarse como interpolación o elemento intruso de procedencia europeo-cristiana. Fray Bernardino de Sahagún, que hizo se pusieran por escrito, los tuvo como inspirados por el demonio y confesó ser incapaz de comprenderlos:

La cueva, bosque y arcabuco donde el día de hoy este maldito adversario [el demo-

nio] se absconde, son los cantares y psalmos que tiene compuestos, y se le cantan, sin poderse entender lo que en ellos se trata, mas de aquellos que son naturales y acostumbrados a este lenguaje... (*Códice Florentino*, libro II, folio 137 r-v).

La difícil comprensión de ese lenguaje, y tal vez también el temor de que se difundieran en castellano esos “cantares y psalmos que tiene compuestos” el maldito adversario, indujeron al franciscano a abstenerse de cualquier intento de traducción. Dispuso eso sí que sus escribanos indígenas, consultando con los ancianos que le habían comunicado los cantos, pusieran algunas anotaciones o glosas para elucidar el sentido de un cierto número de vocablos y expresiones.

Así quedaron por mucho tiempo estos cantares en los viejos papeles de Sahagún. Por una parte, se conservaron con las referidas notas en el que hoy se conoce como *Códice Matritense del Real Palacio*. Por otra, sin anotación alguna, pero siempre con la mención del demonio, fueron incluidos en el otro manuscrito más completo, el llamado *Códice Florentino*, de la Biblioteca Medicea-Laurenziana. Y debe subrayarse que, aun cuando en este último códice ofreció fray Bernardino una paráfrasis en castellano de los textos en náhuatl que integran los doce libros del mismo, no aplicó tal procedimiento a los cantares.

Más de tres siglos transcurrieron hasta que alguien intentó por vez primera traducirlos a una lengua europea, que por cierto no fue el castellano. Esta tarea habría de realizarla más tarde Ángel María Garibay K., con amplia introducción y copiosos comentarios. Con este trabajo, aparecido en

1958, dio él inicio a sus aportaciones como miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Dos versiones de estos cantares, una al inglés y la otra al alemán, antecedieron a la de Garibay al castellano. Quienes las prepararon tuvieron acceso a los manuscritos conservados en el Real Palacio en Madrid, desde algunos años antes de que don Francisco del Paso y Troncoso publicara una edición facsimilar de ellos en 1906-1907. Fue el norteamericano Daniel G. Brinton, estudioso de varias lenguas indígenas y atraído en especial por el náhuatl, quien tomó la delantera. Como para dignificar o ponderar lo que eran estos cantares los presentó bajo el título de *Rig Veda Americanus* (Filadelfia, 1890). Tanto Eduard Seler, que pocos años después ofreció su versión alemana de ellos, como Garibay en este libro, hicieron crítica de la versión de Brinton. Notó Garibay que

hay en su reproducción varios errores de transcripción. La verdad es que la versión que da es bastante deficiente... De hecho poco sirve para captar el sentido de la remota poemática, pero es un laudable esfuerzo (en la presente edición, p. 23).

Mucho más acucioso y profundo conocedor del náhuatl y la cultura del México prehispánico, Eduard Seler dio a conocer su traducción al alemán con amplio estudio y numerosas anotaciones de los que intituló “Die religiösen Gesänge der alten Mexikaner” (Los cantos religiosos de los antiguos mexicanos). Su obra apareció originalmente en el volumen II de sus *Gesammelte Abhandlungen* (1904, p. 959-1107), es decir del conjunto de sus estudios, artículos, ponen-

cias y otras contribuciones. Con objetividad y muy grande admiración y simpatía, ponderó Garibay y tomó en cuenta lo aportado por Selser. De él, como en resumen, expresó:

Es, sin disputa, el trabajo más serio que se ha hecho de estos poemas. Como toda obra de hombres, tiene sus defectos, pero quedan opacados por sus grandes aciertos (en la presente edición, p. 24).

Quien formuló esta apreciación hubo de reconocer cuán lamentable era que estas composiciones nahuas de primerísima importancia sólo se hubieran traducido al inglés y al alemán y no a la lengua hablada por la mayoría de los mexicanos y por muchos otros millones de personas en el nuevo y viejo mundos. Cual si se sintiera responsable de preparar la requerida traducción al castellano, dedicó desde los años treinta muchas horas de estudio a estas producciones. Un primer intento de versión lo ofreció en su *Poesía indígena de la altiplanicie* (1940), incluida en la meritoria Biblioteca del Estudiante Universitario de la UNAM.

Trabajo, fruto maduro de otros años de empeño, fue el que tenemos a la vista, el cual, como ya dije, marcó el inicio de sus publicaciones en este Instituto. Formando parte de la Serie Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl, desde el mismo título del libro señala certeramente lo que está presentando. Son los *Veinte himnos sacros de los nahuas*. "Los recogió de los nativos fray Bernardino de Sahagún." Y añade que ahora "Los publica en su texto con versión, introducción, notas de comentario y apéndices de otras fuentes Ángel Ma. Garibay K."

Bien cumplió él con lo enunciado como podrá verificarlo quien lea y estudie lo que en este libro se contiene. Su trabajo ha resistido el paso del tiempo y continúa siendo aprovechado y múltiples veces citado. Éste y el de Selser no sólo son obras pioneras sino también de importancia básica para acercarse a estos testimonios primarios y de incuestionable antigua procedencia. Los veinte himnos sacros, al lado de otros textos como las oraciones a Tezcatlipoca y a Tláloc en el conjunto de los *Huehuetlahtolli* que recogió el mismo Sahagún, constituyen fuentes invaluable para el estudio de la religión y visión del mundo nahua.

Tras describir en su Introducción las características del manuscrito en que se hallan estos cantares, discurre Garibay acerca de su origen, sus peculiaridades léxicas, las anotaciones o glosas que hay en él, así como sobre la razón de su trabajo y los apéndices en que incluyó otras composiciones afines. En la parte central de su obra nos da su esmerada paleografía de los cantares y las glosas, acompañada de su traducción al castellano. De ésta expresó con gracia y tino:

Ninguna versión de textos, de cualquiera lengua o cultura que sea, en especial los textos antiguos, tiene la pretensión de eliminar los problemas de oscuridad que entrañan los textos mismo. Es imposible, por ejemplo, dar una versión de los salmos hebreos de los himnos védicos, que sean tan diáfanos para el lector como puede serlo el artículo del diario que leyó en la mañana. Y digo más: una versión que elimina toda oscuridad es sospechosa de falsa (en la presente edición, p. 26).

Justamente, como él mismo lo señala, para “aliviar esta oscuridad”, adiciona a cada traducción un amplio comentario lingüístico, filológico e histórico. En él, la gran mayoría de los vocablos y frases que lo requieren son objeto de pormenorizadas elucidaciones. Sus comentarios constituyen así nueva aportación para el conocimiento de la religión de los pueblos nahuas. Estos himnos o cantares “con que hacían reverencia” a sus dioses principales, son en sí mismos portadores de múltiples connotaciones acerca de sus atributos. Volverlas comprensibles acudiendo a otros testimonios —códices, hallazgos arqueológicos, diversos textos en náhuatl y referencias proporcionadas por cronistas del siglo XVI— fue el propósito con que Garibay elaboró sus comentarios.

Por todos estos merecimientos, con buen acuerdo se ha decidido volver a publi-

car este libro y otros también de rico contenido, al conmemorar este año (1995) el primer cincuentenario del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. La figura y la obra de Ángel María Garibay K. se nos tornan aquí una vez más presentes. Citando sus palabras a propósito del trabajo de Eduard Selser, diré también del suyo que, como toda obra de hombres podrá tener sus defectos, pero “éstos quedan opacados por sus grandes aciertos”. A la distancia de cerca ya de tres décadas de su partida en 1967, continuamos beneficiándonos de lo mucho que nos dejó. Si con esta reimpresión de su trabajo sobre los *Veinte himnos sacros* se torna éste de nuevo asequible en provecho de muchos, también con ella se rinde homenaje a la memoria de quien fue universitario y maestro ejemplar.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

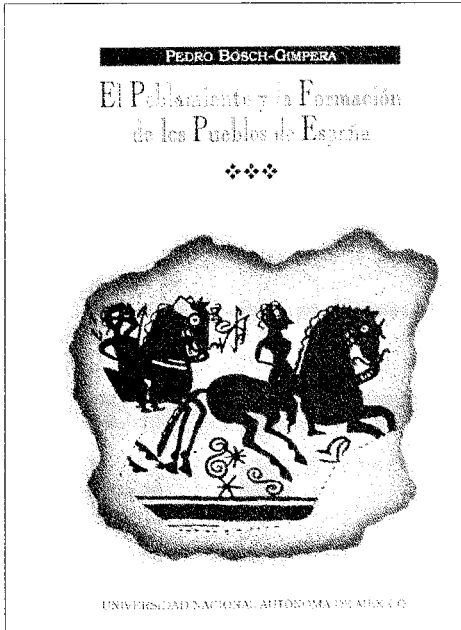
Pedro Bosch-Gimpera, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, 2ª edición, prólogo de José Luis Lorenzo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, xxvii-430 p.

Se me ha concedido el honor de escribir sobre la reedición de una de las obras fundamentales de don Pedro Bosch-Gimpera bajo el supuesto de ser, o haber sido, su discípulo, lo cual acepto con temor, pues don Pedro era inalcanzable, único.

Tan difícil y grave tarea sólo puede ser parcial y no ir más allá de dar a conocer algo

semejante a una biografía, en parte con datos ajenos, algunas menciones de hechos más o menos conocidos y, claro está, con lo que de don Pedro me he quedado íntimamente.

Fuente informativa al respecto es la que hace poco tiempo, en 1993, aportó Teresa Bosch Romeu, quien presentó una tesis para obtener la Licenciatura en Historia del Arte titulada *Pedro Bosch-Gimpera: la contribución humanista de un científico*. Una primera parte de este trabajo la dedica a los datos biográficos, divididos en tres fases: 1891-1934: la familia, la formación académica, primera etapa de su vida científica; 1931-1939: su actividad universitaria social y



política en Cataluña; 1939-1974: el exilio, segunda etapa de su vida científica. Una segunda parte de la obra está totalmente integrada por la trayectoria de don Pedro en México y la tercera más bien incluye las conclusiones que conforman la tesis.

De la segunda parte atraen la atención las catorce entrevistas que la autora hizo a quienes pensó que habían tenido algo que ver con don Pedro. De estas entrevistas, once se hicieron a quienes fueran sus estudiantes, la de Adela Ramón, quien además de estudiante fue secretaria y bibliotecaria en Barcelona del Museo Arqueológico con don Pedro y entonces empezó a cursar la carrera de Arqueología, carrera que terminó en la ENAH, más la que se le hizo a Carlos, hijo de Bosch-Gimpera. También la de un colega argentino, Juan Schobinger, discípulo de Osvaldo Menghin.

Lo dicho por los ex estudiantes entris-

tados tiene la variante interna y real de expresar, en la mayor parte de los casos, lo que suponen acerca de don Pedro, pues con él por lo general no tuvieron mayor relación que la obligatoria de atender a sus clases; algunos pudieron profundizar ese trato en los seminarios de doctorado, al menos en un tiempo, cuando los doctorandos éramos muy pocos; sin embargo, en todos está presente el reconocimiento de su calidad humana.

También aporta datos sobre don Pedro la sistemática y completa biobibliografía que Juan Comas hizo para el volumen que el INAH publicó en 1973 con motivo del septuagésimo aniversario de don Pedro. En la división temática de esta obra es aparente la diversidad de intereses de Bosch-Gimpera y se pone de relieve la capacidad del entonces homenajead. La sección I corresponde a publicaciones de carácter general (Prehistoria, Antigüedad, etcétera); la II a Prehistoria del Occidente de Europa y del Mediterráneo y sus relaciones; la III a Arqueología y Etnología de la Península Ibérica, producción tan abundante que tuvo que dividirse en: a) generales, b) Paleolítico y arte rupestre, c) Neo-eneolítico; la sección IV corresponde a Colonizaciones fenicia y griega de España, España romana; la V sobre actividad arqueológica: museos, congresos, etcétera; la VI a ensayos, etcétera, sobre cuestiones históricas referidas especialmente a España; la VII a cronología de investigaciones, comentarios; la VIII a problemas universitarios; la IX a Prehistoria y Protohistoria americanas; la X a traducciones, y la XI a reseñas.

En 1976, la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de su Instituto de Investigaciones Antropológicas —en

aquellas fechas bajo la dirección del doctor Jaime Litvak—, publicó un libro titulado *In memoriam Pedro Bosch-Gimpera 1891-1974*, en el cual se reunieron varias aportaciones, entre ellas la útil biobibliografía ya citada que preparó Juan Comas y artículos de algunos de los muchos estudiosos que mantuvieron algún género de relación con don Pedro.

Son de importancia, a mi modo de ver, sin que esto disminuya la calidad de las otras aportaciones, los trabajos que representan lo que en alguno de ellos se menciona como la “Escuela de Barcelona” en el ámbito arqueológico y que se atribuye al recordado Bosch-Gimpera. Ahora bien, el que Barcelona haya sido la sede física de todo un movimiento, el de restauración del ser histórico catalán, es un accidente geográfico. No, don Pedro era catalán, al igual que la escuela a la que dio inicio, en la que se comenzaba por los orígenes peninsulares, ya con sus peculiaridades territoriales y culturales, las que desde tiempos históricos dieran lugar a las existentes diferencias regionales. Originó, mantuvo (y se mantiene) la indudable “Escuela Catalana de Arqueología”.

Otros documentos que juzgo importantes, como sus *Memories*, publicadas en Barcelona en 1980 por Ediciones 82, y la entrevista que le hizo en París, en 1971, Baltasar Porcel, no los he podido consultar, pero pienso lo fueron con amplitud en el trabajo de Bosch Romeu citado.

Hace 20 años, el 9 de octubre de 1974, murió en la ciudad de México Pere Bosch i Gimpera, nacido en Barcelona el 22 de marzo de 1891.

Hace 50 años se publicó por la Univer-

sidad Nacional Autónoma de México su obra *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, trabajo que totaliza 336 páginas de texto, 15 de *addenda et corrigenda*, 71 láminas, 12 mapas y el índice de materias, éste de 65 páginas.

Muy del autor las numerosas *addenda* y *corrigenda* y la amplitud de éstas, por lo general debidas a la tardanza en editar sus originales, lo que causaba la necesidad de incorporar datos recientes, necesarios, pues el autor se mantenía muy al tanto de las novedades en lo relativo a sus estudios.

Los originales que aquí en México daba para que las secretarías los transcribieran y que alcancé a ver se caracterizaban por lo que llamaremos indulgentemente disparidad de formato, ya que se componían de páginas, originalmente de tamaño carta, a las que añadía fragmentos recortados y pegados que podían alcanzar casi medio metro. Alguna vez me dijo que él escribía con pegamento y tijeras.

El que ahora aparece fue un libro fundamentado en otro de 1932, *Etnología de la Península Ibérica*, del que, en la Introducción que hace a la obra que se comenta, dice: “Desde nuestra *Etnología*, publicada en 1932, se hacía necesario revisar muchas de nuestras conclusiones.”

Mi relación con don Pedro comenzó a partir de la fecha en la que entré como alumno en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en 1945, y prosiguió hasta la de su fallecimiento en 1974. Maestro y amigo, maestro más en su forma de hacer la vida que en la cátedra y amigo en la relación que podía existir entre un alumno y el profesor con tal disparidad de edad y conocimientos, si bien en este aspecto había un campo

de común interés, la Prehistoria, aunque por ésta en México se entienda tan sólo lo que en el resto del mundo se llama Paleolítico y, en cuanto a la visión generalizadora de don Pedro, el Paleolítico era de menor importancia que sus grandes amores, el vaso campaniforme y la Edad del Bronce.

Desde luego y como se demuestra en otra obra monumental, su *Historia de Oriente*, publicada en 1926-1928 en Barcelona y ampliada en Guatemala en 1947-1951, don Pedro manejó con soltura las arqueologías de varios continentes, sobre todo de Europa y Asia y, desde luego, la del área mediterránea como su mayor interés.

De lo de América, quizá su tardío interés en el tema, unido a su claro sentir difusionista heredado de su formación básica en Alemania, le condujo a establecer relaciones extracontinentales desde fechas muy antiguas, con lo cual, y por ciertas semejanzas en la tipología del instrumental lítico, enunció un poblamiento inicial del continente decenas de miles de años antes de lo que, en aquellos tiempos, se admitía y, curiosamente, ahora se da por asentado en cuanto a las fechas.

Es importante, creo yo, señalar con claridad que don Pedro fue siempre don Pedro, esto es, jamás nadie le llamó maestro o profesor, salvo, puede ser, quienes no lo habían tratado. Era todo un señor, inclusive para aquellos que no entendían su muy superior calidad humana.

Los estudios los inició en la Escuela Políglota de Barcelona, donde cursó toda la primaria y el primer año de bachillerato, que continuó en un instituto de enseñanza pública, el actualmente llamado Jaime Bal-

mes; entonces comenzó a aprender francés en la Alianza Francesa local.

Se inscribió, una vez terminado el bachillerato, en las facultades de Filosofía y Letras y en la de Derecho, de la Universidad de Barcelona, alcanzando la licenciatura en ambas; la primera, que consideraba como ornamento cultural, y la segunda como fundamento económico. Llegó a ejercer algún tiempo como abogado.

Inmediatamente obtenidos ambos títulos se dirigió a Madrid, a la Universidad Central, para hacer allí los doctorados correspondientes, siendo el de Letras sobre la traducción y estudio de los poemas de Baquílides de Ceos en 1911, y el de Derecho sobre las relaciones de los estados griegos y el derecho de la guerra helénica, que no llegó a presentar públicamente, pues los sinodales tuvieron prisa por irse de vacaciones y, como su interés estaba centrado en lo correspondiente a Letras, no se preocupó por completar oficialmente su doctorado en Derecho.

En el mismo año, 1911, se fue becado a Alemania, orientándose primero hacia la helenística, luego a la Arqueología en Prehistoria e Historia Antigua. Pasó en Alemania dos ciclos académicos —1911-1912 y 1913-1914— y entre ambos hizo su licenciatura en Historia en la Universidad de Madrid, a la que siguió, en 1915, la tesis doctoral en Historia, ahora sobre la cerámica ibérica.

Desde su segundo año académico en Alemania empezó a manejar la Etnología Prehistórica con Kossina, de donde proviene su relación teórica con los *kultur kreise*. Su estancia alemana le facilitó establecer relaciones profesionales por toda Europa,

las que lo llevaron a concebir que la prehistoria de España, tal como entonces se entendía, no debía consistir en estudiar las piedras únicamente, sino llevarla a una verdadera historia. Se había transformado en un arqueólogo-historiador, algo que entonces era inexistente en la península Ibérica, claramente expresado en la entrevista que le hicieron en 1971, en la que señaló que en aquellas fechas trataba de hacer un intento de sistematizar la evolución prehistórica, dándole un sentido histórico a partir del Neolítico, por lo que también ordenó el francés, identificando a los pueblos primitivos de España con los pueblos que los autores de la Antigüedad nos hacen conocer y así relacionarlos con los del resto de Europa, manejando tanto los vestigios arqueológicos como los índices históricos y sus raíces filológicas.

Sus maestros en Alemania fueron Wilamowitz, Frickenhaus, Loeschke, Rodenwaldt, también Schmidt, Delitzsch, Regling y Meyer, los últimos respectivamente de Prehistoria, Mesopotamia, Numismática e Historia Antigua, lo que le dio las bases para su *Historia de Oriente* en 1926.

A partir de 1915 inició su carrera académica en el campo oficial, primero como director de Servicios de Investigación del Instituto de Estudios Catalanes, el que, en 1933, tras el advenimiento de la República, pasó a ser el Servicio Oficial de la Generalitat de Catalunya. Ganó la cátedra de Historia Antigua y Medioeval de la Universidad de Barcelona en 1916 y creó entonces en ella el Seminario de Prehistoria, sobre el patrón establecido en las universidades alemanas.

Pienso que en ese momento se originó

lo que se puede, y se debe llamar, la Escuela Catalana de Prehistoria, de tal calibre en un tiempo que alcanzó a resistir, con éxito, la estultez académica que el franquismo estableció durante su imperio, hasta el punto de que los prehistoriadores allí formados llegaron a ocupar gran parte de las cátedras de Arqueología que se conseguían por oposiciones, salvo, claro está, las más jugosas, destinadas a los hijos o ayudantes de los prehistoriadores favorecidos por el régimen, sobre todo los de Madrid, desde donde los capitostes del aspecto cultural del Estado manejaban la Arqueología, entre otras muchas cosas, normándose por aquello de “España, una, grande, etcétera”.

Don Pedro siempre trató de que en Barcelona se creara un Museo de Arqueología, lo que consiguió en el papel en 1931 y en la realidad hasta 1934. En Montjuic, cerro que forma parte de la ciudad, se inauguró en 1934 ese Museo, al que se incorporaron los Servicios de Excavaciones y los de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, obteniéndose la integración de la Arqueología catalana.

La lucha creativa, insistente, conducida a lo largo de años, buscando plasmar el sentido histórico de la Arqueología, fue su guía, desde el punto de vista de la integración cultural de la península de donde surgió su obra de 1932: *Etnología de la Península Ibérica*, así como el sentido catalanista, demostrado en múltiples publicaciones en su vernáculo catalán, que parece manejó con galanura.

La labor creativa de don Pedro pudo plasmarse con la llegada de la República en 1931, a lo que se unió pronto la Autonomía de Cataluña, la Generalitat, como se ha se-

ñalado. Habiendo establecido la realidad de la pluralidad cultural peninsular sobre bases inobjetables, era obligatorio que, en el reconocimiento de esa pluralidad, tuviese los elementos para entender la caracterización de lo catalán, sin negar por ello la relación del conjunto, parte del hecho ibérico, el de mayor profundidad histórica.

En 1917 se había matrimoniado con Josefina García, dama sevillana, que conoció en Madrid, con la que procreó sus tres hijos: Pedro, Carlos y Trini. La dedicatoria que hace a la obra que prologamos es demostrativa de algo que se mantenía tras 27 años de matrimonio: "*Iosephinae in fortuna et adversitate uxori dulcissimae sacrum*", y que duró hasta su muerte.

Parte importante en la actividad de don Pedro fue siempre la política, pues se consideraba habitante del mundo, español y catalán, por ese orden; y hay que aceptar que, ante algunas situaciones, el orden se invertía y, para ello, no hay más que revisar su bibliografía primero y, luego, su participación oficial en la República española y en la Generalitat catalana.

Pese a lo meticuloso de la bibliografía del doctor Juan Comas, en ella no se incluyen en la parte VI, la de ensayos, etcétera, los artículos de carácter político, sobre todo los que publicó en México (en su mayoría a partir de 1940, los años del exilio). La inclusión de tan importante actividad debió hacerse, además, en capítulo aparte.

Su participación en la República española en el campo académico fue de 1931 a 1933 como decano de la Facultad de Filosofía y Letras y, de 1933 al final de la Guerra Civil, 1939, como rector, habiendo participado en su conversión en autónoma. Su

rectorado significó, a pesar de las dificultades de la guerra, hacer de la universidad catalana uno de los centros de investigación de importancia y el de mayor esplendor en su tiempo.

Lo anterior señala la actividad académica; pero, como hombre comprometido con sus ideas, Bosch-Gimpera aceptó el nombramiento de Conseller de Justicia en el gobierno catalán como representante de su partido, Acción Republicana de Cataluña, a raíz de las modificaciones en la estructura del gobierno de la Generalitat que se produjeron por los hechos de mayo de 1937. Posición difícil ésta debido a que la pérdida de poder del sector anarcosindicalista y su aliado de supuesta caracterización trotskista, el POUM, puso en las manos de los sectores republicano, socialista y comunista el manejo de, por ejemplo, la Justicia de la Generalitat, con lo que don Pedro se vio en un difícil equilibrio, como el que supuso mantener el culto religioso rescatándolo de la clandestinidad, normalizar la administración de justicia y, también, la preservación del patrimonio artístico.

En febrero de 1939 salió definitivamente para Francia, habiendo ayudado intensamente a la evacuación de intelectuales que, por el simple hecho de serlo, el franquismo los consideraba enemigos.

Pasó a Gran Bretaña, invitado por la Universidad de Oxford, para dar unas conferencias como huésped de la John Rhys Memorial Lectures de la British Academy, sobre arqueología céltica. En la Universidad de Edimburgh, invitado por Vere Gordon Childe, tomó parte como conferencista en la Society of Antiquaries de Londres y participó en la reunión anual de

la British Speleological Association, al igual que en el Congreso de aquel año de la British Association for the Advancement of Sciences.

Estuvo en Colombia, primero, y en Panamá, después, dando conferencias en ambos lugares, hasta que, en 1941, llegó a México, donde reorganizó su vida familiar y académica.

Legalmente mexicano desde 1942, como tal representó a México en numerosas reuniones internacionales. Pedro Bosch-Gimpera, al adoptar la nacionalidad mexicana asumió el serlo, y jamás, en las varias veces que coincidimos en reuniones internacionales, dejó de representar a su país de adopción y lo honró como a tal.

En él, como en otros muchos de su edad, el concepto de "trasterrados" pudo ser aceptado, pero la realidad es que el creador de tal concepto, José Gaos, empezaba a ser alguien cuando imaginó el concepto; don Pedro ya era él en aquel entonces y llevaba con él todo el mundo.

Tan pronto como llegó comenzó a dar clases, primero en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la ENAH, y en el Mexico City College (luego Universidad de las Américas) después, sin duda debido al gran apoyo que siempre le dio don Pablo Martínez del Río, personaje muy interesante en la llamada Prehistoria mexicana y, sobre todo, en la americana, pues a él le debemos la primera obra documentada publicada en español y en México sobre el poblamiento de América.

También dio cursos en Guatemala, entre 1945 y 1947, en donde fue distinguido en 1954 como profesor honorario, fundador de la Facultad de Humanidades en aquella

Universidad de San Carlos, y dejó para ser publicada allí su *Historia de Oriente*.

Conferencista en varias instituciones de la ciudad de México y también en las universidades de Guadalajara, Monterrey y Saltillo, a las que unió las de El Salvador y La Habana.

Nombrado jefe de la División de Filosofía y Ciencias Humanas de la UNESCO, en 1948, permaneció en ese cargo hasta 1952.

Al regresar a México, prosiguió sus cursos en la ENAH y la UNAM lo nombró investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Históricas, que en aquellas fechas disponía de una Sección de Antropología, de gran calidad internacional, debida a la presencia de valores tales como don Pedro, Morris Swadesh y Paul Kirchhoff. También había otros investigadores.

En 1967 la UNAM lo distinguió como investigador y profesor emérito del Instituto de Investigaciones Históricas, y más tarde del de Investigaciones Antropológicas, cuando la Sección de Antropología alcanzó existencia propia como instituto de investigaciones.

Viajero impenitente, asistió a múltiples congresos, simposios, seminarios o reuniones, siempre y cuando el tema o los temas le atañeran, y siempre como representante de México.

De acuerdo con su bibliografía, su etapa mexicana parece haber sido la más productiva. Algo comprensible, pues alejado de compromisos políticos, para él antes ineludibles, dispuso después de todo el tiempo que sus intereses académicos requerían.

En el aula, don Pedro era una calamidad, aunque quizá nos quedaba grande, pues la magnitud de sus conocimientos lo llevaba a digresiones de varios días, saliendo de lo específico del tema, ya que encontraba una serie de correlaciones que los alumnos, al fin y al cabo de maestría, no podíamos seguir con el carácter global que él manejaba.

En ciertos momentos daba clases exclusivamente para eruditos, sin que lo fuéramos; sin embargo, en los seminarios de doctorado, con mejor formación por parte de los doctorandos y, sobre todo, en pequeño número, se establecía una relación continua en la que se podía valorar no sólo la reconocida amplitud de conocimiento, sino también, y era lo más importante, el criterio en el modo de manejar la información, a pesar de la firme creencia que tenía sobre la imposibilidad de que alguien pudiera falsear tal cosa.

Parte de la dificultad de sus cursos era que partía del principio de que todos los alumnos éramos políglotas como él, por lo cual sus bibliografías incorporaban indistintamente el alemán, el inglés, el francés o el italiano, sin evitar algunas otras en latín o griego; es cierto que estas últimas sólo como referencia secundaria. A lo anterior se unía lo que llamábamos las "sábanas" de don Pedro, enormes cuadros de correlaciones culturales basadas en las glaciaciones que conformaba pegando grandes hojas de papel cuadriculado en el que los estadales, los tiempos de avance del hielo, se coloreaban de azul y los interestadales, los retrocesos de los hielos, de rojo. Malamente unidas las hojas, las desplegaba en aquellas clases en las que su presencia era fundamento del

tema, pues las alteraciones climáticas se unían a los desarrollos culturales y, sobre todo, a las expansiones de esos procesos, generándose algunas confusiones cuando las partes componentes se despegaban fragmentándose el conjunto, que era de algunos metros cuadrados.

Su formación unía el concepto geográfico al cultural en una línea que, después, en la ENAH nadie ha podido seguir, salvo en lo que llaman ecología; hubo un tiempo en el que mediante el curso de Antropogeografía se cubría, con mayor amplitud y realidad, el entorno del hombre a través del tiempo.

Sus famosas "sábanas" presentaban serios problemas de relación pues no todos los autores estaban de acuerdo en las fechas y, como don Pedro era incapaz de pensar que había quienes adulterasen los datos, se veía en dudas ante las informaciones opuestas que leía. Esta perplejidad era lógica en este caso, pues se trataba de un aspecto de la Prehistoria que, a pesar de que lo conocía, no era campo en el que mejor se moviese. Para don Pedro el error de ciertas fechas podía existir, como él lo reconocía en algunos de sus escritos ante las nuevas informaciones, pero la adulteración se le hacía inconcebible.

Al igual, con amplitud de criterio y generosidad, perdonaba la ignorancia demostrada. Respecto de ello recuerdo que, habiendo sido sinodal de varios exámenes profesionales de maestría, junto con él, en algunos casos, al escuchar las pobres respuestas del sustentante, y, por haber leído y anotado la tesis, con suavidad dibujaba en la hoja en que llevaba sus notas un pez, que no era el símbolo de los primeros cristianos,

sino la expresión española de “esta pez”, denotativa de ignorancia completa. Esto no llevaba a negarle al incapaz la aprobación, porque en ese sentido era de una magnanimidad total, posiblemente algo calculado, pues alguna vez que le pregunté acerca de esa lenidad me contestó diciendo que en el camino profesional se establecería la diferencia.

No se imaginaba lo que años después sucedería cuando parte de aquellos tontos llegasen a ocupar lugares altos en la arqueología mexicana, aunque la mayor parte de los que ahora la manejan no pasaron por sus clases, pero han sido alumnos de los “peces”. Es muy importante señalar que, con la desaparición de don Pedro y algunos otros profesionales de la arqueología, en la formación de los arqueólogos mexicanos se ha perdido la proporción entre lo local y lo mundial, o sea, la necesaria correlación comparativa, ausencia que mantiene el musical folklorismo del “como México no hay dos”, olvidando que como cualquier país tampoco hay otro igual y que lo que en verdad existe y hay que tener en cuenta es cierta relación, por un lado, y similitud de patrones culturales, por otro, producto de la inevitable repetición que el desarrollo cultural del grupo humano alcanza en situaciones semejantes, independientemente de su temporalidad, matizadas, claro está, por condicionamientos mediales específicos.

Lo anterior significa que en la ENAH se formó, con don Pedro entre otros, una serie de generaciones que pudieron obtener la necesaria visión de un pasado mundial, si no compartido, cuando menos con semejanzas y, con ello, una forma de entender la humanidad. La pobreza intelectual poste-

rior de la ENAH impide tal visión mayor, sin que esto conlleve la repetición de un don Pedro como profesor, algo en verdad imposible, pero que se debiera haber intentado parcialmente al menos.

Su personalidad encajaba con la del profesor distraído por tanta literatura y, desde luego, lo era; recuerdo y recordaré siempre un caso concreto, pues lo contemplé. Llegó don Pedro a la que por muchos años fue sede de la ENAH, en los altos del ahora Museo de las Culturas, cuatro salones, sin otra ventilación que la de la puerta, y un salón más grande, el “aula magna”, en el que se celebraban los cursos del primer semestre, durante cierto tiempo necesario debido a la afluencia de mucha gente, sobre todo de “cultas damas” que querían escuchar las conferencias maestras de Alfonso Caso.

Había entonces un solo empleado, bebel en la vieja nomenclatura, el inolvidable don Gabino (la curiosa cortesía mexicana de origen colonial mantiene el don para los varones en cualquier clase social). Un día don Pedro apareció, como siempre, con su enorme maletín lleno de libros y se metió en una de las aulas, ya ocupada por estudiantes, por lo cual se aposentó y comenzó con lo suyo. Algún osado muchacho le hizo saber que ellos, los allí sentados, esperaban recibir clase con otro maestro, al que le tocaba aquella aula aquel día, en aquella hora. Don Pedro preguntó a don Gabino, quien le dijo que era martes y no miércoles, por lo cual la clase de don Pedro no correspondía a esa fecha, lo que fue aceptado sin la menor protesta, salvo un gesto de sorpresa.

En sus cursos, a los que llevaba libros cuyas láminas pensaba proyectar, era frecuente que, en el episcopio, la permanencia

de la misma ilustración por demasiados minutos hiciera que se quemase, o bien que, para facilitar la proyección, arrancase del libro la página necesaria.

En ese sentido, el de los libros, no era extraño que se dirigiera a uno preguntándole, no pidiéndole, si tenía tal o cual ejemplar suyo. Me tocó alguna vez hacerle saber que sí, que me había prestado tal libro, pero que hacía tantos años lo había devuelto. También confieso que me quedé con uno suyo, quizá por no habérmelo pedido.

Un aspecto de sus únicas características era la manera de conducir el automóvil; gentilmente, como era su forma de ser, se ofrecía a sacarnos de la Universidad en ciertas ocasiones para participar en alguna reunión académica fuera del ámbito universitario. Nos subíamos a su vehículo y comenzaba un trayecto lleno de momentos angustiosos, pues el conductor, él, prestaba la mínima atención a lo que pasaba en la ruta que seguía ya que su interés era mantener la conversación con quienes habíamos tenido el atrevimiento de ser conducidos. Normalmente manejaba con una sola mano, la izquierda, pues la otra la dedicaba a accionar sobre lo que hablaba, volteando algunas veces para ampliar algún punto a los aterrorizados viajeros, abandonando por completo el volante para dirigirse a sus interlocutores. Aceptar la invitación de don Pedro era todo un riesgo, pero uno no se podía resistir, sobre todo con el fundamento de que Dios protege a la inocencia y, desde luego, en cuanto a manejar un vehículo él era un peligroso inocente. Más tarde sus hijos, en sus últimos años, le pusieron un chofer.

Curioso es que su indiferencia acerca

del hecho mecanicista de manejar un vehículo terrestre de cuyo funcionamiento, como proceso técnico, jamás tuvo la menor idea ni buscó tenerla, se unía al desinterés en otros procedimientos científicos, como los fechamientos mediante el Carbono 14.

La in-memoria de don Pedro era algo muy sabido, aunque en realidad era una absoluta despreocupación de ciertos hechos materiales, considerados existentes, desde luego, pero sin mayor trascendencia.

En el tiempo en el que estuvo en la UNESCO como jefe de la División de Filosofía y Humanidades, de 1948 a 1952, vivió algo sumamente curioso. En la entonces naciente organización ya se marcaba su profunda rémora burocrática, que más tarde conocí personalmente. Recuerdo los problemas que a ese respecto don Pedro alguna vez me comentó sobre las copias de los documentos que desde su puesto tenía que hacer, pues para ciertas cosas eran necesarias tres, para otras siete, con lo cual y tomando en cuenta sus frecuentes errores, considerados protocolariamente graves, mandaba hacer cuando menos ocho, cuyo destino, me dijo, no dependía de él, sino de los burócratas institucionales.

El cariñoso desprecio que don Pedro mantuvo respecto de todo lo protocolario y oficialesco se fundamentaba en la obvia inutilidad de tales procedimientos. El tiempo que pasó en altos puestos oficiales lo vacunó contra sistemas en los que su vocación científica, política, catalanista y republicana no permitía la inhibición.

De aquella estancia en la UNESCO guardo algunas cartas, pues mantuvimos cierta correspondencia, cartas que él, como lo que en su formación original era lo correcto

entre amistades, escribía a mano, no en máquina de escribir, insultante degradación de las formas que entre amistades se deben guardar. Yo, con mi ausencia de sindéresis, le escribía a máquina, y creo que todo lo que le comunicaba podía ser entendido, pero la alrevesada escritura de don Pedro hacía que cada carta recibida tomase algún tiempo en descifrarla; conseguí bastante pero, en ciertos casos, no pude lograr la comprensión completa; había algunas frases de las difíciles que, por lo que precedía y continuaba, podían ser entendidas, otras no.

Cuando don Pedro regresó a México, en alguna visita a su biblioteca, su centro de trabajo, le llevé dos o tres de aquellas incógnitas y, tras un análisis fácil en algunas partes, en otras llegó a la conclusión de que había frases de las que no tenía ni la menor idea de qué es lo que había querido decir. Este vuela-pluma escrito tenía su parte en lo verbal, pues me acuerdo que, en aquel Congreso de la UISPP en Hamburgo, hablando con algún colega alemán, yo que en esas fechas algo entendía de su idioma, me di cuenta de errores en algunas declinaciones. Con gran humildad, más bien sorpresa, se lo hice notar, siendo su respuesta, simple, directa y carente de posibles remordimientos, que los alemanes también manejaban mal sus declinaciones.

Desde luego, su poliglotismo era bastante independiente respecto de lo gramatical, sin que ello fuese impedimento alguno por cuanto a su relación con colegas en otras lenguas.

Gozaba de un magnífico apetito y se recreaba en él. Dicen, pero eso no lo sé, pues no participé en ello, que a veces, cuando tenía algún compromiso social, los que

siempre eran en relación con el aspecto académico, invitaba a las personas del caso a un restaurant que existió en Tlalpan, llamado "Las Barracas", en el que se hacía, entre otras cosas, una muy buena paella, que se comía como entremés, y luego daba comienzo a la comida. Lo creo posible, aunque me parece que sólo él sería quien hiciese honores a la segunda parte.

Su cercanía a Pantagruel la contemplé en dos ocasiones: la primera fue cuando, con motivo del Congreso de la UISPP, que se celebró en Roma, en el verano de 1962, los prehistoriadores catalanes, abundantes y encabezados por don Luis Pericot, quien había sido su discípulo, pues era nacido en 1899, unos ocho años más chico, organizaron en una *trattoria* una cena en honor de quien fuera el creador de los estudios de la Prehistoria española. También fui invitado.

Era el mes de agosto y en Roma el calor es en ese tiempo fuerte, por lo cual don Pedro desde el primer día apareció con polícromas camisas acapulqueñas, llevadas por fuera del pantalón, algo entonces increíble en Europa. Nos reunimos al aire libre, una larga mesa encabezada por don Pedro y, en el extremo opuesto, don Luis. Ya acomodados (a mí me tocó más cerca del discípulo que del maestro) recibimos los menús e hicimos nuestra selección. Para esto don Pedro primero habló con el mesero, éste se fue y regresó con el cocinero, tras lo cual parece que estableció su menú.

En grata comparsa transcurrió la cena, con un jocoso comentario de don Pedro acerca de lo que don Luis estaba cenando, un huevo y algo de pescado hervido, pues dijo algo así como "mira esos muchachos". La cena tuvo su natural sobremesa y los

comensales, despidiéndose del maestro, se fueron yendo poco a poco. Y alguien, de quien no recuerdo el nombre, salvo que era catalán, y yo, ritualmente acompañamos hasta su hotel al homenajeado, quien, en la puerta, como había un café todavía abierto, nos dijo: “ahora invito yo”, con lo cual nos sentamos y continuó la charla; él se bebió dos “expressos” y otros tantos brandies locales, una cosa que recuerdo se llamaba Buttoni, y hacia las tres de la mañana le dijimos que la sesión del congreso comenzaba a las nueve y que ya nos teníamos que ir, a lo que respondió: “bueno si ya os queréis ir...” En aquella fecha tenía 71 años.

Otra de sus expresiones de buen diente, que se dice, fue aquella vez que, entre otras cosas, se comió solo un *tortell*. Aclaremos, en lo que entonces se llamaba Departamento de Antropología, como parte del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en el que entre algunos insignes maestros estaba don Pedro, era costumbre que el último día antes del comienzo de las vacaciones de Navidad y Año Nuevo, precisamente con motivo de no verse hasta el otro año, se llevaba a cabo un ágape informal para el que todos llevaban algo comestible o bebible.

En cierta ocasión me tocó participar y aquella vez don Pedro había llevado el *tortell* referido, pieza de pastelería catalana, consistente en una rosca de unos 40 cm de diámetro, rellena de crema batida, producto entonces de una pastelería llamada Sendra, de pastelero catalán, por lo que fue la seleccionada, ya que en aquel entonces no había otra igual. Sentado en proximidad suya según transcurría la reunión, picando en aquello y en lo otro, me fijé que él no quitaba

el renglón de frecuentes trozos de *tortell*, hasta que se lo acabó él solito, pero lo insólito fue que, de repente, miró el reloj y dijo: “¡ah caray!, me voy, pues tengo gente invitada a comer”.

Otra de las pruebas de su buen apetito y gusto por el comer la contemplé en Lima, cuando, con motivo de celebrarse un congreso de americanistas, para mi gran sorpresa me encontré con don Pedro, quien acababa de ser operado de la vesícula biliar. Le pregunté que cómo era que estaba allí tras la operación, a lo que me respondió que sus hijos le habían pagado el viaje, que todavía llevaba drenaje, pero que lo habían mandado... con la policía. Me aclaró que tal cosa era su mujer, claro está que enviada por la familia para cuidarlo. Tres o cuatro días después, en un aparte me dijo que había encontrado un pequeño restaurant en el que servían la mejor gallina en ají del mundo, pero que se veía obligado a comerla entre comidas, para no denunciarse.

La categoría de don Pedro como *bon vivant*, como participante de la filosofía de la vida como belleza en todos sus aspectos, es algo que en él tuvo continua vigencia.

Alguno de sus colaboradores en Barcelona me contó que, cuando fue rector de aquella Universidad, las mujeres que limpiaban los pisos en la noche reconocían la retirada del señor rector, ya muy tarde, cuando ellas trabajaban, por la afectuosa palmada en las posaderas que recibían al pasar de salida el honorable rector, en un acto alegre, sin concupiscencia.

Si se contemplan las fotografías de sus tiempos, más frecuentes en los de su madurez, vemos todo un señor, buen tipo, con gran presencia y, si eso se unía al ser un gran

conversador, no es un falso supuesto su gentileza con las damas; sencillamente recordemos los trabajos arqueológicos en Emporion, Ampurias, a los que asistían, entre otros, naturalmente, las más bellas arqueólogas europeas, donde, dice la leyenda, cada sábado había un baile al champán y de traje largo en honor de ellas. Qué belleza en originar tales situaciones.

Tenía, y mantuvo, una clara inclinación por lo bello, sobre todo hacia lo femenino. No es posible, para una mujer, recibir de su marido algo más bello que la dedicatoria de quizá su mayor obra, la que comentamos, en la que tiene la dedicatoria ya dicha: "*Iosephinae in fortuna et adversitate uxori dulcissimae sacrum.*"

Fumar, para don Pedro, era una necesidad, la que por razones médicas le había sido prohibida. Consideró, sin embargo, que la prohibición era sobre los cigarrillos (fumaba *Delicados*), pero que no se había dicho nada sobre los puros, por lo cual se vio en la obligación de abandonar los primeros para dedicarse a los segundos.

Sobre los puros, recuerdo cuando lo acompañé a visitar, en Hamburgo, al presidente del Congreso de la UISPP, que allí se celebró en 1958; viejo amigo, con la mayor naturalidad del mundo, de una caja que aquél tenía en su mesa, don Pedro tomó como una media docena de puros, sin que ninguno de los dos, el despojado y el despojador, mostrasen la menor seña por lo que había sucedido. Se trataba de un viejo amigo.

Pero lo que indica la afición al tabaco que tenía fue algo que me tocó contemplar y creo haber sido el único en ello. Entré en la biblioteca de don Pedro, que era un pa-

bellón aparte en su casa, y vi, junto a él, un tanque de gas con su manómetro, del que salía un tubito, pasaba sobre el hombro derecho del personaje y se sujetaba a su frente con una tira de tela adhesiva, para bajar y llegar a su nariz, con dos ductos; se trataba de un tanque de oxígeno, según me pude dar cuenta y, ¡horror!, don Pedro tenía el cigarrillo en la boca, estaba fumando. Le hice ver el grave riesgo de explosión que se podía producir, a lo que con gran naturalidad me dijo: "es que tengo un asma que sin el oxígeno no puedo fumar, me ahogo".

Su obra, la que ahora se presenta, tiene una parte débil en lo que corresponde al Paleolítico, pues ahora se conoce mucho más; incluye sus teorías acerca del arte parietal, las que existían y se manejaban en aquella época. El hecho es que a don Pedro, si de la más lejana Prehistoria algo le interesaba era precisamente el arte parietal.

Su capacidad y su conocimiento del latín quedaron claramente demostrados en su tesis doctoral: *Los Poemas de Baquilides de Ceos*, traducida al castellano en 1910. Esto le permitió acceder a una documentación en esa lengua, e incorporar su obra acerca de la Etnología de España todo lo que significaba la Protohistoria, así como la de muchos otros países de Europa, ciencia la Protohistoria que entre nosotros se nos ha falsificado con la expresión Etnohistoria. En don Pedro había una composición personal aparente, que en todo ser humano la hay, pero la suya era grande, variada, y no variable. Aquél que hizo la hasta él inexistente Prehistoria española a principios de este feneciente siglo, no sólo restaura el ser profundo catalán, también español, sobre todo éste, puesto que, para aquellas fechas,

lo catalán estaba impedido de existir, sin que esto significase su ausencia.

Sobre el mismo tema de su participación en lo arqueológico, él estuvo entre quienes fundaron la Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques de carácter mundial.

Curiosamente, tanto don Pedro Bosch-Gimpera como V. Gordon Childe han sido acusados de tratarse de arqueólogos que, alcanzando altos planos de síntesis y teóricos, no respondieron con la requerida práctica. En ambos casos tal impugnación es falsa, sin que sea necesario enumerar lo que publicaron respecto de sus excavaciones. Curiosamente, al menos entre nosotros, las críticas a los arqueólogos y a la arqueología nacional, si es que como tales se les puede considerar, siempre han surgido de quienes menos trabajos de campo acumulan en su tarea, en eso que se llama *curriculum*.

Nuestro don Pedro fue de una calidad que escapa a la ecuación que ahora reina en las relaciones humanas, incluyendo las académicas, las de ser *looser* o *winner*. La imbecilidad de tal dicotomía muestra una incapacidad de aclarar en qué se es ganador y en qué perdedor, curiosa disyuntiva de variable calificación en eso que llaman cul-

tura de la alguna vez supuesta civilización cristiana occidental.

Mostró despreocupación por algunas cosas, las que no creyó que fuesen importantes, pero respetó. Tuvo la gentileza de saber escuchar todas las posiciones políticas de la emigración republicana tan llena de antagonismos, sin perder la propia. Posiblemente tuvo aquel liberalismo decimonónico matizado por la necesidad de las autonomías españolas, que no era el cantonalismo, claramente existente en lo cultural, parcialmente en lo social y no siempre con correlación clara en lo económico.

No lo veo incluido en esa curiosa categoría de “*transterrados*”, puesto que su tierra era la Tierra toda. Habitante del mundo, se decía catalán, español como algo lógico y más tarde mexicano. Ahora totalmente, pues aquí está enterrado, parte integral de su país de adopción al que honró internacionalmente.

Miembro de una verdadera elite, la cultural, la superior, la del *Oikumene*. Si hubiera algún título nobiliario, la posteridad lo hubiese conocido como don Pedro el Bueno.

JOSÉ LUIS LORENZO

Mariano de Cárcer y Disdier, *Apuntes para la historia de la transculturación indoespañola*, 2ª edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, 502 p. (Primera serie, 28) [Serie Historia Novohispana, 7].

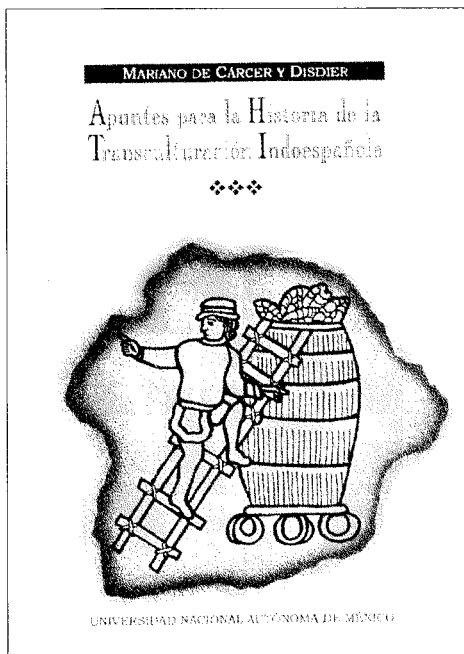
El malagueño Mariano de Cárcer y Disdier llegó al Nuevo Mundo al romper el

siglo, como un joven migrante sorprendido y maravillado ante el paisaje, el clima y las montañas mexicanas. Entrañablemente andaluz, también procuró empeñosamente que “como a hermano muy querido me tengan los mejicanos”. Su obra y su vida las dedicó a buscar que hubiera un mejor conocimiento entre México y España, a los que llamaba “sus dos patrias”.

Parte de este esfuerzo fueron varias conferencias, que poco a poco conformaron el sustento de este libro. Bajo un título que indica la influencia que en él tuvieron los antropólogos de la época, Cárcer se ocupa de considerar y comentar lo que España trajo y se llevó del Nuevo Mundo, y cómo de las aportaciones de ambos continentes acabó formándose una cultura mestiza. En particular, le interesaban la historia y las vicisitudes de papas y trigos, de aguardiente y cervezas, de ovejas y guisados.

Se trata de temas que por entonces se consideraban "historia menor". Los años han transcurrido y en la historiografía mexicana poco a poco han proliferado las investigaciones que tienen estos tópicos por asunto, y que los estiman como una amplia y fructífera vía para el estudio de las culturas.

El Instituto de Investigaciones Históricas, como parte de la conmemoración de sus 50 años de existencia, ha querido entre-



gar al público lector la reedición de este añejo y sabroso texto.

COMISIÓN CONMEMORATIVA

José Miranda, *Estudios novohispanos*, prólogo de Rosa Camelo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, 262 p.

La obra de José Miranda ocupa un lugar privilegiado en la historiografía mexicana del siglo xx. La aguda percepción de Miranda de los asuntos que ofrecían muy ricas posibilidades a la investigación de la historia colonial, y de los problemas a que tendría que enfrentarse todo aquel que se aventurara en este campo, ha convertido sus trabajos en punto de partida obligado

para muchos estudios y en inspiración para otros.

Miranda unía a su gran penetración una envidiable capacidad de síntesis que se muestra en varias de sus publicaciones, sobre todo en *Humboldt y México* y en *España y Nueva España* en la época de Felipe II. Hay un gran paralelismo en estos trabajos, como bien señala Andrés Lira en el prólogo que acompaña a la edición de *Humboldt y México* que aparece en esta misma serie conmemorativa de los cincuenta años de la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas.

En 1957, cuando José Miranda se incor-



poró al Instituto, ya había publicado sus dos obras más extensas, *El tributo indígena en la Nueva España* y *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. Primera parte, 1525-1820*, ambas salidas de las prensas en 1952, además de varios artículos en revistas y ponencias en congresos. El primer trabajo suyo que se imprimió siendo ya investigador de Históricas, "Orígenes de la ganadería indígena en la Mixteca" en *Miscellanea Paul Rivet, octogenario dicata* (1958), es un ejemplo de cómo procedía cuando no trataba de ofrecer una visión general, sino de expresar los resultados de un estudio particular. Apoyaba su dicho en un amplio corpus documental.

En la obra de Miranda se encuentra una gran coherencia y hay en ella básicamente tres líneas temáticas: la historia de las instituciones, la historia de las ideas y la historia socioeconómica. La delimitación cronoló-

gica de su ámbito de estudio va del siglo XVI al XIX; parecería también que sus dos obras mayores, *Las ideas y las instituciones* y *El tributo indígena*, son los centros temáticos de donde surgen sus artículos. Ciertamente estaba en sus planes abandonar este marco, porque en 1962 anunció que comenzaba una larga investigación sobre la formación de la sociedad mexicana, que abarcaría desde la época colonial hasta la contemporánea. Por desgracia, la muerte vino a truncar este proyecto, por lo que sus trabajos quedan inscritos en las materias y límites temporales arriba señalados.

Sin embargo, en demarcaciones tan amplias caben infinidad de asuntos particulares, no sólo los tratados por Miranda; de manera que, para analizar sus trabajos, es necesario buscar otros puntos de referencia. A lo largo de toda su obra, hace evidente que pretende asir una realidad muy compleja que, debido a su propia complejidad, demanda una aproximación parcial a cada una de las facetas que la conforman. Pero no olvida que esta parcelación tiene como finalidad ampliar la comprensión del fenómeno que estudia: el fenómeno humano.

En su primer trabajo publicado en México, "Notas sobre la introducción de la mesta en la Nueva España" (1944), manifestó que gran parte de las instituciones trasladadas a América por los españoles había experimentado una serie de cambios al tomar contacto con los diferentes medios geográficos, económicos y sociales, que las llevaron a sufrir una profunda transformación o, si se prefiere, aclimatación. Con este enfoque estudió también la función económica del encomendero y la renovación cris-

tiana y el erasmismo en México. En *La función económica del encomendero*, publicado inicialmente como artículo en 1947 y, posteriormente, como libro en 1965, pone en evidencia que, debido a las características de la economía indígena, el encomendero organizó la explotación de su encomienda y de las mercedes de tierra que recibió, dando a esta institución con resabios feudales una nueva forma capitalista.

En “Renovación cristiana y erasmismo en la Nueva España” (1951), que después aumentó con un estudio sobre “Alonso Cabello, erasmista”, su análisis se dirigió a presentar la manera en que llegaron a la colonia las heterodoxias de la península. Hasta aquí, Miranda observaba una de las caras de la moneda: cómo cambian las ideas y las instituciones ante la realidad del Nuevo Mundo. La otra cara correspondía a cómo el mundo indígena se vio afectado por la acción de los españoles e inicia su estudio en el propio año de 1951, cuando salió publicado su artículo “La tasación de las cargas indígenas en la Nueva España durante el siglo XVI, excluyendo el tributo”. En este trabajo, evidente fruto de su investigación publicada al año siguiente, *El tributo indígena en la Nueva España en el siglo XVI*, los indígenas son vistos en relación con las disposiciones dadas por las autoridades. Pautinamente, en posteriores publicaciones, Miranda perfilaría cada vez más el mundo propio de los naturales. Así, las peculiaridades del universo novohispano se revelaron en el contraste entre lo que venía de fuera y lo que era propio de la tierra; ambas repúblicas, la de los españoles y la de los

indios, fueron vistas en sus relaciones y en su singularidad.

Las diferentes ponencias y artículos de José Miranda van cumpliendo con la intención de su autor —breve pero reiterativamente señalada en sus textos— de aprehender varias facetas de la historia para poder entender mejor la realidad que le dio origen y que nunca podremos conocer cabalmente, cuyo estudio, empero, nos acercará más a la circunstancia de nuestra propia vida.

Donde Miranda destiló todo aquello que había concluido de sus investigaciones fue en su estudio *España y Nueva España en la época de Felipe II*, originalmente hecho para presentar las *Obras completas* de Francisco Hernández, editadas por la UNAM. Fue publicado en 1962 como un trabajo independiente. Allí ofreció algunos de los que consideró los rasgos principales de la personalidad de Nueva España, a pesar de que estimaba que era arriesgado hacerlo. Lúcida y sucintamente presenta el panorama de la metrópoli y de su colonia; las notas, las referencias a archivos y documentos no aparecen, están en sus obras anteriores, obras que le dieron la suficiente comprensión del universo que explica y muestra.

La obra de José Miranda todavía no ha sido estudiada con el cuidado y la extensión que merece; hace falta tomar una de sus propuestas, buscar en la complejidad de la historia que analiza y en la de su propia historia la comprensión de un momento de la historia de la historiografía mexicana.

ROSA CAMELO

El Colegio de México

HISTORIA MEXICANA

Vol. XLIV, abril-junio, 1995, núm. 4

176

Sumario

Solange Alberro

Presentación. La revolución mexicana: ecos cercanos y lejanos

Artículos

Luis Anaya Merchant

La construcción de la memoria y la revisión de la revolución

Alicia Salmerón Castro

El general agrarista en la lucha contra los cristeros.

El movimiento en Aguascalientes y las razones de Genovevo de la O

Lawrence Douglas Taylor Hansen

**¿Charlatán o filibustero peligroso? El papel de Richard "Dick" Ferris en la
revuelta magonista de 1911 en Baja California**

Victoria Lerner Sigal

Espionaje y revolución mexicana

Pablo Yankelevich

**Una mirada argentina de la revolución mexicana. La gesta de Manuel Ugarte
(1910-1917)**

M. S. Alperóvich

**La revolución mexicana en la interpretación soviética
del periodo de la "guerra fría"**

Historia Mexicana es una publicación trimestral de El Colegio de México, A. C. Suscripción anual en México: 76 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; instituciones, 50 dólares. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34 dólares. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones, 60 dólares. Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a El Colegio de México, A. C., Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.

Adjunto cheque o giro bancario núm.: _____

por la cantidad de: _____

a nombre de El Colegio de México, A. C., como importe de mi suscripción por un año a *Historia Mexicana*.

Nombre: _____

Dirección: _____ Código Postal: _____

Ciudad: _____ Estado: _____ País: _____

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

H-MEXICO

es un grupo Internet de discusión
sobre todos los aspectos y épocas
de la historia de México,
dirigido a historiadores y profesionales
de disciplinas afines.

Nuestra idea de este grupo es la de
un espacio académico abierto todos los días y todas las horas del año,
donde el subscriptor puede enterarse de las noticias académicas
(conferencias, publicaciones, becas, cursos),
presentar investigaciones o ideas a la discusión colectiva,
intercambiar información bibliográfica o documental,
tomar nota de los vastos recursos accesibles al historiador en Internet,
encontrar personas con intereses similares en diferentes universidades y países
e intervenir cuando lo desee y sobre el tema que le atraiga...
todo ello sin alejarse de su casa o cubículo,
y en el momento en que lo encuentre más cómodo.

Los mensajes irán llegando a su terminal diariamente,
y puede borrarlos, guardarlos en un disco o contestarlos fácilmente,
de manera similar a como se hace en *e-mail*.
No existe costo de suscripción.

.....

Para mayores informes
comuníquese con los moderadores:

FELIPE CASTRO: fcastro@servidor.unam.mx
MARTHA LOYO: loyo@servidor.unam.mx

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Las congregaciones de los pueblos de indios



MARÍA DEL PILAR MARTÍNEZ LÓPEZ-CANO
coordinadora

Iglesia, Estado y economía, siglos XVI al XIX



KAREN DAKIN Y CHRISTOPHER LUTZ

*Nuestro pesar, nuestra aflicción. Memorias en lengua
náhuatl enviadas a Felipe II por indígenas
del Valle de Guatemala hacia 1572*

*La esencia de la verdad histórica
se funda en la investigación, pero en proporción
muy importante es resultado de la imaginación.
Imaginar es el esfuerzo brutal, precioso,
difícil, de ponerse en el lugar del otro.*

Edmundo O'Gorman